

Hojas Dispersas

Por el doctor

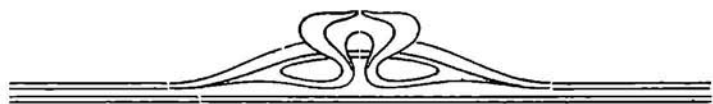
Manuel Quijano Hernández



San Salvador

1924

Tipografía "La Unión"



Esbozos Liminares



Esbozo Liminar



AE aquí un nuevo libro del Dr. Manuel Quijano Hernández. Un libro es un sér vivo, que tiene su psicología, que lleva un espíritu palpitante, el espíritu mismo del autor, cuando éste ha logrado oír entre su propio silencio, la voz que le fluye del corazón. Primordial virtud del escritor, la sinceridad, es el eje diamantino sobre el cual se trama la inconsútil tela de la emoción y la verdad. El escritor moderno, para ser escritor, tiene antes que saber ser *hombre*. Quien es fiel a su impulso y vive con sinceridad y piensa con sinceridad, puede desdoblar su palabra y alzar la frente sin temor. Conozco ya este libro, y sé que en sus páginas alienta el calor de la vida, porque quien las ha escrito tiene la virtud de pensar honradamente. Y sé que las anima un soplo de amor y de verdad, y que en ellas se estremece un anhelo de justicia y de belleza. ¿Qué más?..... Cada uno hallará, al ir volviendo las hojas, detalles que corroborarán aquella afirmación. Yo, ahora, quiero aprovechar esta ocasión para decir algo que ha tiempo tengo que decir sobre la obra de este trabajador infatigable. A mi modo de ver, esas dos palabras resumen la personalidad de Quijano: es un infatigable trabajador. Ama a su país con amor rayano en pasión y no pierde oportunidad para dar de su pensamiento, aquello que en alguna manera puede traducirse en adelanto material o moral del pueblo.

Regada en revistas, periódicos y hojas sueltas, existe una copiosa labor suya, que de recopilarse, vendría a dar ser a gruesos volúmenes. Y en toda esa producción hecha y escrita a vuela pluma, va el sello de lo interesante, de lo útil, ya en forma de proyectos, de sugerencias o de alabanza y estímulo para las grandes ideas, ya en forma de consejos al pueblo, a la gran masa analfabeta que lo ignora todo, y perece y se desintegra cada día más, por razón de esa espesa ignorancia. La escuela no puede hacerlo todo, menos aún en Centro América, donde a ella asiste un porcentaje muy débil de la población. Por eso es digna de alabanza, y meritoria, la labor de quienes como Quijano Hernández, se han alistado en las filas del altruismo constante y efectivo, regando por doquiera la simiente de la regeneración, en alas de la palabra escrita. Tal obra es, por sí sola, justificación de una vida; y bien puede tener tranquilo su reino interior el que supo darse a los demás, sin egoísmo. Médico distinguido, su profesión le ha dado material abundante para transmitir al ambiente la síntesis de doctrinas universalmente comprobadas y aceptadas. Maestro, en más de una ocasión, ha conocido los lunares de la enseñanza, sobre todo, en el radio rural, y de allí que su palabra tenga el don docente y oportuno. Literato, poeta, puede decir las cosas bien, para cumplir así con el amable precepto de Rodó; y su prosa, siendo sencilla, es ágil; siendo clara, es profunda. Escribir con utilidad para los otros, y escribir bien, tal me parece que sea la misión del escritor en Centro América. Abandonar el campo, para hacer filigranas, un hombre de pensamiento, en un país en donde el medio pide a gritos espadas flamíferas que hiendan la tiniebla, no es labor altruista. El haber mental de nuestra gran masa es tan reducido, que ningún esfuerzo por aumentarlo, puede considerarse demás. Nuestro pueblo desconoce las más sencillas prácticas higiénicas, ignora lo elemental que debiera saber en la vida. Y si tales cosas le son desconocidas, ya puede comprenderse si es o no es un imperativo para el hombre de pluma, y de corazón sano, poner su actividad al servicio de una causa tan noble como es la de la educación popular.

En todo escrito de Quijano Hernández se ve el deseo de enseñar algo útil o algo bueno. Hasta cuando pasa la mano por el cordaje de la lira que le diera el padre Apolo, su gesto es de sembrador. Sus canciones familiares rebosan de sentimientos nobles que fortifican honestamente el ánimo. Dichoso él, que no violó la virginidad de las cuartillas para molestar al prójimo con literatura de baratija, metal de similar; que no deja al espíritu sino la seguridad de una defraudación.

Y quiero glosar ligeramente uno de sus mejores libros, tan bien titulado *De alma en alma*. Porque en verdad, de alma en alma va ese libro, dejando en cada una siquiera una simiente que germine más tarde. En ese libro palpita un cálido espíritu, ferviente por el bien, enamorado de la justicia, anhelante del progreso. Desde el episodio histórico hasta el cuento literario, regional, pasando por el discurso cívico, todo está animado por el mismo afán de prédica saludable. En castizos vocablos y estilo de empaque firme, el escritor aborda sus temas y les da fin con mano segura. El artículo sobre su abuelo el General Quijano, es modelo de sobriedad y precisión, y en él logra restituir la justicia que algunos historiadores le han negado al bizarro militar que combatió a Morazán, y murió convertido fervorosamente al ideal morazánico. Milagro de la palabra que obró en aquella alma generosa, palabra sembrada en su pecho por la boca de Gerardo Barrios, desgraciadamente ya tarde.

Los párrafos que intitula *Para el pueblo*, son una demostración sintética de lo que decía al principio de este artículo. Cuánto sabio consejo, cuánto buen deseo de mejorar la condición de los humildes!

La obra de Quijano es también bella en el sentido de la sugestividad. Sus cuentos, mejor dicho, sus relatos, pues que son sobre asuntos verídicos, están revestidos del bello interés que llena de fruición al lector, al ir volviendo las páginas. *El Negro Polio* se llama uno de esos relatos, y pone en los ojos humedad de emoción al leerlo. En pocos renglones está condensado un asunto que podría ser el eje de una bella novela. Es la pintura de un alma singular en que el bien y el mal se

abrazaron de modo incomprensible, pintura hecha con tanta sobriedad como discreción. Es conmovedora. Hermano del anterior es *El Epiléptico*, en el que aprovecha el interés del relato, para llamar la atención sobre el vacío social que existe al faltar un lugar de reclusión para esos pobres seres que, como el descrito en el libro, son rechazados del hospital, del manicomio y del asilo de inválidos.

Hay una historia en el libro de Quijano que me impresionó desde en la primera lectura, al grado de interrogar al autor sobre su desenlace conmovedor. Es un pequeño gran drama; pequeño por la dimensión en que nació a la vida, y grande por la cantidad de congoja que extremece el corazón de quien lo vive. Allí está en el libro de Quijano, intercalado entre un jocoso articulito titulado *El sonámbulo o una noche de angustias*, y una bella y colorida descripción sobre *Una Ascensión al Chaparrastique*, que por sus detalles y lenguaje no deja de traer reminiscencias de la sabrosa dicción del admirable Pereda.

Distintivo muy especial de Quijano Hernández es su exquisita sensibilidad. Es necesario tratarlo de cerca para comprender esa alma que como la *mimosa* se encoge, se retrae, al menor contacto. Parece que su espíritu tuviera antenas especiales, largas y delicadas, que lo hacen percibir roces y rugosidades que otros no perciben. Sensibilidad quizá enfermiza, don nefasto para estos tiempos en que es de moda la anestesia espiritual o la piel paquidérmica, tal es el mundo de rudo y la lucha de terrible.

Reflejada está esa sensibilidad en toda la obra, pero se percibe más en *El llanto de los animales*, en donde hay frases como ésta: «los animales también lloran, y ellos que no saben fingir, lloran de veras.»

Hay al final de *Alma en alma*, algunas composiciones en verso, tomadas de otro de sus libros que llamó *Flores silvestres*. Todas son de corte antiguo, de estilo clásico, y ajustadas a los cánones retóricos. Sin embargo, Quijano es también poeta. A base de sus libros publicados ha sido consagrado como tal por la pluma de escritores de valía. Yo conozco su reciente produc-

ción y puedo decir que es poeta en el moderno sentido de esa palabra. Poemas tiene en que condensa la inquietud interna con vocablos exactos. Poeta es por naturaleza, dón que le vino a la cuna por regalo de los dioses; cantó, porque tenía en sí la facultad de cantar, tal la alondra entre la aurora. Pero su canto fué sencillo y natural, como el canto de la alondra: poeta, pues, en el sentido de cantor. Y como ya dije, quiso un día poner su oído al inmutable dolor, vió el vértigo del siglo, y ha sido poeta también en el trascendental aspecto que la vida ha dictado al que lleva una lira entre las manos. Y siempre, aun en sus versos, hallaréis el afán noble, el amor por lo bueno, el deseo de darse a los demás, para despertar en ellos la chispa divina que está en cada hombre y que a veces ahoga para siempre el deleznable barro humano.

Quiero citar, aunque sea de modo ligero, pues no es éste sino un ligerísimo esbozo, algunos de los versos que conserva Quijano para un futuro libro.

La caramba del ciego es una delicada composición, en que canta a ese rústico instrumento musical, con acertado tono:

«El alma de la indigencia
trasmutada en armonías
bajo la dura inclemencia
de largos y tristes días

de desolación y de hambre,
de frío, de angustia y ruego,
vibra en el sonoro alambre
de la *caramba* del ciego.

.....
La cuerda parece que habla
(y que al ciego la luz nimba)
igual que lo hace la tabla
de su hermana, la marimba».

Hablando de las montañas, en versos bien labrados, tiene rasgos de admirable precisión y firmeza:

«Los indios tienen crenchas tan recias como crines;
sus carnes son de acero, sus nervios de oro puro;
son ágiles y diestros, igual que los mastines,
y duermen en tapexcos, y comen fiambre duro.»

La difícil facilidad de escribir con sencillez, canon venerable, no ha sido negada al autor, quien, a veces, tiene períodos en los que forzosamente nos detenemos para gustarlos por segunda vez. Dice así en un relato, con crudeza que nos hace meditar:

«porque el salario escaso
que los pobres devengan, con premura o retraso
no da lo necesario,
ni siquiera lo urgente, para el vivir precario
del rudo campesino,
que no anhela otra cosa que llenar su destino,
que es vivir por vivir,
comer, vestir, procrear y enseguida morir».

Gritos de íntima sinceridad hay muchos como éste:

«esa herida que llevo dentro del corazón,
que la traigo conmigo, cuando vine a la Tierra,
y que sin compasión
la han lastimado tanto que ya nunca se cierra.

Y las horas no pasan y la noche se alarga;
las palomas arrullan en sus cálidos nidos,
ladra el perro, y embarga
mi fantasía el cuento de los aparecidos.

Mas quedan las congojas y las amargas penas
enclavadas en mi alma para siempre quizás:
son las férreas cadenas
que me aprisionan más... y más... y más... y más...»

Sí. Y así han de aprisionarlo más y más cada día, porque con el dón de Apolo vino siempre a los mortales la huraña y misteriosa influencia de quien sabe cual planeta... No Saturno, para este caso, pues mi amigo no es saturniano. Su vida metódica y su hogar construido con amor sin alquimia, dicen muy claro—y yo me alegro de que así sea—que no es él, poeta a la manera trágica de aquellos luminosos atormentados. Pero en su pensamiento, en su constante inconformidad, en su lucha, larga ya, contra la débil estructura fisiológica, en su predisposición especial a percibir, como dije antes, las menores asperezas de la vida; en el afán mismo de expresarse y dar a los demás las voces que oye en su bos-

que interior, está el acero de que se hacen esas cadenas de que él habla. Pero, qué le hemos de hacer! —como dice Juan, el boyero. Con dócil conformidad, con plegarias de gratitud en el labio, cumplamos cada uno nuestro destino, puestos los ojos en alto y con la certeza de un porvenir mejor para la humanidad. Y laboremos. Silenciosamente. Humildemente. ¡Que el Silencio y la Humildad darán a nuestra vida la serena quietud a cuyo amparo florezca la astromelia, la invisible astromelia de que habla el inquietante Porfirio Barba-Jacob.

JOAQUÍN SOTO.

Al doctor Manuel Quijano Hernández

Me toca en suerte leer tu libro HOJAS DIPER. SAS antes de que la imprenta lo lance a la pública curiosidad y lo sirva en el eterno festín, propicio a la insaciable crítica de las gentes, ávidas de sensaciones nuevas y de impresiones fuertes.

Que te consuele saber, que tu libro no pasará inadvertido para quienes piensen en la patria y en la raza y tengan fe en días de venturanza, cuando tus ideas, nobles y patrióticas, escritas en el sencillísimo lenguaje de la verdad y envueltas en el ropaje de amena literatura, penetren a todos los espíritus y tornen altruistas a los hombres.

En medio de la visión sociológica general, palpitante en estas páginas, hay un hondo querer patrio, un particular anhelo de resurgimiento, que se descubre a través de tus artículos y tornan la obra en un refugio amable del ansia nacional por cimentar la prosperidad en la cultura.

Sereno, sin desfallecimientos, abres las ventanas del espíritu a la contemplación de la vida sonriente, iluminado por el sol de la ciencia y fortalecido por la observación de la naturaleza, que no sabe del egoísmo cruel de los hombres.

Aunque parezca paradójico, HOJAS DIPER. SAS, reflejan la unidad del pensamiento y acción de un inteligente compatriota, viejo en el pensar y niño en el sentir, que bien merecería poder agitar las alas . . .

M. Castro R.

C. de la Real Academia Española.

San Salvador, Febrero de 1924.



Mi Concepto de la Vida

I

Imaginaos una bella alborada del mes de abril. El lecho del astro-rey aún esta cubierto con sus dorados cortinajes, y la bóveda azul del firmamento, diáfana y hermosa, derrama sus irradiaciones luminosas sobre los pueblos de la zona tropical. Han caído las primeras lluvias y la tierra exhala ese vaho oloroso que trae a los seres una sensación de bienestar. La Naturaleza cambia de traje: brota la menuda yerba, el árbol se viste de nuevas hojas, se abre de flores policromas el jardín, la liebre salta en la pradera y la yeguada corre alegre en la llanura; cantan los zorzales en el ramaje umbrío y la fiera se enarca, se despereza y se dispone a husmear su presa. Todo nace: es la Primavera. Todo se estremece y se mueve: es la Vida.

¡Vivir! ¿y para qué?, dicen los degenerados, los ineptos, los incapaces de comprender la augusta misión de la vida; los cobardes que no han podido nunca luchar; los que han perdido la conciencia de su yo pensante; los que no tienen voluntad. Sin embargo, todos esos seres

anónimos que no aman la vida porque no la comprenden o porque no han aprendido a vivirla, dan esa vida aborrecida a otros seres desgraciados por tan triste paternidad, acompañando ese delito (pues en esta circunstancia es delito engendrar) con la desgracia de una herencia fatal.

II

¡La vida! He ahí un misterio impenetrable aún para la inteligencia humana. Todo vive en el Universo y sin embargo el hombre, que es el más inteligente de los seres creados, no sabe todavía cómo se desarrolla la vida en el embrión, a pesar de ser él instrumento inconsciente de esa vida; cuál es el instante en que la célula toma el aliento vital, convirtiéndose de materia inerte en materia viva; de qué manera y por qué poder la simiente se hace árbol y el huevo se hace animal, reproduciendo la misma especie que les dió origen con idénticas propiedades y realizando sorprendentes fenómenos de herencia y atavismo, donde quiera que el prodigio de la reproducción se verifique.

Un químico artista podrá hacer un huevo y una semilla; pues son conocidos los elementos de que se componen; pero este huevo y esta semilla, fabricados por el hombre, no germinan, aunque se les coloque en las mismas condiciones de temperatura y humedad en que lo hacen el huevo y la semilla naturales.

La simiente que el árbol produce, puesta al contacto de la tierra húmeda y con un ligero

baño de sol, se hincha y la vida se desarrolla en ella, produciendo la raíz y el tallo, y en esa raíz y en ese tallo, por la mano de un artífice invisible y sabio, se forman los órganos y se establecen las funciones. La yerba se hace arbusto y el arbusto se hace árbol, sin que el hombre se dé cuenta de este prodigio. Más todavía: cada planta, además de sus funciones de nutrición, que la hacen crecer y robustecer, fabrica para el hombre una sustancia útil; hay en ella, pues, un pequeño laboratorio manejado con sabiduría infalible; pues nunca se ha dado el caso de que la adormidera produzca cafeína y el cafeto estricnina. ¿Por qué ese poder de selección de cada planta, al contacto de las mismas materias primas, para fabricar su sustancia propia, como sucede cuando varias especies o familias se encuentran en un pequeño terreno de homogénea composición química?

El Dr. Alberto Robin, en un interesante estudio sobre las aguas minerales de Francia, dice: «¿Qué es la vida? Un proceso químico caracterizado por un movimiento perpetuo de reacciones que tienden por una parte a construir compuestos de peso molecular enorme, y por otra a reducir estos mismos cuerpos por medio de reacciones que les conducen sucesivamente a compuestos nuevos de peso molecular muy escaso. Conforme puede verse, hay en todo ello un parecido muy notable con las nuevas hipótesis, y una vez más estamos tentados a suponer que la manera de reaccionar de la materia, cualquiera que sea su apariencia, es siempre idéntica y que los fenómenos de la vida no están tan distanciados como

creíamos antes de los fenómenos corrientes de la química de laboratorio».

Eso es como decir que en no lejano día, con unas cuantas sustancias químicas puestas en una retorta, bajo la acción del calor, la luz o la electricidad, veremos surgir, llenos de vida y bien *organizados* al animal y a la planta. Los herméticos fabricando oro, y los alquimistas con su homúnculo no pretendían menos, y todos fracasaron en su intento temerario.

En todo ser viviente hay cambios moleculares, composiciones y descomposiciones químicas, que coinciden con la destrucción de unos cuerpos y la formación de otros nuevos; pero estos fenómenos químicos son consecuencias de la vida y no la causa de ella.

La Química no podrá nunca verificar en sus laboratorios la creación de organismos dotados de funciones. No podrá hacer nunca una hoja que respire ni una flor que tenga en su seno el germen de nueva vida; puede manejar a su antojo los cuerpos simples, formando con ellos compuestos minerales y orgánicos, pero no *organizados*.

No son las reacciones químicas las que hacen inclinarse al estambre sobre el pistilo y depositar en él, con esa cópula misteriosa, el polen fecundante. No son las reacciones químicas las que forman el embrión, las gemas y las células.

Hay algo más poderoso que las llamadas fuerzas catalíticas, de cohesión y de afinidad, y ese algo que no hemos encontrado aún es el germen de la vida universal.

Cada organismo es un pequeño universo, como dijo un sabio, donde reina la más perfecta armonía y el más admirable funcionamiento de órganos, aparatos y sistemas. El más sabio anatomista, el más profundo fisiólogo y el biólogo más consumado, se quedan atónitos ante el misterio de la vida, que sienten participar en sí mismos. Uno de esos sabios dijo, que no creía en el alma, que es la vida de los seres, mientras no la viera salir en la punta del escabelo; como si el aliento de vida que hace tan noble a la materia; que se convierte en inteligencia y crea, en voluntad y obra y en sentimiento y ama, fuera algo capaz de dejarse pinchar por el acero, algo material también como el cuerpo a que anima y sujeto a las mismas leyes. Si tal fuera, si fuera tangible, palpable y divisible, si pudiéramos tenerlo en nuestras manos, ya lo hubiéramos sometido al análisis de nuestras investigaciones químicas y microscópicas, encontrando en ellas la clave de la vida y resolviendo el misterio de la muerte. ¿Por qué aún no lo hemos hecho? ¿Por qué no ha podido la mente humana despejar esa incógnita infinita?

Mr. Tuffer creyó haber encontrado esa clave misteriosa con los efímeros resultados de sus famosos experimentos hechos en cadáveres palpitantes aún. Pero tras esas muecas cadavéricas que consiguió con sus manipuleos cardíacos, semejantes a las contracciones de la rana de Volta, vino la muerte definitiva, la nada, el misterio; y el hombre, que por un momento se había agigantado tomando las proporciones de un dios, se convirtió de nuevo en pigmeo, que

no otra cosa es el hombre ante la majestad de lo desconocido, de lo insondable, de lo arcano.

El hombre de genio, con el gran poder de su inteligencia, en el transcurso de los siglos, ayudado por la ciencia, llegará a realizar obras portentosas, más sorprendentes que el teléfono, fonógrafo, telegrafía sin hilos, visión a través de los cuerpos opacos, radioactividad y aviación; pero todas ellas caerán en lo trivial, en lo vulgar, porque serán accesibles a las demás inteligencias, siendo explicables, comprensibles e imperfectas como todas las obras del hombre.

III

El dón divino que nos hace mover, pensar y sentir; que nos abre las puertas del mundo y nos señala en el horizonte infinito las hermosas lejanías del ideal; esa antorcha que guía nuestros pasos en la peregrinación terrena, concediéndonos la libertad, nos impone muchos deberes y nos da la posesión de algunos derechos.

Nace el niño por efecto de una función de nuestros organismos, la mayor parte de las veces contra la voluntad de los progenitores, y de este fenómeno surgen los deberes más sagrados del hombre. Con el primer vagido que esa unidad incipiente de la humanidad lanza al contacto del aire ambiente o al primer rayo de luz que hiere sus retinas, reclama aire, vestido y alimento. Con el hambre nacen todas las necesidades, pero él dispone de todos los medios para remediarlas. Tiene los elementos en redor y la inteligencia para adquirirlos.

La gran misión, el imprescindible deber de todo padre es el de hacer de ese niño débil, venido al mundo por su causa, un hombre apto para cruzar solo y con la frente levantada el áspero sendero de la vida, poniendo en su cerebro el fanal de la sabiduría, en su corazón el santuario de la honradez y en sus manos, fortalecidas por la educación, el instrumento del trabajo. ¡El trabajo! Verdadero redentor de la humanidad. Hay que habituarse al trabajo, considerándolo como una necesidad orgánica o como una arma para efectuar la conquista de la Comodidad y la Gloria. Colón decía: «El hombre es un instrumento que debe romperse trabajando en la mano de la Providencia, la cual se sirve de él para sus designios. En tanto que el cuerpo pueda el espíritu debe querer». Tal era el credo de aquel hombre máximo, genitor del mundo americano.

El hombre para llamarse tal debe ser factor de su propia existencia; debe tener fe en sí mismo; esperándolo todo de su propio esfuerzo; porque sólo así se mostrará digno de ocupar el primer puesto entre los seres creados, donde se encuentra colocado por la mano de la Naturaleza o por la voluntad de un dios.

IV

El que ha hecho uso de su derecho ha contraído una obligación, y si se niega a cumplirla obra mal y es digno del desprecio de los demás. Para poder, pues, ejercer el derecho, es indispensable que hayamos transformado nues-

tro yo en un ser capaz para bregar en buena lid por la conquista de lo necesario, o más bien dicho, para cumplir con el deber.

¡El deber!, he ahí la palabra mágica, que cual la varita roja del domador, doma nuestras pasiones, separando en nuestro ser moral todo lo noble de lo bestial que tenemos y nos indica el camino que nos conducirá a la ansiada felicidad. El hombre que no cumple con su deber, pierde la confianza y estimación de los demás hombres, hace en su rededor un vacío que muy pronto le produce vértigo, y, perdiendo el equilibrio, cae en el abismo de su perdición, arrastrando consigo a todos los que tienen con él poderosos lazos de unión.

El hombre tiene el deber de procurar su educación, en toda la gran extensión de la palabra, y de cultivar sus facultades intelectuales en armonía con su vocación. Todo lo que tienda a ilustrar su entendimiento lo acerca a la perfección, que es el supremo ideal y el sumo bien. Ernesto Renan dice en su interesante libro *El Porvenir de la Ciencia*: «Cuando Cleantho pasaba las noches sacando agua llevaba a cabo una obra tan santa como cuando pasaba los días escuchando a Zenón». Es decir, la obra material que le proporcionaba el sustento del cuerpo, le hacía tanto bien, como aquellos largos días de idealidad en que tomaba del luminoso cerebro del filósofo el alimento para su espíritu.

El único tiempo bien empleado después del que se dedica al trabajo, es el que consagramos a adquirir nuevos conocimientos, pues quien

dispone de más recursos ejecuta más fácilmente sus acciones; por consiguiente, todo lo que se aprende hace bien, si sabemos sacar buen partido de ello. Hasta lo malo necesitamos saberlo para evitarlo; esto no quiere decir que lo practiquemos, sino que lo conozcamos. Mientras más preparado está el individuo se adapta mejor a la vida social.

Cuando el hombre deja de ser uno para convertirse en familia, que es la más elemental de las sociedades, y quizá la única verdadera, se le multiplican los momentos y las ocasiones de cumplir con el deber. El niño que nace es espiritual y a veces materialmente informe y reclama nuestros cuidados para adquirir el mayor perfeccionamiento posible, como surge de las manos del escultor famoso, el verdadero artista: Fidias, Praxiteles, Miguel Angel, la estatua perfilada y bella de lo que antes fue un tosco bloque de mármol.

Vosotros, que contraéis matrimonio sin tener un capital, profesión u oficio que os proporcione los medios de satisfacer las necesidades de vuestro hogar, y que, valiéndoos de procedimientos reprobados, vais pasando la vida, dando el mal ejemplo a vuestros hijos; a quienes en vez de un oficio los adulais constantemente, porque no teneis el derecho de corregirlos; pues no os deben más que la desgraciada vida que arrastran y que vosotros os empeñais en hacérselas mirar de distinto color a través del prisma de vuestras falsedades. ¿Sabeis cuál es el resultado de los mimos y adulaciones con que quereis recompensar a los que reclaman de vosotros la felicidad

a que tienen derecho? Formar entes desgraciados, víctimas de la vanidad y la vagancia, aptos solamente para contraer todos los vicios, porque no poseen el hábito del trabajo (que tampoco vosotros poseéis y por consiguiente no podéis enseñarlo) e inútiles para ganar dignamente lo estrictamente necesario para vivir, a causa de que vosotros les habeis hecho despreciar los oficios, creyéndoles denigrantes para tan *altas* personalidades, y no habiendo podido hacer una carrera literaria, por causas que es fácil de comprender, van a engrosar las filas de los empleomaníacos, que son las siete plagas de Egipto, para todos los Gobiernos honrados y los principales factores de la decadencia de los pueblos. La historia lo atestigua. Los vicios acabaron con la grandeza de Roma. ¿Conoceis la magnitud del delito que cometéis? Quiero suponer que no; porque para mí engendrar un nuevo sér y hacerlo vicioso e inútil a fuerza de inocularle la vanidad, llamando valor al crimen y talento al fraude que cometa ese sér degenerado, es más criminal que matar, incestar o robar.

Vosotros, padres opulentos, que criais a vuestros hijos alejados del hogar, confiados a manos mercenarias, porque no os estorben en vuestros placeres, y cuando creéis llegado el momento de la educación les haceis abrir con *llave de oro* las puertas de todos los templos del saber, para que entren o no, según les plazca, dejando a la inexperiencia del niño decidir de su suerte; pues vosotros no os preocupais de ello, ¿creéis obrar con honradez y cumplir así con vuestro deber? ¿Tanto poder le concedéis al

oro? Vuestra indolencia es tan criminal como la falsía de los otros.

Después del hogar está la escuela y el alma ávida del niño como una placa fotográfica, recibe allí las impresiones indelebles que han de culminar después en todos los actos de la vida del hombre. Esta sensibilidad exquisita del alma de los niños debéis tener presente vosotros los maestros, para modelar con vuestros ejemplos más que con vuestras doctrinas al sér imperfecto que se os confía. No olvidéis que vosotros también sois escultores de almas y que de vosotros depende en gran parte la felicidad o la desgracia de vuestros educandos. ¿Habeis comprendido la gran trascendencia de vuestra elevada misión? ¿Os habeis hecho cargo del enorme peso moral que gravita sobre vosotros? Los individuos vanidosos, y por consiguiente ignorantes, envidiosos, rencorosos, insolentes, sensuales, dipsómanos y sobre todo los serviles, sin carácter ni personalidad definida, que ejercen el magisterio, cometen un gran delito, digno de las penas más severas.

¿Pervertir la humanidad en su edad inconsciente...? ¡Qué atrocidad!

Sin embargo, esto se verifica todos los días en casi todas las naciones del mundo, con el consentimiento tácito de todos los padres de familia, sin comprender que es preferible la encina salvaje de los campos a la pálida flor de los pantanos.

¡Qué gran desgracia es nacer bajo tales auspicios!

Y sabéis por qué se verifica todo esto? Porque nadie se preocupa de cumplir con el deber, que es la norma de la vida. La mayor parte de los matrimonios se verifican por sensualidad o por ambición de riquezas, se crían los niños por necesidad y se ejerce el magisterio por especulación. ¿Y el deber? Muy pocos piensan en él y menos son los que lo practican, y por consiguiente, faltando este gran regulador de la maquinaria social, todo marcha hacia el caos.

Esta afirmación no es absoluta, como no es absoluto nada en el hombre. Hay una parte de la humanidad que edifica con su noble conducta y vive bajo el imperio del deber. En pos de ella hay que seguir en marcha hacia la felicidad.

V

La obra más difícil del hombre es el hombre mismo.

Todo el mundo se esfuerza por el perfeccionamiento del arte y de las ciencias, hasta sacrificarse por estas últimas muchas vidas y renunciar, en aras del primero, a todos los grandes y puros afectos. El arte de *hacer hombres* cuenta con muy pocos teóricos y ningún práctico, que le hayan dedicado su existencia, siendo como es, la obra más meritoria y sobre la cual debieran descansar todas las demás; porque es la continuación de la obra de Dios.

Los pedagogos y filósofos modernos, cuyos nombres se han repetido hasta la saciedad: Froebel, Spencer, Comte, Littré y Rousseau han

laborado en esa gran obra; pero con todo y ser enorme su trabajo, no han hecho más que poner la primera piedra. La obra está por hacer.

- El proverbio latino de *mens sana in corpore sano*, nos está diciendo que antes de empezar la educación intelectual debemos atender de preferencia a la educación física; como aquello que estando bien desarrollados los órganos, la inteligencia dispondrá de mejores medios de comunicación con el mundo exterior y las percepciones serán más claras y más exactas. Los griegos de Pericles consagraban gran parte del tiempo al desarrollo y embellecimiento del cuerpo, y con tal objeto fundaron el Gimnasio e instituyeron los juegos olímpicos. Nosotros, en lugar de perfeccionar estas instituciones benéficas, las hemos descuidado o sustituido por otras de mucho aparato y de pocos resultados prácticos. Obsérvense si no, las modernas generaciones, donde hay niños que parecen viejos decrepitos, claudicantes, encorvados y en su mayoría de musculaturas flácidas y raquíticas y de colores pálidos, como las obras de Giotto, fiel representante de aquella edad estacionaria, mística, medioeval, que no tuvo más que un sol: el Dante.

Formemos hombres de cuerpos sanos, de costumbres puras, de bien nutrido intelecto, que tengan por religión el amor, por ley el deber y por evangelio el trabajo. Sólo haciendo hombres de este modo haremos obra de buenos padres, y sólo con hombres así se logrará emancipar, manumitir, a la parte desgraciada de la humanidad que gime bajo la esclavitud de la

otra parte, soberbia y poderosa por la protección del *Dios Oro*, dios de moral atrabiliaria, egoísta e indolente.

El hombre, antes de llegar a poseer plenamente la razón, antes que pueda discernir el bien y el mal, necesita el apoyo de otros seres, dotados de experiencia, que dirijan sus pasos vacilantes, y esos seres son los padres y los maestros; quienes tienen el deber de presentar al niño, hecho hombre, ante las puertas del mundo, suficientemente preparado, para que pueda marchar en él con seguridad y con certeza.

Una vez en el mundo, el hombre tiene un vasto escenario, un inmenso campo de acción, y es allí donde necesita todo su bagaje intelectual y toda su energía física para orientar su periplo en el mar borrascoso de la vida. De lo contrario viene el naufragio, el desencanto, la desilusión, la ruina. Y juzgamos mal al mundo porque no queremos ver el mal en nosotros mismos.

Del seno de la familia se pasa a la sociedad y de allí a la humanidad. Nadie se pertenece a sí mismo. La nación donde se ha nacido o domiciliado exige del individuo su celo por el bienestar general y el engrandecimiento de la Patria. Las antiguas vestelas encargadas de avivar el fuego sagrado en el altar del templo de Vesta en la pristina Roma, simbolizan el amor a la Patria, y por amor a la Patria se entiende: el deber de servirla cuando el caso lo requiera, ofrendando la fortuna y la sangre en aras de la dignidad nacional.

La historia de Grecia y Roma, las antiguas, abundan en ejemplos de heroísmo por amor a la Patria, que debemos de imitar. El primer Bruto sacrificando a sus propios hijos y arrastrando el cadáver de Lucrecia por las calles de Roma, y el segundo Bruto hiriendo al *Imperio* naciente en el corazón de César, constituye la quinta esencia del patriotismo legendario; Ricaurte, Santamaría y Pipilia, el heroico incendiario del cuartel de Granaditas en México, forman la trinidad sublime del patriotismo latinoamericano. No olvidéis esos nombres, esos son vuestros santos, veneradlos, vosotros los que empezáis a vivir la vida consciente y autónoma.

La verdad y la justicia serán el sello de todos los actos del hombre en sociedad y la discreción la gran virtud que le facilitará la conquista del ideal. El Cónsul Metelo, que fue uno de los más importantes conquistadores de España, acostumbraba a decir: «Si mi túnica supiese mis designios la quemaría». Cuántas empresas han fracasado por una indiscreción; por el prurito de hablar sin necesidad y sin objeto.

En todas sus acciones el hombre ha de perseguir un fin que encarne algo útil a los demás, especialmente en la literatura que es la luz que emana de los más fuertes para iluminar a las muchedumbres embrionarias. «Toda literatura—dice Renan—toda poesía, toda ciencia que no se proponga más que a divertir o interesar es por lo mismo vana y frívola o, mejor dicho, no tiene derecho a llamarse literatura, ciencia ni poesía».

VI

La poderosa fuerza de cohesión que une a los miembros de una familia, de una sociedad o de una nación, como a las moléculas de un cuerpo simple, es el amor; sin amor se cae en el aislamiento, que produjo en las primeras épocas del cristianismo, tanta vida estéril, como fueron las de aquellos anacoretas del desierto y los solitarios de la Tebaida; y no se me diga que estos excéntricos vivían alejados del mundo, encastillados en las fortalezas de su egoísmo, por amor a Dios. ¿De qué manera podrían ser agradables a Dios aquellos hombres inútiles que aborrecían a sus semejantes, puesto que los abandonaban, para ocuparse solamente de la salvación de su alma, según ellos? Yo entiendo, de acuerdo con la moral cristiana, que el único modo de amar a Dios es amarlo en sus criaturas, practicando la caridad, como San Francisco de Asís o San Vicente de Paúl.

El amor a la humanidad que también se llama filantropía y altruismo, salva al hombre de todas las desolaciones, de todas las renunciaciones, de todas las claudicaciones y de todos los desfallecimientos. Vigorizando las almas las impele unas a otras y del conjunto nace la fuerza y el poder y de aquí surgen todas las grandes creaciones.

El hombre aislado es incapaz de producir nada; pues aún los genios de la literatura han sacado sus obras de arte de la observación, en contacto íntimo con la humanidad. La abstracción absoluta es estéril en el hombre. Nada hay

en la inteligencia que no haya pasado por los sentidos, dice la Filosofía, y lo que ha pasado por los sentidos viene del mundo exterior, viene de la humanidad y sólo podemos tomarlo estando en contacto con ella y, por consiguiente, amándola. De aquí, pues, que el amor sea indispensable para la vida consciente y digna.

¡Si se aman hasta las fieras bajo el dombo verde-oscuro de las selvas! Y el poeta canta: «Amor, amor, nos dice el Infinito; amor, amor la eternidad pregona».

Pero el amor a sí mismo llevado a la exageración, que constituye la vanidad o pedantería, que es el más repugnante egoísmo, es infecundo y si alguna vez produce es solamente frutos podridos, como las manzanas del mar Muerto, por venir de una alma putrefacta, como las aguas cenagosas de aquel mar asiático.

El hombre debe amarse a sí mismo como miembro de la humanidad y por amor a ella; pues el amor a nosotros nos hace procurar nuestro perfeccionamiento, y del acervo que acumulamos en nuestro intelecto, a fuerza de penalidades, se aprovechan los demás. Solamente con esta medida y con este objeto es permitido el amor propio, y no solamente es permitido, sino que es necesario para nuestra dignidad personal; pues él nos ampara contra los vicios y pasiones y nos señala puesto distinguido en la sociedad. Participo más del altruismo exagerado de Tolstoy que del egoísmo acerado de Nietzsche. Creo que se obra más en armonía con los principios fundamentales de la Etica, practicando ese acendrado amor a la humanidad, que entregándose

a la auto-adoración, que pasando por la vanidad llega a la soberbia.

El culto exagerado del amor propio trae por consecuencia el odio a los demás, porque éstos hacen sombra al pedante, que en su hinchazón morbosa pretende culminar sobre todo lo que le rodea, y no pudiendo por sus propios méritos tomar esas proporciones agigantadas, opta por el procedimiento de empequeñecer a los otros. Achicar las muchedumbres para quedar más grande que ellas, es el medio de que se valen todas esas almas enfermizas, que adolecen del mal de las grandezas. ¡La soberbia es la baba de la impotencia!

Para estos desgraciados no hay ideal, porque el ideal no se alcanza nunca; pues mientras más se eleva el Pegaso de nuestro esfuerzo, más se ensancha el horizonte, más lejana se mira la montaña sobre cuya cima se posa el ave azul de nuestro ideal, y es sabido que para ellos la sabiduría es un espacio limitado a su potencialidad mental. Yo creo más bien que estos seres de espuma, al hacer sus primeras ascensiones a las esferas del saber, los ciega la excesiva luz de la sabiduría (vista de lejos) y como ya no ven más se quedan con la convicción del *non plus ultra* de su intelecto. Para ellos, fuera de lo que hay en su cerebro ya no existe más, y creen que tienen el derecho de menospreciar a todo el mundo. ¡Ah, yo conozco tipos bien caracterizados de esta dolencia psíquica, que me causan lástima! Este vicio, si arraiga en la mujer, es más despreciable o más digno de compasión, mejor dicho, pues no hace contraste con su ser delicado y débil, por

maturaleza inclinado al amor y a la caridad, que es el amor de los amores.

Sin amor no se concibe la unidad de acción y el progreso; él es la argamasa que une los elementos del edificio social. Y si al amor se agregan el deber y la verdad, ya tenemos el trípode sobre el cual levantaremos el magno edificio de las sociedades ideales del futuro, donde no habrá pequeñeces ni miserias, por estar todos a un mismo nivel. «¡Oh, día en que no haya grandes hombres—dice Renan—porque todos serán grandes y en que la humanidad restituida a la humanidad, irá como un sólo sér a la conquista del ideal y del secreto de las cosas!»—«¿Qué resistirá a la ciencia, cuando la misma humanidad sea sabia y se encamine como un sólo cuerpo al asalto de la verdad?»

La verdad y la belleza resumen toda la sabiduría humana. Sin la verdad no puede haber ciencia, y sin la belleza no hay arte. Y las dos se completan y se comprenden, y como dice Boileau: «Sin verdad no hay belleza,» como que en lo verdadero reside la armonía y la armonía es elemento de la belleza. «La Poesía es más verdadera que la Historia o que la verdad misma», dijo Aristóteles en su ferviente adoración por el arte de Homero; y Platón decía que lo bello era resplandor de lo verdadero.

Marchemos, pues, con la fe del cruzado y al son de: «Dios lo quiere,» a la conquista de la *Sabiduría*, que es nuestra *Tierra Santa*. Ya muchas veces se ha dicho, y hay razón para creerlo, que el porvenir es de la inteligencia.

Sobre Instrucción Pública

Un hombre que oculta lo que piensa
o no se atreve a decir lo que piensa,
no es un hombre honrado.

JOSÉ MARTÍ.

De muchas anomalías adolece y no pocos defectos se notan en la organización y régimen interior de nuestros establecimientos de enseñanza primaria y secundaria. Ha tiempos que siento deseos de señalarlos con marca indeleble y somera, siquiera sea para que tropezando en ellos se detengan un momento a contemplarlos aquellos que tienen en su mano el remedio, e inundando su alma del inefable amor a la patria, desgarren para siempre el velo del indiferentismo y piensen, como yo, que en asuntos de instrucción pública lo más pequeño en apariencia puede tener funestos resultados en lo futuro; pues en esos establecimientos es donde se moldea o modela el alma de los que más tarde serán miembros importantes de nuestro organismo social y republicano, y si ese delicado trabajo se encomienda a manos burdas y a falsos procedimientos, la obra saldrá imperfecta, maleada, contrahecha e incompleta; y si los miembros adolecen de tantos defectos, ¿qué será del organismo? ¿qué será de nuestra

pequeña República? ¿Cuándo llegará a ser lo que nosotros deseamos, el modelo más puro de la moderna democracia?

Hay que convencerse que el milagro que esperamos ha mucho tiempo, de esa DEMOCRACIA IMPOLUTA, que hará la felicidad de estos pueblos, saldrá de la ESCUELA y solamente de la ESCUELA. Mal piensan los que creen que un pueblo ignaro y mal educado, cívicamente hablando, puede convertirse por obra de magia en una República modelo. Hay que sembrar la simiente en los surcos de la ESCUELA para que las nuevas generaciones consoliden para siempre las hermosas instituciones de la República Democrática.

Entre tantos defectos, que a mí me parece que lo son, trataré de apuntar aquellos que pueden remediarse con el concurso de todas las autoridades escolares, inspiradas en el más santo de los amores, el amor a la Patria, que es el amor más santo.

Desde muy niño he estado en contacto con las escuelas, ora como maestro, ora como examinador, ora como Presidente de la Junta de Educación, ora como Miembro de la Comisión de Vigilancia y últimamente como padre de familia; pues a la edad de 16 años fuí maestro de una escuela pública, pocos años después profesor de un colegio de segunda enseñanza, y, por estos y los demás motivos que dejo apuntados, conozco a fondo la manera como funcionan nuestros planteles de enseñanza; pero no por conocer todos los defectos de que adolecen, he de manifestarlos en estos breves apuntamientos, sino que sólo me ocuparé, como antes lo he dicho, en los que más han

llamado mi atención y sobre todo en los que se pueden remediar. Y para no cansar al lector, entraré de lleno en el primero que a la mente se me viene y es el siguiente:

I

El Abuso de los Libros

En algunos establecimientos de esta Capital, sobre todo en los de señoritas, se exige a las niñas tantos libros, que se requiere una regular fortuna para comprarlos. Para cada asignatura es preciso una colección; pongamos por caso la de Lectura: en un mismo colegio con una misma profesora y en poco tiempo, relativamente, se exigió a una niña del primer grado los tres tomos del Mantilla, los del Lector Moderno, los del Lector Americano y otros seis de una cartilla diminuta editada en Sur América, y además un librito de cuentos, que por todos hacen un total de 16 libros, con los cuales la niña no aprendió a deletrear, y ¿cómo iba a aprender la pobrecita si apenas podía con el enorme peso de ese gran fardo de libros? ¿Para qué tanto libro? Quizá para suplir la deficiencia del maestro. Tan bueno es uno que otro, cuando el maestro sabe la difícil ciencia de enseñar, no necesitando ni de libro alguno, y malos son todos cuando el maestro no tiene nada de tal. Esa vacilación en escoger el libro de que se han de servir para enseñar a leer al niño, y esa mudanza continua indica ineptitud, ignorancia y.....a veces malicia e incorrección de procedimientos, pues no pocas

veces lo hacen por vender libros propios a precios exorbitantes, que también se suele cometer este pecadillo, del que trataré más adelante, por ser ya tiempo de orientar en otro sentido nuestros asuntos públicos.

Lo que sucede a esta niña de primer grado pasa a las de los grados siguientes, y lo mismo que en la Lectura en las demás asignaturas. Trátándose de la Aritmética, por ejemplo, materia esencialmente práctica, que para enseñarla basta una pizarra y un yeso, cuando el profesor es competente y conoce los modernos procedimientos pedagógicos. Yo recuerdo que pocas veces abrí un texto de Aritmética cuando la cursé bajo la dirección del insigne matemático Dr. Pablo J. Aguirre, y me fué sumamente fácil el aprendizaje. Sin embargo, niñas conozco yo, a las cuales se les ha hecho comprar tres o cuatro textos. Para la Gramática más de cinco y para las demás asignaturas otros tantos para cada una. Y qué padre ha de negarse a comprar lo que le exigen a su hija en el colegio, si cada vez que le piden un nuevo libro llega casi llorando, porque la maestra la ha amenazado con ponerle CERO, si no lo lleva, y este CERO que tiene el mismo poder que la férula antigua, amedrenta el alma inocente y sensible de una niña de ocho años, que aún conserva pura la ignata dignidad, que a veces pierde en el mismo colegio, pues en vez de cultivar esa divina flor del alma, se la marchita apenas nace; en otro lugar, diré de qué manera.

Ya puede imaginarse el caro lector la enorme cantidad de libros que necesita una niña para cada grado, constituyendo esto, si desde el punto

de vista pecuniario se le mira, un obstáculo infranqueable para las personas pobres, que apenas pueden ganar lo estrictamente necesario para la vida y la decencia de sus hijas, y en un país republicano como el nuestro, no tenemos derecho a matarle sus justas aspiraciones, cifradas en la educación de esas hijas. Las ciencias no son ahora un privilegio de la riqueza, sino del talento.

Desde el punto de vista higiénico es altamente perjudicial ese recargo de trabajo que se da a la débil-inteligencia del niño, haciéndole aprender de memoria un sinnúmero de lecciones que al día siguiente olvida porque no se ha sabido fijar la idea, ni hacer palpable y tangible lo que en el libro apenas si comprende. Siguiendo una ley general de Dinámica Molecular o de Fisiología Patológica, el excesivo trabajo de un órgano produce primero su hipertrofia y después su cansancio, su fatiga, y, tratándose de las facultades mentales, el resultado es el surmenage y la astenia del sistema nervioso; de ahí que muchos planteles de enseñanza rindan un enorme tributo a la Patología nerviosa, sin contar con los trastornos dispepticos que se originan de volver a las clases en plena digestión o más bien al empezar ésta, pues las clases de la tarde empiezan a la una, y el almuerzo por lo regular se verifica de las doce a las doce y media; pero como en el día tienen ocho clases (me refiero a las de grados superiores) es necesario disponer de cuatro horas en la mañana y cuatro en la tarde. Esto es demasiado; pero así se verifica desde hace muchos años sin que nadie se haya preocupado de ello. ¿Por qué ese afán de llevar tan de prisa hacia su ruina a esas inocen-

tes criaturas que no han cometido ningún delito? Tiempo hay suficiente para cultivar inteligencias, despacio y gradualmente, ya que entre nosotros los niños van a la escuela desde la edad de cinco años.

A mi entender todo esto tiene remedio y la humanidad lo reclama perentorio.

Hay que disminuir las horas de clases, señalando solamente tres por la mañana y tres por la tarde: de 8 a 11 y de 2 a 5. En cuanto a los libros, debieran ser designados por una junta de pedagogos, que los tenemos muy honorables, como don Alberto Masferrer, don Juan Ramón Uriarte, don Julio Bias, el Dr. Francisco Gutiérrez, don Rubén H. Dimas, don Francisco Morán y otros más de la nueva generación. Estos señores, excitados por el Ministerio de Instrucción Pública, se reunirían en junta para estudiar el asunto y designarían el texto que para cada materia debiera adoptarse en todos los planteles de la República, con prohibición de emplear otros, en tanto que el progreso de la ciencia pedagógica no demande un cambio, el cual se haría por igual procedimiento.

Si esto no se hace, los maestros concluirán por arruinar a los padres de familia; pues aún me he quedado corto en lo de los libros de lectura, advirtiéndome que los que sirven en un colegio no sirven en otro, y de una sección de grado a otra se requieren nuevos libros, aunque los primeros no se hayan concluido de ver.

¡Esta libro-manía es intolerable!

Ojalá que el señor Ministro tome en consideración estas mis pobres observaciones y recapite

cite sobre ellas, dictando medidas que hagan de la sabiduría el pan de los pobres, que son los que mejor lo aprovechan, dando opimos frutos a las nuevas generaciones.

La diversidad de opiniones entre los profesores de nuestros planteles de enseñanza, en lo que se refiere a la elección de los libros de texto, de cuya falta de unidad resultan tantos perjuicios, como me parece haber demostrado, me sugiere la triste idea de que nunca llegaremos a realizar el tan deseado bien de la Unión Centro-Americana; porque, ¿cómo podríamos verificar ese milagro si no podemos acariciar una sola idea, unas mismas aspiraciones, en cuanto a la instrucción pública se refiere, ya que es ella uno de los más importantes factores que hemos de aprovechar para reunir en uno los cinco fragmentos, disgregados en mala hora, de la Gran Patria de nuestros mayores? Vanos son todos esos esfuerzos de unificación de leyes y de intercambio intelectual que proponen los llamados Congresos de Centro-América, tan dispendiosos en estos pequeños países. ¿De qué sirven esas tendencias de unir naciones, si estamos desunidos en nuestras casas, en nuestras escuelas, en nuestras pequeñas poblaciones? Si tenemos infiltrado en el alma el germen de la desunión, y cada hermano es enemigo de su hermano, y cada escuela marcha por distinto sendero, aunque guardando las apariencias de cumplir con el Reglamento respectivo, que a mi entender tiene muchas lagunas importantes, que es preciso llenar bien pronto. Cuando se elabore un nuevo Reglamento (que ya son muchos los elaborados, pues en eso de hacer reglamentos na-

die nos gana), es bueno recomendar tan delicada obra, para que sea nuestra y no copia de difícil adaptación, a una comisión de pedagogos y médicos, a fin de que no quede desamparada la cuestión de higiene, que en consorcio con la Psicología debe servir de norma a los que se encarguen de tal trabajo, para que el niño sea conscientemente tratado y guiado a puerto seguro en la tan difícil tarea de modelar almas.

Todo maestro debiera ser higienista y psicólogo ante todo. El carecer de los profundos y útiles conocimientos que tales ciencias enseñan, es siempre fatal para los futuros ciudadanos. Ya me ocuparé más adelante en estos importantes asuntos de Higiene y Psicología en sus relaciones con la escuela.

*

Creo que es un principio fundamental de la Pedagogía moderna hacer que el niño trabaje lo menos posible para aprender. ¿Y de qué manera se puede realizar esto? ¿Poniéndole al niño el mayor número de libros posible y obligándole a aprendérselos de memoria? No, es el maestro el que debe huronear o hurgar libros cuantos pueda, porque él está dotado de criterio más amplio e ilustrado para poder sacar de esos libros, que el niño no entiende, las verdades científicas que ha de introducir en la mente del niño, de la manera más simple y comprensible a su débil inteligencia. La tendencia moderna es quitar de la presencia del niño el fantasma torturador del libro; objetivar lo más posible la enseñanza es el deber de todo buen maestro y casi todas las ciencias

pueden adaptarse a tan sabio procedimiento; el niño debe conocer el objeto antes que saber definirlo, de su conocimiento debe sacar su definición, así se le enseña a pensar, comparar y discernir, sin que se fatigue su inteligencia, que es lo que debe evitarse, por sus funestas consecuencias. Aquí observo lo contrario: el maestro apenas si se toma el trabajo de señalar la lección y de tomarla, y si el niño no la aprende porque no la comprende, pues bien sabido es que lo que uno no entiende no puede fijarlo en su inteligencia, lo que hace el maestro es castigar al niño, poniéndole una mala calificación, que al principio logra herir su alma, inutilmente, puesto que se le exige un imposible; y que después, viendo la injusticia, pierde la delicadeza y hace poco caso de las malas calificaciones y lo que estas significan, perdiendo con esto el maestro la estimación de sus alumnos, cuando no se granjee el rencor, que hasta allí suelen llegar estos malos procedimientos; ya véis, no enseñan nada y en cambio crean una mala pasión. ¡Ah, cuán delicado es el manejo de las almas infantiles! Yo creo que pocos son los maestros que se dan cuenta de la enorme responsabilidad que pesa sobre ellos.

¿De qué libros se sirvieron aquellos antiguos filósofos de la Grecia, que estudiaban paseándose por los jardines de Academus? De muy pocos o de uno sólo, el gran libro de la Naturaleza, en él se les enseñaba a leer y de él aprendieron los inmortales principios de la ciencia que nos legaron, y, ¿fueron por eso menos sabios?

La escuela ideal sería aquella en donde el niño, durante toda su instrucción primaria, no hu-

biera abierto jamás un libro, salvo aquellos que él espontáneamente quisiera, por el recreo que le proporcionarán, y en cambio para el maestro hubiera la más nutrida y completa biblioteca; esto último no debiera faltar en ninguna escuela. Tiempo tiene el niño, después de bien preparada su inteligencia, de hartarse de libros hasta la saciedad, sin que entonces le indigesten.

Hay algunos profesores de competencia reconocida, que olvidan, acaso, al dar sus clases, que los niños a quienes enseñan ignoran todo, que son bloques informes que esperan de él, que es el artista, la forma más o menos bella que pueda o quiera darles; y así, exigen que el niño conteste sabiamente a sus preguntas, cual si tuviera la ciencia infusa; que entonces no necesitaría del maestro, y si no lo hacen, faltos de paciencia, bellísima cualidad que deben poseer todos los que al magisterio se dediquen, le propinan un denuesto, para lo cual no están autorizados ni es conveniente que lo hagan, porque hieren profundamente el alma supersensible del niño, y pasan la pregunta a otro, sin tomar en cuenta, que hay inteligencias más o menos tardías para asimilar y que él está obligado a enseñar no sólo a los inteligentes sino a todos. Una vez, un profesor de Gramática, que ya no existe, mandó a una niña a escribir la palabra *haz*, imperativo del verbo hacer y como la niña lo escribiera así con *h* y con *z*, se burló de ella tratándola de ignorante, afirmando que se escribía con *h* y con *s*, así: *has*, sin advertir que lo que aquí escribía era la segunda persona del presente de indicativo del verbo haber, la niña avergonzada consultó el caso conmigo y yo,

con la autoridad de la Real Academia Española, dí la razón a la niña y le aconsejé prudencia, porque aquello no podía ser más que una equivocación del maestro, que lo era muy bueno; y al efecto, al día siguiente, el maestro confesó su error, pero no se disculpó con la niña de su hiriente burla, como si aún en el error el maestro ha de tener razón. Esto es un efecto del dogmatismo antiguo, que aún prolonga sus raíces hasta nuestros jóvenes maestros. No se quiere confesar que la omnisciencia no la posee nadie en la tierra. Hay que tener la entereza de decir *no sé*. La piedra filosofal fué un mito; y no basta una vida, por larga que sea, ni el talento más prodigioso, para acaparar toda la sabiduría, que, en el trascurso de los siglos, la paciente labor de millones de sabios ha logrado acumular en las inmensas bibliotecas de los grandes centros civilizados de la humanidad.

El dogmatismo en el maestro es una rémora para la enseñanza.

El filósofo ginebrino, al enseñarnos la manera de educar a su Emilio, rompió los moldes antiguos y abrió nuevas y anchurosas brechas a los maestros de hoy. ¿Por qué son tan pocos los que las siguen? ¿Por qué, en una gran mayoría, se avienen con esa mezcla de antiguo y moderno de que resulta una hibridez incalificable?

Creo que hay muchas razones, y entre ellas la mala remuneración, pues los sueldos exigüos de que algunos profesores disfrutaban, de los cuales todavía, con ser tan exigüos, encuentra cada Presupuesto algo que recortar, no bastan para repa-

rar las energías perdidas en la ímproba labor de la enseñanza. A no ser que se conforme el maestro con la honra de serlo, como dijo uno de nuestros grandes hombres, cual si la honra llenara todas las necesidades; que las del maestro son muchas.

A pesar de todo, contamos con algunos maestros por vocación, que jamás han tenido el menor estímulo y que trabajan con verdadera delección, hasta que llega para ellos el ocaso de la vida bajo un techo ageno, pues propio jamás lo han tenido, salvo que hoy que parece vislumbrarse un nuevo horizonte, y ojalá que el actual Mandatario haga con el maestro una verdadera obra redentora. A este propósito, recuerdo con profunda tristeza, el fracaso que sufrió la noble iniciativa del Dr. Pedro Fonseca, de poner a todo el pueblo salvadoreño a contribución para comprar una humilde casa de habitación donde el altísimo poeta e insigne maestro don Francisco Gavidia pudiera reposar tranquilo el resto de su preciosa existencia. Si para este hombre-luz tal iniciativa no encontró eco en este pueblo, que tiene fama de generoso, y que en efecto lo es con el de fuera, ¿qué sería si se tratara de un pobre maestro de escuela? Por esto vengo a la cuenta que no estamos tan civilizados como nos creemos y que todo entre nosotros es barniz, esmalte u oropel y que necesitamos quizá un siglo más para que podamos desempeñar nuestro verdadero papel en el concierto de las naciones civilizadas y para que sepamos dar a cada uno su verdadero valor.

Mientras la *verdad* no sea la única norma de nuestras acciones, tanto públicas como privadas,

no habremos hecho nada de provecho por nuestra felicidad.

II

Los Castigos

En esto de los castigos empleados en la escuela, para corregir al niño, se ha verificado en el mundo entero una evolución trascendental, y nosotros hemos participado de ella, al grado de que ahora nos parece mentira que haya habido quien empleara las orejas *de burro*, *la palmeta o férula* y *la disciplina*, como llamaban al chilillo, correa u otro objeto que pudiera servir de azote para castigar a los niños: procedimientos todos estos infamantes y torturadores de la materia, cual si se tratara de esclavos, queriendo confirmar aquello de que *la letra con sangre entra*, que era el principio fundamental sobre el que basaban la enseñanza en aquellos embrionarios tiempos. Castigos eran aquellos que herían moral y materialmente al niño sin sacar más fruto de ellos que hacer de los medrosos, humildes esclavos, futuros serviles, pues les mataban los primeros destellos del carácter, y de los rebeldes, avivando sus malos instintos, su rencor ignato, llegaban a ser con el tiempo protervos empedernidos que iban a terminar en un presidio.

En nuestros días el castigo casi no debe llamarse tal, puesto que es más útil que torturador. Esta es la nueva orientación que quisieron darle los insignes maestros del viejo mundo; pero nuestros profesores no siempre dan una verdadera in-

terpretación a tan hermosos principios, pues a veces, usando esos modernos castigos, los exageran o los desvirtúan, y hay escuelas donde aún se emplea la flagelación, aunque ya no hacen *cargar* al niño por un compañero ni le *bajan los pantalones*, como era de rigor, en los tiempos a que me he referido. ¿Qué pensaría el lector de un maestro que castigue a una niña conocida por él como celosa en el cumplimiento de sus deberes, por habersele olvidado, por primera vez, llevar a la clase un cuaderno con quince oraciones gramaticales, que se le habían impuesto, haciéndola copiar estas quince oraciones cien veces con obligación de entregarlas el siguiente día? ¿No es esta una tiranía peor que la férula o el azote? Para copiar quince oraciones, cien veces, se necesitan por lo menos quinientos renglones del papel que llaman de oficio y no es suficiente una noche entera para realizar ese trabajo. De esta manera el castigo moderno tortura más que el antiguo, y si esto se repitiera muy a menudo mataría la salud de los niños, y esto es un delito punible como cualquier otro, puesto que produce un daño quizá irreparable. Si el maestro, en vez de exigir cien, hubiera pedido solamente veinte, el castigo hubiera resultado útil a la niña, porque habría ejercitado su memoria y practicado un tanto la escritura, sin fatigarse; pero la exageración, destruyó el provecho. Ya que las autoridades escolares no fijan límites a estos castigos, los directores de establecimientos de enseñanza, debieran hacerlo, máxime si se trata de niñas enfermizas, que todo esto debe tenerse en cuenta cuando de aplicar un castigo se trata, porque el maestro,

antes que verdugo, debe ser amigo cariñoso de sus alumnos, y el padre de familia tiene derecho a exigir de los centros docentes la educación de sus hijos sin el quebranto de su salud, ya sea en aquellos donde paga una pensión o en los pagados por el Estado, como contribuyente que es para el tesoro nacional.

Eso de las malas calificaciones generales, que la peor que usan aquí es el *cerro*, (1) me parece la cosa más injusta que puede hacerse. ¿Por qué van a pagar todos los alumnos de un grado o de un curso la falta que solamente uno cometió? ¿Que porque no se pudo averiguar quién fué? La noción jurídica a este respecto es contraria a tal procedimiento: cuando la ley, o más bien el juez, no tiene seguridad de quien es el delincuente porque el delito haya sido cometido entre muchos individuos, como sucede en nuestras contiendas electorales, es magnánima esa ley y perdona, porque es preferible perdonar a un delincuente ignorado que castigar a muchos inocentes. ¿Por qué, si los Tribunales de Justicia y las leyes que nos rigen resuelven de esta manera asuntos oscuros, tratándose de grandes pecadores como son los hombres, no los imitan los profesores, tratándose de niños inocentes que solo cometen leves faltas, a veces sin intención? Y no olvide el maestro, que si él sabe hacer interesante la clase, el niño no comete faltas, porque su atención está absorta y pendiente de sus palabras; si se ríe o juega es porque el maestro no

[1] Las malas calificaciones representan para los niños castigos corporales que reciben el día domingo, en vez de consagrarlo al descanso, al aire y a la luz.

ha sabido atraer su atención y entonces la culpa no es del niño, sino del maestro, ¿por qué entonces se castiga al niño? Y no solo al que faltó al respeto del maestro, sino a todos los de la clase. Con estos procedimientos siembra en el alma del niño el germen de la injusticia, que más tarde pondrá en práctica con perjuicio de terceros, y estoy seguro de que nadie ha de remontarse hasta la escuela para buscar las causas de ese mal proceder; más bien lo atribuirán al atavismo o a la herencia, que tal vez fué diáfana y pura; y en juzgar de este modo se cometerá otra injusticia, y todo por culpa de un maestro desabrido y egoísta, rebosante de bilis y mal humor.

Yo recuerdo que cuando estudiaba C. C. y L. L. en el Instituto Nacional, dirigido por el infortunado educacionista polaco don Sergio Lusky, había en mi curso tres o cuatro alumnos que iban a las clases solamente a molestar al profesor y a los compañeros; pero en clase del Dr. Rafael Reyes éran quizá los más atentos, pendientes como estábamos todos de aquel torrente desbordado de erudición y elocuencia con que daba sus clases de Historia Universal y Filosofía Positiva; del tema más insignificante improvisaba la más hermosa disertación. Una vez que un joven de Cojutepeque, de aquellos a que me refiero, colocó en medio de la sala de clases un *caite viejo* para ver qué decía el Dr., éste al entrar reparó en el objeto aquel, que si es una prenda importante por cuanto salva la planta del pie de nuestros labradores de los abrojos y del calor intenso que el suelo emana al medio día, sobre todo en el verano, era en aquel lugar

una gravísima falta de respeto al profesor, él con aquella su eterna sonrisa, haciéndonos presente la falta y adivinando quien era el autor, se remontó con poderosos vuelos al origen de la Historia de América, hablándonos más de una hora sobre el asunto histórico sugerido por aquel repugnante objeto. El buen maestro de todo sabe sacar partido a fin de enseñar algo nuevo a sus discípulos. Estoy seguro de que una de nuestras maestras, especialmente, en un caso semejante, pone *cero* general a las alumnas y no dá clase, siguiendo en esto el *sistema alejandrino* al cortar el nudo gordiano, por lo más fácil y expedito.

Al escribir estas líneas no pretendo zaherir a ninguna persona, procuro solamente corregir defectos de la enseñanza, por la mera tendencia, quijotesca quizá, de querer enderezar todo lo torcido que encuentro en el camino de la vida, sin reparar en que tal vez sea yo el más torcido de cuantos seres se agitan en la superficie de la Tierra; pero mis torceduras, si las tengo, que no lo dudo, no afectan a tercero, y, por consiguiente, escapar deben a la crítica. Tómese me, pues, la buena intención y perdónese me la aspereza de mi lenguaje, que de otro modo no he aprendido a decir la verdad.

En la aplicación del castigo, el maestro debe dirigirse al alma del niño, nunca a la materia, no es el dolor material el que debe provocarse, porque al pasar no deja nada de provecho, ni tiene relación alguna con la falta cometida, y esta relación ha de ser de tal naturaleza, tan íntimamente estrecha, que el niño vea en el casti-

go una consecuencia natural y forzosa de su falta; de otro modo el castigo ni enmienda ni corrige y por el contrario despierta el deseo de la venganza. ¿Qué relación tiene, por ejemplo, la tortura de los músculos cuando es la atención la que ha delinquido? Aunque estas faltas de atención, como antes lo he dicho, son las que menos culpabilidad acusan en el niño, puesto que dependen casi siempre de la incompetencia del maestro. ¿Qué lograban aquellos antiguos tiranos con nombre de maestros, al poner de hinojos a los niños traviesos sobre granitos de arena o de maíz y con los brazos en cruz, o con encerrarlos en la clásica bartolina? Nada, absolutamente nada de provecho; pues el escaso de entendederas o de voluntad para aprender, estaba siempre castigado, ora de un modo, ora de otro y había quien se jactaba de haber recorrido toda la inquisitorial escala de tormentos que el perverso ingenio del maestro antiguo había inventado.

Entre ese despotismo antiguo y la escuela anárquica de Tolstoy, de que nos habla el poeta Luis Andrés Zúñiga, en un reciente artículo publicado en el ATENEO DE HONDURAS, hay un término medio, que es el que conviene emplear, pues esos dos extremos, por ser extremos, se tocan en un punto, que es el de la inconveniencia y esterilidad; pero es necesario saberse sostener en ese término medio, que si se pasa hacia cualquiera de los extremos, es igualmente perjudicial; pues bien, ese equilibrio es el que no saben guardar algunos de nuestros maestros, inclinándose más hacia el primero, que nunca lo hacen hacia el segundo, quizá por atavismo y por desconocer el

procedimiento tolstoyano, por no haberse ensayado jamás aquí. Algunos sí deben conocerlo, porque empiezan por bromear con sus alumnos y hacen cual si se dejaran llevar de ellos, pero si el niño ríe por consecuencia natural de la broma del maestro, éste olvida su papel de tolstoyano y el despotismo ancestral se despierta en él, castigando la provocada risa del niño hasta con crueldad, lo cual resulta injusto y contraproducente. Ni el alumno ni el maestro deben imperar en la escuela; sino que han de ser dos amigos cariñosos que recorran juntos el escabroso sendero de la enseñanza, y como el maestro es el de más experiencia, está llamado a guiar al alumno con su sabiduría y sus consejos para que marche con pie firme y seguro hacia la meta de su educación. Si el maestro se conoce a sí mismo y sabe que es incapaz de abrigar en su alma la clemencia y la dulzura, que sea siempre adusto es mejor, porque eso de perder, cuando menos lo piense, su buen humor en perjuicio del niño, es un método pedagógico inadmisibles, por ilógico y despótico, si es que pudiera llamarse método, pues más me parece un estado patológico. Porque ¿a quién se le ocurre castigar la hilaridad que él mismo provoca? Y aún cuando el niño riera espontáneamente, si lo hace con moderación y oportunidad, no debe castigarse; el maestro inteligente podrá sacar buen partido de esa risa, y riéndose él también y con suma dulzura, puede hacer que el niño se mantenga en el límite del respeto. Y en ningún caso la risa debe considerarse como una mala acción, sino como una manifestación del buen estado de

ánimo y de salud perfecta, manifestación la más noble y exclusivamente de propiedad del *Homo Sapiens*; a excepción del hombre ningún animal de la Naturaleza ríe, porque lo que hace el papagayo y demás especies afines no es reír, sino imitar el sonido de la risa, sin que haya en él la menor expresión de contento o regocijo. Y bien sabido es lo que le valió al indígena de América ante la Corte de Castilla el saber reír. ¿No sería, pues, un sacrilegio castigar al hombre porque pregona con su risa el noble distintivo de ser hombre? Lo dejo a la consideración de todo aquel que tenga un chispazo de luz en el alma y, sobre todo, del que sepa reír.

El maestro actual no tiene potestad alguna sobre el alumno: ni la ley se la dá, ni se la aprueba el padre de familia, y si él se la toma, delinque y se hace merecedor de las penas que nuestras leyes señalan a sus transgresores. Las personas que tienen vicios o enfermedades de aquellas que agrían el carácter, o las mal educadas, debieran de hecho estar incapacitadas para ejercer el magisterio; pues la ley, ante todo, debe proteger al niño contra las violencias del maestro, al ser débil contra el fuerte, esto es lo más lógico y caballeresco. En nuestros días ha habido maestro que mate a un niño de un puntapié. ¿Habrase dado salvajismo mayor? Tratar a los niños peor que a las bestias. Que porque ignoran lo que el maestro pregunta, cosa natural en el que está aprendiendo, se le trate de bestia, estúpido, ignorante y otros denuestos, ¿qué método pedagógico es este? ¿dónde lo habrán visto los que a diario lo emplean?

En vista de tales procedimientos, que, aunque raros ya, todavía se observan en algunos centros docentes, justo es pedir a las autoridades superiores la efectiva protección del niño, depurando al magisterio salvadoreño de tan anacrónico imperialismo. Si en alguna parte debe reinar con diafanidad y pureza la moderna democracia y las verdaderas instituciones republicanas, es en la escuela. ¿Habrás visto cosa más risible que un maestro de carácter irasible, despótico y arbitrario, dando clase de moral e instrucción cívica?

Ojalá que estas mis bien intencionadas observaciones merezcan la atención de quien corresponde y, redoblando la vigilancia de escuelas y colegios, haga algo en bien de la niñez; pues sería para mí una cruel desilusión saber que mis palabras han pasado desapercibidas o las han visto con la indiferencia con que se ve caer la lluvia.

III

El Mercantilismo en la Escuela

Es doloroso para todo buen salvadoreño, pero hay que confesarlo, que el móvil principal que ha guiado la voluntad de casi todos los directores de establecimientos docentes en el país, desde muy lejanos tiempos, no ha sido, por desgracia, la santa vocación, sino la ambición de riquezas, el rudo mercantilismo, más o menos desenfrenado, que no ha respetado ni el santuario de la Enseñanza, y que espera un nuevo Cristo, que, empuñando el divino fuste de la Moral, lo arroje sin compasión del templo de Minerva.

Allá por los tiempos en que nosotros estudiábamos los primeros cursos de C. C. y L. L., este comercio se hacía en grande escala, sobre todo en los colegios de señoritas: a cada alumno o alumna que hacía sus estudios en el internado, se le enviaba tres o cuatro veces al año el famoso *Buque*, en el que los padres amantísimos, sabiendo de antemano la precaria vida de sus pobres hijos en aquellos inhumanos planteles, les enviaban todo lo que pudiera aliviar sus necesidades corporales y regalar el gusto, en cantidad suficiente para quince días o un mes, y como también conocían la ambición de los directores, no se olvidaban de enviar para ellos igual presente; pero esta medida previsoras, al parecer, no salvaba al pobre interno, porque hubo directora que recibiera todo lo que los buenos padres enviaban, tanto lo que venía consignado para ella, como lo de la alumna, con el pretexto de guardárselo mejor, sobre todo si eran quesitos de mantequilla o finas confituras, que los solían enviar, muy ricos; la niña no tenía el gusto de *descargar el buque*, que atracaba a los muelles de la directora y de allí pasaba a sus aduanas, digo, a sus despensas, y para conformar a la niña mandaba a comprar al mercado queso de cuajada; del que ordenaba le dieran a cada tiempo un pequeño trozo, que a lo más valdría tres centavos, y en cuanto al dulce, se transformaba por magia de la directora, en *dulce de plátano*, de los cuales extraordinarios manjares gozaba la dichosa niña durante ocho días, al cabo de los cuales se le notificaba que su *buque* había terminado. La niña, sabiendo que sus padres le en-

viaban quesitos de mantequilla exprofesamente hechos para ella en su hacienda, y no el pésimo que le daban a comer, no se engañaba; pero no podía protestar por temor a los bárbaros castigos, que era uno de ellos el de tenerlas a pan y agua durante tres días y acostadas, haciendo algún trabajo, ni podían escribirles a sus padres porque la censura era rigurosa; nadie podía escribir nada que no pasara antes por la vista de la directora, aunque fuera dirigido a sus padres, y quizá estas cartas eran las que más interesaban a la inhumana directora, para evitar que aquellos se enterasen de la triste vida que llevaban sus hijas. Era ese trato tan cruel, y la alimentación tan mala, que casi todas las niñas enfermaban del estómago y perdían en el año hasta diez libras de peso, y su color, que al venir de la casa paterna era rosado vivo, se tornaba amarillo pálido, de puro anémicas; pues no dándoles nada bueno y sustancioso que digerir, se digerían a sí mismas, gastando la reserva que habían traído. Entre tanto las maestras engordaban cada día más.

Y lo que hacían con los alimentos también lo verificaban con los útiles de enseñanza, que obligaban a comprar en el colegio a precios mucho mayores que los de la plaza, y eran de verse las cuentas que cada fin de mes presentaban a los padres de familia o a los encargados por éstos para suministrar a sus hijas lo necesario; había alumnas que llevaban cuenta detallada de lo que pedían y al compararla con la de la directora, resultaba ésta duplicada; pero tampoco a esto se podía hacer objeción alguna,

porque se ofendía la *dignidad* de ella y la niña podía pagar bien caro su atrevimiento. Era aquello el juego de la correa: *si ensartas pierdes y si no ensartas pierdes*. En los establecimientos de varones pasaba casi lo mismo, pero en menos escala, por ciertos escrúpulos propios del hombre; allí se empleaban otros procedimientos, que por dicha resultaban más humanos para el alumno y menos lucrativos para el maestro.

Bajo este régimen despótico fuimos educados nosotros y nuestras esposas, y es un milagro que vivamos aún, aunque luchando contra las mil calamidades que lograron echar raíces en nuestros organismos, y, por desgracia, todavía nuestros hijos sienten sus efectos desastrosos. Ya los que tanto daño hicieron están pagando su tributo a la Naturaleza. Que la tierra les sea leve!

En los tiempos actuales, los directores de establecimientos docentes son más humanos, aunque lleven en sus propósitos la utilidad; se conforman con lo que su trabajo honradamente dirigido les produce, y el alumno goza de más comodidades y hasta del cariño de sus maestros, pues éstos llegan a querer a sus discípulos cual si fueran sus hijos; el niño se siente amado y la ardua vida del internado, por la ausencia del hogar querido, se le hace más llevadera.

¡Dichosos, vosotros de la actual generación, que no habeis saboreado más que una mínima parte de las rudezas de la enseñanza!

Con todo, se cometen aún algunos pecadillos, que más los sienten los padres de familia

que los alumnos. Hay en algunos planteles un resto del antiguo mercantilismo, que sería bueno destruir para siempre, a fin de que la escuela moderna brille con la pureza de la verdad, que es la virtud redentora entre todas las virtudes. Que el niño no vea en el maestro a un explotador, sino al apóstol que sacrifica su existencia en aras del bien general. Que se remunere lo suficiente al maestro, que bien se lo merece, para quitar de su presencia el deseo del pecado. Esta es la obra del Gobierno, obra moralizadora y, por ende, benéfica para la humanidad.

IV

Juquetes de Cupido

Así podemos llamar a esos ensayos amorosos a que dedican una parte de su tiempo las alumnas y maestras jóvenes de nuestros colegios, porque, ¿qué son, sino juegos del travieso hijo de Venus, las cartitas *cifradas*, el lenguaje de las flores, el del pañuelo, las letras de manos, el idioma «*Malespín*» y otros medios más o menos ingeniosos y siempre llenos de misterio, de que se valen las que se llaman *amor* para expresarse los sentimientos que se imaginan tener, cada una, por su *amor* correspondiente? Desde muy tierna edad comienza este simulacro de amor, que parece tan inocente a primera vista, pero que tiene, a mi modo de pensar, consecuencias nada buenas; pues lo que en el interior del colegio pasa entre personas del mismo sexo, se verifica más tarde, fuera de él, entre sexo y sexo, traducándose en flirteos amorosos, que dañan pro-

fundamente la reputación de las inexpertas niñas. ¡Es peligroso jugar con el amor!

Que las niñas se quieran entre sí y estimen a sus maestras, es un sentimiento que hasta debe cultivarse, porque sin el amor no es posible la vida humana; pero ha de ser ese lazo de unión puro y circunspecto que impele hacia el bien y no ese jugueteo de amor travieso que despierta en el alma cándida de las niñas misteriosos sentimientos, ansias aún no comprendidas por ellas, deseos que hacen palpar las más ocultas fibras de su corazón, no preparado todavía para tales sentimientos y que, por lo tanto, requieren de parte de los maestros un profundo estudio psicológico, a fin de aprovechar las manifestaciones ingenuas del cariño, guiándolas hacia buen fin y cortar a tiempo las malas inclinaciones. A este respecto recuerdo un concienzudo estudio que el ameno escritor y profundo filósofo italiano Edmundo de Amicis hizo sobre un sinnúmero de composiciones escritas por alumnos de pequeña edad de las escuelas de Milán, deduciendo de los conceptos expresados por los diminutos escritores y hasta por la forma de la letra, preciosas conclusiones, que debieron servir a los maestros para orientar conscientemente la educación de aquellos niños. Ya es tiempo de que se haga entre nosotros alguna cosa parecida. El rutinarismo pedagógico debe desaparecer para siempre de nuestras escuelas. Abrigo la esperanza de que con los nuevos maestros que se están haciendo bajo la dirección del talentoso y competente educacionista, don Juan Ramón Uriarte, realizaremos ese ideal.

Para mí, la obra más meritoria de un gobernante es la educación de las masas, por eso son tan gigantes, en la Argentina, las figuras de Sarmiento y Mitre; su obra es un monumento indestructible que pregonará por todos los siglos la gloria de tan excelsos ciudadanos.

Me he ocupado en estas minuciosidades, por creerlas de importancia capital, dejando para otros más doctos las sabias disertaciones pedagógicas, y porque creo que el mal no está en ignorar lo que se ha de hacer, sino en la falta de voluntad de hacerlo.

V

La Escuela Engendra Pasiones

La semilla del rencor se siembra constantemente en las escuelas, sobre todo en las de carácter privado y especialmente en las de niñas. Natural sería que la mujer, fuente de amor y de ternura inagotables, supiera engendrar amor en las almas infantiles cuya educación se les confía. Sin embargo, es por excesivo amor que engendran el rencor. La explicación es la siguiente: En la escuela se educan también hijas, parientes o niñas muy queridas de la maestra (por diferentes motivos que nadie ignora) y estas son las que gozan de todo el amor, de toda la inmunidad y de todas las consideraciones de la directora; estas niñas imponen su voluntad en la escuela y obtienen las mejores calificaciones, mirando con desprecio y tratando con insolencia a las otras niñas, cuando no ejercitan actos de

servilismo para con ellas. Por amor, mal entendido, a estas niñas, las maestras son injustas con las otras.

Las demás niñas, que ven infructuosos sus esfuerzos, puesto que a pesar de su inteligencia y sus conocimientos jamás llegarán a superar a las privilegiadas, en el concepto de la maestra, se vengan a su modo, dando muestras de que en sus tiernos corazones crecen fecundos el rencor y el deseo de la venganza, en vez del amor.

Estas reflexiones me han sido sugeridas por el recuerdo de una pequeña historia que un amigo me refirió hace algunos años en un pueblo del Oriente de la República. Era un agricultor en pequeña escala que tenía dos niñas de seis y ocho años respectivamente, en la única escuela privada del lugar, dirigida por una señora viuda. Entre las treinta niñas que asistían a la escuela estaba la hija de la directora y las dos del señor alcalde.

Me refirió el amigo aquel, que una tarde contempló con bastante pena que sus dos hijitas se entretenían en pintar con yeso muñecas en el pavimento de un extenso corredor. Habían pintado ya cuarenticinco cada una de ellas, grandes y pequeñas, con orejas de burro y nariz larga y encorvada, como el pico de un loro; dos rayitas casi paralelas formaban el cuello, un círculo mal hecho y más pequeño que la cabeza representaba el tronco y de él salían a ambos lados dos líneas curvas o quebradas terminadas en sendas estrellas de cinco rayos, que eran los miembros superiores con sus respectivas manos; de la parte inferior del círculo se desprendía un

trapeció en representación de las faldas, y de la base inferior del trapecio colgaban dos ganchos, que, según las chicuelas, eran las piernas y pies. A las muñecas grandes les habían escrito en uno de los lados el nombre de la maestra y a las pequeñas los de la hija de ella y las del alcalde, que eran, según su sentir, las privilegiadas por la directora.

Así que terminaron su tarea o se cansaron de pintar muñecas, se incorporaron, pues su trabajo lo habían verificado tendidas boca abajo en el suelo; recorrieron sus dos hileras de figurones, llenas de satisfacción e imaginándose que, en verdad, tenían ante su ojos de jueces inflexibles, indefensas y humilladas, a aquellas que en la escuela eran soberbias, incisivas e injustas con ellas. Después de contemplarlas un breve instante y obedeciendo a impulsos malsanos adquiridos en la escuela, empezaron a pisotear una por una aquellas imperfectas y grotescas imágenes, repitiendo cada vez: «Vaya, vaya, aquí nos las pagan todas; así nos vengamos nosotras».

Tan fea acción la hubieran repetido todo el resto del día, al decir del amigo y a juzgar por el enfado que tenían, si él, que las observaba desde el cuarto vecino, no las hubiera reprendido, haciéndoles ver que eso no era bueno y que a las niñas malas las castiga Dios.

Estamos seguros de que con todo y ser la maestra, aunque inconscientemente, la causante de aquel rencor, si ella hubiera sabido lo que las inocentes niñas hicieron, las habría castigado severamente.

Esta manera de vengarse de las niñas del cuento o de la pequeña historia, es la que emplean los oprimidos indefensos contra sus opresores.

Algo parecido hacían en el Viejo Mundo los que quemaban a sus malos reyes en efígie en la plaza pública.

De lo referido anteriormente se deduce que las maestras que tienen hijas suyas o de seres queridos, con el propósito de educarlas ellas y no se crean capaces de equipararlas a las demás alumnas, tratándolas con igual amor escolar, o por lo menos con justicia y equidad, no deben ejercer el magisterio; pues de lo contrario su escuela será un semillero de pasiones innobles. Es preciso tener presente que las niñas de hoy serán las madres de mañana.

*
* * *

Una costumbre que debiera desaparecer de los establecimientos de enseñanza es la de festejar a los directores y subdirectores en los días de sus onomásticos, obligando moralmente a los alumnos (o sea a los padres) a contribuir con una cantidad, cuyo MÍNIMUM se señala de antemano (esto sólo ocurre en algunos colegios). Con tal procedimiento se inculca a los niños un sentimiento de abyección, de servilismo, que en fuerza de la costumbre minará el carácter naciente en esos espíritus débiles, formando para el futuro seres indignos de un país libre. Esto está en pugna con la verdadera misión de la Escuela, que es la de educar ciudadanos dignos y aptos para la lucha honrada por la vida. En cuanto

al maestro, al aceptar sus festejos u obsequios, relaja la disciplina, si es agradecido, o siembra en el alma de los niños el rencor o el despecho, si los castiga después de haber recibido sus favores. Estas circunstancias debió tomar en cuenta Mr. Wilson cuando devolvió a sus remitentes los valiosos obsequios que pretendieron hacerle en uno de los aniversarios de su natalicio. Los maestros, siguiendo tan edificante ejemplo, no debieran permitir que los alumnos les obsequiaran en forma alguna, y si éstos insistieran, maleados ya por influencias anteriores, debieran aprovechar la generosidad de sus discípulos para socorrer, con el producto de tales contribuciones, a tantos otros niños menesterosos que pululan por las vías públicas, en la seguridad de que para tan benéfico objeto no habría padre de familia que se negara a dar a sus hijos ese óbolo bendito. Con actos así, en vez de deprimir el carácter del niño, sembrarían en sus tiernas almas el sentimiento inefable de la caridad.

¡Ah, qué difícil es formar para el futuro ciudadanos conscientes y sanos de cuerpo y de espíritu, capaces de hacer la felicidad de la Patria!

Quizá en la escuela del pasado se encuentren los gérmenes de nuestros males presentes.

Si queremos Patria, hagamos patriotas en la escuela y en el hogar.

Hagamos que germinen las gemas que nuestros próceres dejaron, y que ha tiempo duermen, en interminable catalepsia, bajo el peso abrumador de las más degradantes pasiones.

1915.

Acuarela Marina

Un día de múltiples impresiones, de fantasías y de saudades: Sentado sobre un madero emblanquecido por el agua y por el sol y yacente en la playa del Obispo, mi mente parece que rumiara las ideas de todo el día, en tanto que en el cielo y en el mar despliega sus flamantes y airosos cortinajes de apoteosis la espléndida naturaleza tropical.

Yace a mi derecha el pueblecito de La Libertad, con sus casitas blancas de tejas rojas, sus calles angostas y mal empedradas, su vieja iglesia de arquitectura indefinida, con sus campanarios y sus esquilas de bronce, plata y oro. Sí, esas campanas tienen o deben tener plata y oro, como todas las de nuestros pueblos, que han sido fundidas en el país. Tal vez éstas lo hayan sido también, y en ese caso estoy seguro que guardan en su seno, en una eterna asimilación, las pobres predecitas de plata y oro bajo de las creyentes pueblerinas y valladeras. Yo ví fundir unas campanas en un pueblecito del Oriente de la República, y aunque era muy niño aún, me llenó de emoción lo que allí presencié. No sé de qué lugar de Europa había venido el fundidor; pero es el caso que fue contratado por la municipalidad de aquella urbe en germen; se instaló

en la plaza pública, construyó sus hornos, acumuló combustible, que todo el mundo llevó gustoso, y anunció el día, el gran día, en que se fundirían las campanas del pueblo; el alcalde hizo circular la noticia por medio de sus auxiliares y comisionados en todos los ámbitos de su comprensión municipal, y aún fuera de ella. Aquello iba a ser estupendo, nunca visto, maravilloso. Y así fue en efecto. La gran noticia se recibió por doquiera con entusiasmo indescriptible. El día señalado por el artífice campanero y *campanudo*, antes que la aurora desplegara en el Oriente sus flamantes galas, todo sér viviente se puso en marcha para el pueblo dichoso, que realizaría al fin su anhelo acariciado desde tanto tiempo: la posesión de sus campanas, las campanas del pueblo, esas que aprisionan en su metálica urdimbre pedazos del alma pueblerina, que cantan o lloran si el pueblo goza o se entristece.

A las ocho horas de aquel día célebre empezó a arder el horno y las llamas lamían famélicas las paredes del crisol; el metal hecho pedazos estaba dentro de él. La plaza estaba totalmente plena de gentes ansiosas de contemplar de cerca, lo más cerca posible, el momento en que el metal entrara en fusión, cual si se fueran a fundir los destinos futuros de su pueblo querido. Cuando llegó ese anhelado momento, el fundidór lo anunció con una voz de trueno, como para hacerse oír por aquella muchedumbre apretujada que no hacía caso del ardoroso sol canicular. Su voz fue como una corriente eléctrica de alto potencial, que produce emociones y estallidos,

convirtiendo aquella mansa grey humana en un embravecido mar de oleajes gigantescos, pues cada cual quería llegar el primero a depositar en el hirviente crisol su pequeña ofrenda de monedas, anillos y aretes de plata y oro de catorce quilates. La patrulla del señor alcalde fue impotente para contener el empuje arrollador de los fervorosos creyentes. El señor cura gritaba pidiendo calma; pero todo era en vano. Todos querían ver y arrojar en el crisol, donde se fundían sus campanitas, la poquita cosa de supérfluo que poseían. Para ellos aquella era una oportunidad para ganar la Gloria de Dios. Y al fin, llenos de maltratos y de golpes llegaron todos, depositaron con liberalidad su pequeña ofrenda y se retiraron contentos.

El que no haya presenciado una escena de esas no puede apreciar en toda su magnitud el alma de nuestro pueblo.

Las campanas de cada pueblo tienen su voz propia, inconfundible, que cada quien conoce a lo lejos. Cuando uno se ausenta de su pueblo natal y al cabo de años regresa lleno de emoción y oye las campanas que repicaron el día de su bautismo, con alegría primaveral, parece que volviera a empezar la vida desde niño, con todos los encantos que dejan para siempre profundamente grabados en el alma infantil, los menores detalles de esa vida dichosa e inconsciente, que es toda una religión hermosa y divina. ¡Ah, esa edad candorosa en que se sueña con ser cómico, cura o saltimbanqui. Edad en que se desea poseer todo aquello que impresiona fuertemente los sentidos...

A manera de un miriápodo muerto, que arrastran las hormigas, penetra en el mar el viejo y caduco muelle, constantemente batido por las olas, a veces tempestuosas y brutales o ya con suavidades de caricias, pero caricias de monstruo, felinas y salvajes. El vetusto muelle, ya casi en ruinas, tiembla y se estremece bajo la presión de los fardos de mercaderías y el movimiento de las pesadas gruas. En el fondo del paisaje marino se destaca majestuoso el COLOMBIA, uno de los mejores barcos de la MALA DEL PACÍFICO. Grandes lanchas tiradas por un viejo remolcador, hacen el servicio de la carga y descarga del barco y llevan y traen a los pasajeros. Sesenta turistas de ambos sexos, en su mayoría ya entrados en edad, lisos, relucientes y rojos, vuelven de la Capital, cargados con alforjas de pita, sombreros de mezcal, chintos de palo, jarros de barro cocido, frutas del país, pericos y qué sé yo cuantas cosas más. Muchos salvadoreños se embarcan rumbo a los Estados Unidos, a Guatemala, México y la Habana. Sus amigos y parientes los acompañan hasta el barco y regresan luego con la impresión de una afectuosa despedida y el sabor de alguna lágrima.

En la playa de enfrente algunos bañistas, de ambos sexos y de edades diferentes, faltos o rebosantes de carnes y con vestidos imposibles e indiscretos saltan alegres entre las olas, que reventan en blancas espumas, cual si fueran rollos de encajes medio rotos y ajados.

El sol empieza a hundirse en las lejanías marinas, empurpurando las ondas saladas y glaucas del Grande Océano. Y ven nuestros ojos avizores

una hermosa huella roja, larga, muy larga, en dirección de nuestra visual, que parecía una inmensa herida manando sangre, y tuvimos, sin querer, un triste y sombrío presentimiento.

La luna, en cuarto creciente, aparece casi a medio cielo, como una manchita blanca, que va poco a poco convirtiéndose en un pedazo de plata bruñida.

Las nubecillas de Occidente se despojan de sus regias vestiduras, sus galas y atavíos y se cubren de un gris opalino, que se hace cada vez más obscuro, cual si quisieran guardar luto por el emperador del cielo que acaba de morir.

En el dombo azul se encienden las antorchas de los astros, en el barco titilan las luces eléctricas y el pueblo también se ilumina.

Allá lejos, hacia el Sur, aparecen dos líneas negras cortadas en ángulo, cuya abertura estrechan o ensanchan a cada momento. En el vértice del ángulo se destacan dos puntos negros también, y así, con disciplina admirable cruzan el espacio en dirección de la costa. Por fin pasan sobre nuestras cabezas: son aves marinas, tal vez grullas, por el orden en que vuelan. Y yo que contemplo ese cuadro maravilloso, me imagino que las aves rayando el cielo con directivas disciplinarias, escriben la rúbrica del divino artista que creó esa obra inimitable.

La pena de muerte es un asesinato

Con motivo de la reciente y magna evolución política de la hermana República de Guatemala, coronada felizmente con la caída del tirano de los veintidós años, y como una consecuencia forzosa de ella, ha surgido la necesidad de deducir responsabilidades e imponer castigos a todos aquellos nacionales o extranjeros que olvidaron sus deberes para con la Patria, natural o adoptiva, y la tiranizaron y escarnecieron sacrificándola cruelmente en aras del egoísmo más desenfrenado y criminal. Los hombres del orden actual, obrando de acuerdo con las leyes de su país, deben inspirarse en elevados sentimientos de humanidad y patriotismo, en armonía con las normas de alto civismo de los pueblos cultos, y los que han esperado ver correr la sangre fraterna a torrentes en la noble ciudad de los Capitanes Generales, confío en que han de llevarse un buen chasco. No, Guatemala no debe asesinar a sus hijos legítimos y adoptivos; porque la pena de muerte es un asesinato, más oprobioso aún cuando se aplica a los delitos de carácter político.

NO MATARÁS dice el DECÁLOGO de la doctrina cristiana, y, por desgracia, son cristianos, aunque de nombre solamente, los que en mayoría se ma-

tan constantemente en la guerra y en la paz: en la guerra cubriéndose de gloria el matador, tanto más, cuantos más hermanos ha matado, ¡qué horror!; en la paz mata la llamada *justicia humana* para castigar al que ha matado. La ley del Tali3n impera a3n. Qu3 il3gico, o m3s bien absurdo, me parece el hecho de castigar a un hombre que de manera irreflexiva, a impulsos de tir3nica pasi3n, o de cualquier modo que sea, ha dado muerte a otro hombre, mand3ndole asesinar fr3a, premeditadamente y con crueldad, ya ante miles de espectadores, en pleno d3a, en los lugares p3blicos, convirtiendo tan in3cua acto en un espect3culo de circo, mil veces repugnante y bestial, ya bajo los techos mugrientos de la c3rcel sombr3a o en despoblado, sin formaci3n de juicio (a lo que llamaron «la ley fuga»), a veces en el silencio de la noche y con el mayor sigilo; por temor a la justa sanc3n del pueblo. La muerte de Gerardo Barrios, decretada por el Tribunal de Guerra, no se atrevieron a ejecutarla bajo la luz meridiana ni ante la conciencia popular. IN MENTE, estaban convencidos los ejecutores que aquella muerte ser3a un verdadero asesinato pol3tico que eternamente les llenar3a de oprobio, y en el silencio de la noche se verific3 tan horrendo crimen, estremeciendo de espanto los desnudos esqueletos de la *ciudad de los muertos* y haciendo gemir de dolor las entra3as de la ceiba milenaria, m3s sensible tal vez que el coraz3n de hombres.....

Si la *Justicia* cr3e que matar es un gran crimen, que no deben perdonar ni Dios ni los hombres, ¿por qu3 ejecutado por ella ese mismo cri-

men deja de ser crimen y se convierte en sanción? ¿Quién le ha dado el derecho de convertir lo negro en blanco, lo malo en bueno, el delito en castigo? La ley, hecha por los representantes del pueblo, se me dirá; pero ese pueblo tiene, acaso, el derecho de matar? No. Ni Dios ni los hombres se lo confieren; y no teniéndolo, cómo puede transmitirlo a las leyes por medio de sus representantes? Se puede dar lo que no se tiene? Me parece materialmente imposible, porque peca contra la razón y el buen sentido. Además, ¿cómo quiere esa ley que el hombre lleno de imperfecciones, respete la vida humana, si ella misma no la respeta? La célebre conferencista Annie Besant dice en una de sus más bellas conferencias: «No podemos esperar que el asesino respete la vida humana mientras vea que, según nuestras leyes, una muerte debe ser castigada con otra muerte. Es verdad que una tiene por móvil la pasión y la otra la ley; pero si la ley no enseña el respeto a la vida humana ¿cómo podrá respetarla el criminal lleno de pasiones?»

La pena de muerte por delitos políticos es aún más cruel e inhumana, más absurda e injusta y, sobre todo, más ineficaz. A mi mente se agolpan los recuerdos de aquellos grandes muertos por las balas españolas y las balas americanas: José Martí, Gabriel de la Concepción Valdez, José Rizal, Miguel Hidalgo y Costilla, Policarpa Salavarrieta, el Dr. Celis (estrangulado), Morazán, Villaseñor, Barrios y muchos más. Sangre preciosa la de todos esos mártires de la libertad, que fue impulsada por corazones nobles y generosos y nutrió cerebros clarividentes, en que se incuba-

ron los ideales benditos del amor patrio y de la redención de los pueblos, y que, al ser derramada por la tiranía disfrazada de justicia, fecundó la tierra donde cayó y, portadora de la semilla del bien, la hizo germinar y crecer, dando frutos de libertad, con los cuales se han alimentado las nuevas generaciones. Fué estéril y contraproducente para los victimarios tal sacrificio; pero fecundo para los pueblos oprimidos y tiranizados. El árbol de la libertad siempre se ha nutrido con sangre de héroes, que han muerto ensalzando su nombre, mil veces bendito, sangre de próceres, pura y vivificante.

LA RAZÓN DE ESTADO, EL ORDEN PÚBLICO. He ahí dos frases hechas—salvo raras excepciones—para uso exclusivo de las tiranías; son los flamantes ropajes con que cubren el descarnado y horroroso cuerpo del *crimen político*. Son las deidades que sostienen el trono del dios Éxito. La historia de todos los pueblos se sintetiza en la conquista del *poder supremo* y en la conservación de ese poder, bien o malamente adquirido. Para sostenerse en la *curul presidencial*, contra la opinión pública, recurren los tiranos, como Estrada Cabrera, a la siega de vidas jóvenes, nobles, abnegadas, que en el delirio patriótico intentaron llenos de unción, rebosantes de fraternidad, plétoricos de altruismo, derribar de su oprobiosa cima al usurpador de los derechos y del bienestar de todo un pueblo. Los guatemaltecos de hoy no deben olvidar jamás los nombres de aquellos mártires que en su ansia de libertad se adelantaron, por desgracia suya, al momento histórico, para el que estaba decretada la resurrección de *la libertad* en Guatemala. Los déspotas creen

que matando al hombre matan la idea, como si la historia no se encargara de desmentir tan erróneo principio. ¿Mataron al cristianismo los judíos que sacrificaron tan cruelmente a Jesús, o los romanos que mantenían a las fieras de sus circos e iluminaban sus espectáculos de increíble barbarie con los cadáveres de los discípulos de Cristo? Que respondan los centenares de millones de cristianos esparcidos por toda la redondez de la tierra. ¿Con la muerte de Martí, Rizal y la divina Policarpa, lograron los españoles afianzar el dominio de sus colonias sobre la tumba donde creyeron enterrar la libertad naciente? Por el contrario, tales asesinatos políticos o sociales hacen cobrar nuevas fuerzas a las gigantes alas del pensamiento para cruzar con sereno vuela los espacios infinitos del ideal, preñados a veces de oscuros nubarrones, que guardan en su seno la impalpable y poderosa fuerza del rayo destructor, pero bañados en raras ocasiones por la bellísima luz de las auroras boreales, que anuncian a la humanidad el término de sus infortunios y la próxima y gloriosa redención del hombre por el trabajo y por la idea.

La idea, cuando nace de la mente creadora y recorre el mundo envuelta en nimbos de aurora, es ave de luz que nunca muere y crece y crece, apoderándose de las almas y ensanchando sus dominios con increíble celeridad.

La pena de muerte es índice de barbarie superviviente por herencia ancestral, aún en las naciones que se llaman cultas y debe ser abolida de todas las legislaciones, como fué abolida la esclavitud. Si no corrige, si no redime, si no resar-

ce el mal causado, qué objeto noble y honrado tiene ese espectáculo inhumano y repugnante de hacer que unos cuantos hombres (me refiero a la fusilación) bajo la tiranía de la disciplina militar, maten públicamente a otro hombre que jamás les causó el menor daño? ¿Por qué convertir en fríos y crueles asesinos a hombres de bien, que por su propia voluntad y sanos instintos jamás hubieran privado del don divino de la existencia ni al más insignificante ser de la Creación? ¡Y esa es la *Justicia humana!* ¡Qué sarcasmo!

Pérez Galdós, en sus bellísimos «Episodios Nacionales», en el tomo que trata de Carlos VI en la Rápida, pone en boca del divino Confucio, con motivo del fusilamiento del General Ortega, las hermosas palabras que este personaje suigeneris pronunciara al ver caer el inanimado cuerpo del *ajusticiado*: “El murmullo de la multitud acarició el cadáver como una onda con gemidos de responso. ¡Oh iniquidad, baldón de la Naturaleza, bofetada y palos en la propia persona de la Divinidad! A las tres de la tarde, en un espléndido día de abril, cuando el sol alegra los campos, y la tierra fecunda echa de sí para regalo del hombre toda la magnificencia de flores y frutos, la ley nos ofrece su auto siniestro de la Fé jurídica y militar, remedo de los sacrificios idolátricos! ¡Y se llama ley lo que es contrario al sentimiento y a la razón; ley, la violación salvaje del principio cristiano! ¿En qué te diferencias ley matadora, de los criminales que matan? En que revistes tu crimen de etiquetas y trámites, y en que has sabido cohonestarlo con fórmulas hipócritas de moral falsa y de religión contra-

hecha. Tan execrable eres tú, perversa ley, como tus auxiliares, los hombres trajeados de negro, cuya misión en el patíbulo es comprometer a Dios a que sancione la barbarie llamada pena de muerte.....»

Es anacrónico a la civilización actual, el hecho corriente de que los Cuerpos Legislativos dicten leyes inhumanas destructoras de la obra más perfecta de la Creación, que es el hombre, y en nombre del hombre mismo, del hombre colectivo, a quien llaman pueblo, diciéndose autorizados por ese pueblo, del que la mayoría de sus miembros es inconsciente, y que no tiene, ni ha tenido, ni podrá tener jamás el derecho de matar a sus semejantes, porque eso es atentatorio y violatorio de las leyes divinas y de los derechos humanos. Todo ser que alienta bajo la comba azur del firmamento tiene el derecho de vivir y nadie puede privarle de ese divino privilegio sin romper en mil pedazos los códigos de la moral cristiana y sin destruir de un solo hachazo la soberbia arquitectura del Rey de la Naturaleza, perturbando profundamente la armonía universal. La pena de muerte es una barbaridad.....es un asesinato.

En Guatemala mató el tirano Estrada Cabrera, por medio de sus esbirros, para sostenerse en el Poder a perpetuidad. Los hombres del Nuevo Régimen quieren castigar a aquellos, porque mataron, robaron y violaron, y es muy justo; ojalá que no empleen el mismo procedimiento, porque entonces poco se diferenciarían de los que tratan de castigar. Hay castigos más duros que la muerte y no tan infamantes como ella. La

sanción es necesaria: al que delinque conscientemente hay que castigarle, de cualquier alcurnia que sea; pero hay que saber elegir el castigo para cada hombre, en relación con el delito, de tal manera que la sociedad no pierda ese miembro, que en circunstancias especiales de vida puede ser útil en vez de perjudicial. A los irresponsables incurables se les recluye en un lugar adonde no puedan causar daño a nadie, pero tampoco a estos se les debe matar, juzgándolos seres minados por el cáncer moral, porque esto es simplemente ilógico, inmoral e inhumano. Hay que tomar en cuenta que la mayoría de los hombres delinquen impulsados por una fuerza ciega e irresistible, ya sea esta la pasión exaltada por los vicios o la miseria, o una mala conformación de su cerebro; sin embargo, como se da el caso de que un individuo completamente normal (aunque esto es sumamente raro) cometa un delito, en plena conciencia de lo que hace o pudiendo haber evitado el excitante del impulso homicida, la sanción se impone; porque está demostrado que cuando no se castiga al delincuente, por esas mal entendidas e injustas complacencias con las personas de elevada posición social, la criminalidad aumenta al amparo de la impunidad, que es aún más criminal que el malvado a quien favorece. Todo criminal, cualquiera que sea su clase social, debe castigarse con firmeza; pero humanamente. El principal objeto del castigo debe ser la corrección del culpable, razón por la cual la pena de muerte no debe practicarse jamás por los pueblos cultos, salvo que quieran estacionarse en un salvajismo degradante.

Si todos los hombres son iguales ante la ley, ¿con qué derecho un hombre que ejerce autoridad por delegación de los demás hombres mata, en nombre de esa ley inicua, a un hombre que delinque o que se le juzga *perturbador del orden establecido*, cuando es huérfano de la fortuna en el primer caso, pues la vida de los ricos siempre es respetada; y lo peor del caso es que muchas veces el juez es más criminal que el acusado? A propósito de este fenómeno anormal voy a referir un episodio sucedido allá por el primer tercio de siglo pasado: me contó un viejo amigo, que en uno de tantos viajes que hizo a Esquipulas, en calidad de romero, pues siempre tenía cuentas pendientes con el milagroso santo de tal romería, pernoctó en compañía de otros, en un llanito aldeaño al pueblo de Azacualpa, famoso en la historia del crimen, y, conociendo lo peligroso del lugar, aseguraron sus cabalgaduras en las proximidades de su improvisado aduar, turnándose todos ellos en la vigilancia nocturna; pero sucedió que a la media noche el vigilante empezó a ver que los matorrales se acercaban hacia las bestias y en fuerza de discurrir sobre aquel fenómeno insólito y cuando los arbustos trashumanes estuvieron en la mayor proximidad, descubrió que eran ladrones que caminaban a rastras amparados por el follaje de aquellos arbolitos, y entonces despertó a sus compañeros, emprendiendo todos juntos el ataque contra los forajidos que contestaron con denuedo; pero fueron vencidos por los arrieros que formaban un grupo numeroso, y mayor, por consiguiente, que el de sus contrarios; sin embargo, junto con los ladrones,

que huyeron, desaparecieron también dos de las mejores mulas; lo que prueba que mientras unos combatían los otros se ocupaban en su negocio. Por este motivo, al solo clarear el día, fue nuestro amigo con algunos compañeros a dar parte de lo sucedido a las autoridades de Azacualpa, y, ¡cuál sería su sorpresa al saber que el juez estaba en cama por causa de unas heridas que en la noche anterior le habían inferido y el haber encontrado en el patio de la casa de aquel *probo funcionario* una de las mulas perdidas (hecho que por lo demás pudo haber sido una coincidencia muy inocente). Este fragmento de historia nacional se me contó, asegurándome su autenticidad, y con tales ejecutorias lo refiero a mi vez. Si el amigo mintió, hallá se las haya él, pero no me juzguen a mí como *Ejuzden Furfuris*. También se asegura que Carrera mandó incendiar dicho pueblo para purificarlo de su incorregible perversidad; pero probablemente este hecho se refiere a algún otro pueblo homónimo de la vecina República de Guatemala, pues el pueblo de Azacualpa de que aquí se trata pertenece al departamento de Chalatenango y, por consiguiente, fuera de la acción de aquel férreo mandatario, que, habiendo roto de un solo tajo la Federación Centro Americana, no causa extrañeza que incendiaria pueblos, a lo Nerón, con fines de saneamiento o no. ¡Cuéntan tantas cosas de don Rafael Carrera, que hacen temblar el misterio, como diría un parlachín hispano! Así como el juez de Azacualpa he conocido yo altos funcionarios, administradores de la *Justicia Humana*, que debieran haber llevado cadenas ó grillos y

se ufanaban del puesto que por intrigas ocuparon.

La Guatemala de hoy es muy distinta de la de Carrera, es una nación culta que abriga nobles ideales, cuya realización abarca una hermosa proyección de luz y de armonía hacia un próximo porvenir, y esto me trae el convencimiento de que no derramará más sangre humana, parte de su misma sangre, para lavar las manchas de sangre guatemalteca que derramó Estrada Cabrera. La sangre no debe lavarse con sangre; pues eso sería acumular barbarie sobre barbarie, retrocediendo muchos siglos en la historia de la civilización. Que castigue a los culpables, en hora buena, pero que no mate. ¡Que ya no se maten los hombres, Dios mío! Si hasta las fieras del África y del Asia tienen a veces rasgos de nobleza más que humana, y algunas sólo atacan torturadas por el hambre que es el mayor de los tiranos. Que al terminar este gran cataclismo humano de la guerra europea, cuyos últimos proyectiles están matando aún, empiece la humanidad una nueva vida de confraternidad, de amor, de respeto mutuo y de solidaridad, fundamentada en el deber, el derecho y el trabajo, para que puedan todos los pueblos del planeta alcanzar su mayor perfeccionamiento y, como consecuencia, su máximun de felicidad.

La pena de muerte indica un atraso de la ciencia penal; se ve que no ha podido recorrer aún todos los ilimitados horizontes que para su perfeccionamiento le brindan la Psicología, la Patología Nerviosa y la Ética Social. Es necesario buscar otros medios de corregir al hombre

que se desvía de la senda del bien para marchar por los atajos del mal, con perjuicio de sus semejantes.

La demagogía, endémica en estos países de habla castellana, que no ha podido ser extirpada, a pesar de las innúmeras fusilaciones que se han verificado con tal fin, lo que prueba la ineficacia de la pena de muerte, será totalmente extinguida cuando todas las Grandes Potencias declaren formalmente, como lo han hecho ya los Estados Unidos de América, que no reconocerán ningún Gobierno de facto, salvo el caso excepcional del destronamiento muy justo y legítimo de los dictadores perpetuos y abominables tiranos, acto de elevado patriotismo que nuestras leyes autorizan, concediendo el *sagrado derecho de insurrección*. Los delitos políticos tienen, a mi modo de ver, esta hermosa profilaxia para evitarlos en lo futuro.

En cuanto a los delitos comunes, la pena de muerte no ha logrado tampoco ningún buen resultado; pues desde Caín hasta Mulatillo la criminalidad ha aumentado en asombrosa disparidad con el crecimiento de la población. Además, es tan difícil saber deducir la responsabilidad individual, dada la complejidad de las anomalías y afecciones de los centros nerviosos de que pueda adolecer el presunto delincuente, que sería aventurado el obrar en conciencia y en verdad; por lo que, en la duda, es preferible inclinarse por la magnanimidad. Necesitamos establecimientos penales modernos, donde se suavise un tanto y se haga provechosa la privación de la libertad de los que han tenido la desgracia de

delinquir. La libertad es el más grande de los tesoros que nos dió la Naturaleza, y perderlo es la desventura mayor.

Sólo cuando pienso en las guerras el alma se me contrista presa de la más negra desesperanza; porque dudo que llegue un día en que sean proscritas para siempre del planeta. La Liga de las Naciones, cuya realización se pone en duda, podría disminuirlas, extirparlas talvez no.

20 de julio de 1920.

Los celos de un Peretete

Hace algunos años visitaba yo todas las tardes a un artesano amigo, ya entrado en años, llamado Pedro Solís, que vivía en una casita situada en uno de los mejores barrios de esta capital. Pedro era casado con una mujercita muy hacendosa que respondía al nombre de Narcisa y el dichoso matrimonio tenía cinco hijos, un varón y cuatro hembras, y, a pesar de que los chiquelos metían una bulla de todos los diablos desde que abrían los ojos por la mañana hasta que los cerraban bien entrada la noche, la mujercita tenía tendencias a convertir su casa en una segunda arca de Noé, para lo cual fue formando poco a poco la segunda familia, como la llamaba Pedro, compuesta de una perra grande de color de canela, orejas gachas y grandes y pelo sedoso y crespo, y un perrito faldero, una gatita blanca, una lora, una cotorra, un zenzontle, una pareja de palomitas peteneras, un gallo, una gallina y un peretete o alcarabán. Esta segunda familia se multiplicaba de tiempo en tiempo a expensas de la perra y la gata; pero Pedro, contra la voluntad de Narcisa, regalaba los cachorros caninos y felinos en cuanto se verificaba el destete. De este modo el equilibrio se restablecía

bien pronto. Sus posibilidades no le permitían aumentar indefinidamente el número de sus *familiares menores*. Años atrás y con intervalos cortos fueron muriendo otros miembros importantes de aquella comunidad: un pezote, un conejo y un tití, que al momento quería reponer la mujercita; pero Pedro se opuso rotundamente. Dos pishishes o piches integraron también esa compleja familia; pero sólo durante un mes, pues en las primeras lluvias de mayo alzaron el vuelo para nunca más volver, nostálgicos de sus lagos y sus campos, llevándose en las plumas de sus alas, como un collar de perlas, las lágrimas de su amante dueña.

Aunque parezca censurable, he de confesar que mis visitas a la casa de Pedro obedecían más que al cariño de amigos, al deseo de observar un curioso fenómeno que sucedía en la pequeña familia de la Narcisa. Es el caso que el peretete llegó primero que sus compañeros al solar de Pedro, y, mientras el ave de las grandes patas estuvo sola vivía alegre y hacía sus trémolos y gorgoritos cada hora del día y de la noche, cual si fuera el reloj de la casa, y por tal se le tenía; pero un día la Narcisa compró un gallo y éste fue el primer compañero del solitario peretete, se hicieron amigos y todo marchaba bien hasta que llegó una gallina muy hermosa, de la cual el gallo, como es natural, se enamoró, y ahí empieza el martirologio del peretete: pues cada vez que el gallo acariciaba a la gallina y le demostraba profundamente su amor, el pobre animal de las patas largas sufría atrocemente. Quería interponerse entre los dos amantes y se acercaba con

las alas medio extendidas y temblorosas, dejando escapar de su pico entreabierto un rosario interminable de recriminaciones o de quejas, que significaban una fuerte emoción o un estallido de celos, tanto más ardientes cuanto más indiferente se mostraba el orgulloso rey del patio. Daba lástima el pobre animalito. Dejó de cantar su canto alegre e intermitente por aquel incesante querellar y se olvidó de comer. El gallo se hacía algunas veces cruel bajo el fastidio del eterno reclamo de un ser que no era de su raza. En vista de tal pasión, Narcisa aseguraba que aquel peretete era hembra y yo lo creí también. Cuando la gallina, después de poner dos meses consecutivos, se enlucó y pasó echada cerca de otro mes, el peretete recobró su tranquilidad y el gallo también. El ave enamorada volvió a cantar, aunque con cierta tonalidad triste y conmovida y a comer con voracidad sus pedazos de carne cruda; pero cuando la gallina dejó el nido y reanudó sus amores con el gallo, el infeliz alcarabán fue otra vez presa de sus terribles celos y paulatinamente languideció hasta que un día de invierno, después de una noche de lluvia torrencial y prolongada, se encontró frío, duro y estirado, en un rincón del cobertizo, el cadáver del ave desgraciada, muerta de un amor imposible, y cerca de un nido que ilusionada construyó.

Ah!, los animales sienten también, como el hombre, las ansias infinitas de las grandes pasiones, punsadoras y profundas y son, indudablemente, más accesibles a los buenos sentimientos que algunos de los privilegiados seres humanos, pues éstos, por desgracia, son tanto más amora-

les cuanto más elevado es su nivel intelectual. El agradecimiento, casi desconocido entre los hombres, es una virtud muy común entre los animales. Todo animal conoce y se encariña con la persona que le cuida y le da de comer. El hombre, por el contrario, olvida muy pronto el bien que se le hace, envenena el alma que le abrió sus puertas y hiere el corazón que le brindó su cariño, llevando como Armodio, entre flores de mentida sinceridad, el puñal homicida.

Yo, que fuera de mi hogar, que es mi oasis en el desierto de la vida, no he encontrado reciprocidad en mis afectos, me voy volviendo huracán, esquivo y taciturno y evito, cuanto puedo, el trato íntimo con los hombres.

Por eso busco las fuentes del cariño en los seres más humildes de la creación. Por eso iba todas las tardes a la casa de Pedro y pasaba llargas horas observando aquella familia de animales, que daba lecciones de amor a los hombres.

Hacia la altura

Desde la cumbre de una montaña, una de las más elevadas de nuestra cordillera andina, enhiesta y majestuosa, contemplaba una tarde del mes de noviembre, el bellissimo espectáculo de una puesta de sol con los atavíos de un cielo tropical.

El dios incaico, con su clamide diamantina, parecía sumergirse, augusto y majestuoso, en las ondas salobres y glaucas del Mar Pacífico. Entre tanto en el horizonte se extendía suavemente un magnífico incendio de nubes, que era a la vez una armoniosa sinfonía de colores: la gama empezaba en el rojo escarlata, que poco a poco iba diluyendo su alta tonalidad en el violado, el rosa encendido, el rosa pálido, el amarillo de oro, para terminar en un suavísimo color de perla, que quedó vibrado en mis sentidos, ebrios de esa divina y fluida pedrería de los cielos.

Mi espíritu, extático y lleno de unción, quedó por largo tiempo absorto en un deliquio arrobador, hasta que apareció, entre los cortinajes del Oriente, el ángel de la noche, con su túnica negra y su corona de diamantes.

De tanto mirar hacia el cielo, surgió en mi mente un hondo pensar. Pensé en todo lo que sube: en la montaña, en el árbol, en el vapor, en el ave y en el genio.

El anhelo de subir, a despecho de la poderosa fuerza de la gravedad, fermenta en todos los seres de la naturaleza, desde el infusorio hasta el hombre; pero en este ser predilecto, último eslabón de la infinita cadena que se extiende desde la nada hasta Dios, sufre ese anhelo, a veces, una regresión, cual si el hombre quisiera volver a su punto de partida, renunciando a su excelsa misión de perfeccionamiento indefinido.

La humanidad debe seguir su marcha ascendente, rumbo a la Eternidad, sin parar un momento y sin ver hacia atrás, fascinada por la abismática inmensidad de las alturas.

Altura es lo que está muy por encima de las miserias humanas, es el espacio inconmensurable e infinito donde habitan los grandes y los pequeños y misteriosos seres del Cosmos, y que atrae, con fuerza irresistible a todos los videntes y a todos los alados.

Dicen que los sabios y los grandes poetas son seres raros, distraídos, locos tal vez, pero divinos locos; porque no ven ni oyen, en ciertos momentos de su altísima vida, las cosas grotescas del mundo que les rodea: es que su espíritu abstraído o concentrado en puntos lejanos e ignotos de su idealidad sublime, anula sus percepciones materiales, como deben haberlas anulado aquellos primeros mártires del cristianismo para sustraerse a las angustias del dolor.

Cuando, encerrado en su laboratorio, busca el sabio, a través de las lentes del microscopio o en fondo de la retorta, un nuevo mundo más grande que este que hizo emerger de los mares aquel divino visionario genovés, su espíritu concentra-

do dentro de objetos tan pequeños, recorre, en realidad, ese otro universo dentro del alma y que sólo los sabios pueden explorar.

Ante sus ojos desfilan los innumerables mundos del microcosmos o revientan en el fondo de su prodigiosa retorta mil floraciones de perlas, zafiros y diamantes. Es el mago de la idea, que transmuta los metales y convierte el agua en vino y el vino en sangre, como el rubio nazareno, con el mágico poder del milagro. La ciencia actual hace milagros. Pero para hacer milagros es preciso subir al Tabor y transfigurarse o arrebatarse, como Franklin, el fuego del cielo y someterlo al poder de la inteligencia.

Subir, subir, esa es la norma. Escalar la altura: tal debe ser la noble idealidad del hombre; pero ante todo hay que comprender la verdadera altura.

Hay dos clases de alturas y dos maneras distintas de llegar a ellas.

El águila y el genio llegan a la altura a fuertes golpes de alas; alas materiales y poderosas las del ave imperial, de mirar profundo e intenso y alas sutiles e intangibles de vuelo inconmesurable las del superhombre de la idea.

Las serpientes, que viven habitualmente en el cieno, llegan, sin tener alas, a una altura relativa; pero no pueden sostenerse en ella si les falta el sustentáculo.

Un árbol gigantesco, como los de nuestros bosques milenarios, sirve a las serpientes o a los monos, para empinarse muchos codos sobre su pequeñez; pero si el huracán desata sus cuadrigas infernales, descuaja el árbol y los ofidios o

los simios caen en la sima, mientras el ave tiene el vuelo en busca de otros lugares de más seguro abrigo. El ave de luz del pensamiento sube también y tramonta los espacios serenos de la infinitud, desde donde las cosas y las personas de la Tierra se ven tan pequeñas que aparecen en su verdadera insignificancia.

Todo en la vida terrenal es una fantasmagoría. Nuestros sentidos no han sido hechos para percibir la realidad. La vista que parece el mejor dotado o más perfeccionado de los sentidos, engaña a cada momento. Casi todo el mundo cree en los colores como propiedad inherente a los objetos que nos rodean, las flores son un ejemplo, el mejor quizá, de tal engaño; porque el color pertenece a la luz y no a la flor que lo ostenta gallarda en nuestros jardines de hermosa policromía. La opacidad de ciertos cuerpos era una verdad indiscutible hasta el descubrimiento del sabio alemán Roentgen, que vino a demostrar que la vista del hombre se engañaba. Los viajeros de los desiertos inmensos del Africa y del Asia, como todos lo sabéis, toman por un oasis, que para ellos es un paraíso, el espejismo, hermosa pero cruel ilusión de óptica, tanto más cruel cuanto más angustiado va el viajero por las inclemencias de un sol calcinante y la carencia absoluta del agua.

No hay que dar crédito, pues, a nuestros sentidos cuando nos hablan de muchos hombres que han escalado las supremas alturas. Pueden que sean serpientes o monos, que una vez faltándoles el árbol se desploman en el abismo. Si el sustentáculo sobrevive a tales seres, pueden pasar

por el mundo con la careta del superhombre y no ser así reconocidos por las masas. Pero el espíritu profundamente analizador, sabe quitar la careta o ver a través de ella la verdadera faz del incógnito.

Es muy fácil subir en hombros de los demás o agarrándose con uñas o escamas a la blanda corteza de los árboles, y, una vez arriba, creerse un gigante, mirando con desdén aún al mismo árbol que lo sustenta. Desconfiad de tales gigantes. Buscadles siempre la base. Mirad si arrancan desde el suelo o si están más allá del árbol, sostenidos en el espacio por sus propias alas. Hay que ver si tienen alas. De lo contrario estad seguros de que son monos.

El espíritu superior, aparte de toda educación que lo vigoriza, acompaña a la materia que lo alberga, desde antes que empiece la misteriosa división de la primera célula embrionaria y va adherido a ella y no la abandona en todo el éxodo del desarrollo ulterior, por más complicado que este sea. Las cualidades que han de caracterizar al nuevo ser arrancan del instante preciso-en que se verifica la conjunción de las dos células generatrices.

El Dr. Stephen Chauvet, dice: que cuando la larva se envuelve en su crisálida, es un animal completo, que posee todos los aparatos y órganos indispensables para la vida, que han funcionado durante algún tiempo más o menos largo, sufriendo cierto grado de perfeccionamiento, y así llega hasta el estado de oruga adulta. Dentro de la crisálida tiene lugar un proceso verda-

deramente milagroso. Sin que la vida cese un solo instante, todos estos tejidos diferentes se desmaterializan y se fusionan en una masa amorfa, en la cual no se perciben ya vestigios de los diferentes aparatos de la oruga. Más tarde, obedeciendo a directivas misteriosas, bajo la acción de un dinamismo incomprensible, esta masa anhistista se reorganiza bajo un plan completamente diferente del antiguo, y sin que la vida cese, no obedeciendo a ningún organismo director, esta masa que se había histolizado *por sí misma*, se reconstruye *por sí misma* y crea todos los órganos de un ser nuevo, la mariposa, que a no tardar saldrá del capullo y volará en cuanto sus alas se hayan desplegado y secado al aire. De modo que un huevo de mariposa ha contenido, en potencia, todas estas evoluciones sucesivas, es decir, la representación inmaterial de toda esta sucesión de planos en construcción de organismos completamente diferentes unos de otros. En efecto, el huevo tenía, en potencia, la organización de la oruga, sus instintos y sus imágenes motrices, la organización de la crisálida, después de un tiempo *calculado de antemano*, la organización de la histolisis (fenómeno activo y ordenado y no pasivo de destrucción) y después toda la organización de todos los tejidos necesarios para la construcción de la mariposa, así como el letargismo (si cabe esta palabra) de sus instintos de insectos y de sus imágenes motrices de utilización de las alas. Porque las imágenes motrices del vuelo, han incubado en las células del huevo, en las del sistema nervioso de la oruga y en la masa total histolizada,

antes de prender en el cerebro de la mariposa que emprende el vuelo, sin que ninguna otra mariposa le enseñe a volar.

Hasta aquí el extracto de tan precioso estudio, pasado por el tamiz de mi cerebro.

Nadie, pues, enseña a volar a los seres alados. La intuición del vuelo sólo la tienen los que tienen alas y saben que tienen alas y que pueden suspenderse en el espacio infinito, porque en su cerebro se ha desarrollado la facultad de volar.

Las alas del genio las siente desde que tiene noción de su existencia, y su espíritu recorre ya su trayectoria con una visión profunda y segura del porvenir. Va hacia la meta alejándose cada vez más de la bestia, aureolado por el divino fulgor de la inteligencia supersensible y supervidente, que le permite descender, en parte, el velo que cubre los arcanos del Misterio. Sus facultades anímicas perciben, como a través de una poderosa lente de aumento, lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, y se espacian entre los mundos desconocidos para el resto de los mortales. De ahí su potencia creadora.

Sólo el que es capaz de crear es realmente grande, y sólo puede crear el que ha traspasado los planos de la mediocridad y le anima un espíritu vidente; pues sólo así es posible llegar hasta el fondo de las cosas y de los principios, de donde se extrae ese material impoluto que sirve para tejer la urdimbre de las nuevas verdades, que son los átomos integrantes del organismo siempre creciente de la Infinita Sabiduría.

Los entes superiores tienen poco apego a las cosas terrenales. El cieno del mundo les produ-

ce náuseas. Y si es verdad que no es posible desprenderse de todas las necesidades materiales, hay que desligarse lo más posible de aquellas que no son realmente indispensables para la vida, y que bien pudieran catalogarse entre los vicios y las pasiones malsanas. Estas son el lastre que nos mantiene atados fuertemente a la tierra, como dice el dilecto poeta mejicano Martínez González en bellísima composición poética recientemente dada a la publicidad.

El materialismo burdo y degradante de la vida moderna entorpece las nobles facultades del alma humana y obstaculiza la marcha ascendente de los grandes ideales, que tienen un mirage de infinito y culminan en el maravilloso progreso de las ciencias y de las artes.

Si tales prodigios se realizan aún y seguirán realizándose, es porque todavía hay y seguirá habiendo, en fuerza de una ley ineludible, generaciones de hombres superiores que viven y vivirán con su espíritu y no con su materia. Son los pocos sabios, que, sintiéndose con alas, saben arrojar a tiempo el lastre de que nos habla el poeta mejicano.

Estos son los únicos capaces de atravesar el puente que existe entre la bestia y el superhombre de Nietzsche y de seguir imperturbable su marcha indefinida hacia la suprema Verdad, tomando el bagaje donde quiera que lo hayan dejado sus antecesores.

Todo el que lleve una luz en su cerebro debe emplearla para guiar sus pasos en el escabroso sendero del perfeccionamiento y para difundir la

claridad en la eterna noche de los que jamás han sentido la divina intuición de la luz, la suprema consolación del bien.

El hombre-luz es forzosamente bueno, altamente caritativo. Todas las virginales emanaciones de su alma luminosa las difunde sobre la humanidad mendiga, hambrienta de luz, pobre de esperanzas. Sus obras inmortales son los valiosos tesoros que regala a nuestro espíritu anhelante de saudades y consuelos, para olvidar, por instantes siquiera, las miserias de la vida.

¿Quién no ha sentido su alma emancipada del dolor cuando ha leído a Rodó, a Ingenieros, a Carlos Arturo Torres, a Franklin, a Pereda, a Galdóz, a Ricardo León, a Hugo, a Darío, a Gavidia, a Masferrer, a Nervo, a Martínez González, a Alma Fuerte, a Carriego y tantos otros más potentes faros que desde sus cimas gloriosas o sus Torres de marfil lanzan al mundo sus mágicos destellos, sus resplandores divinos?

Estos semidioses no tienen más religión que el bien por el bien mismo y todos sus actos se encadenan con eslabones de amor, de amor al bien, amor puro, inmaculado, amor que huele a incienso y no a pantano. Ese es el verdadero amor. Sin él no es posible la cristalización del bien y del progreso humano.

Cuando el espíritu se ha sublimado así, por amor impoluto, poco le importa que en el cieno chapotéen los inmundos chacales de los vicios y pasiones, pretendiendo manchar su alba vestidura. Sus mefíticas emanaciones son siempre densas y rastreras, como las de la Gruta del Perro,

jamás alcanzan las alturas donde habitan los aromas y la luz.

¿Qué importa al águila, que en su vuelo audaz traspasa límites aun no alcanzados por los mas atrevidos aeronautas, los cataclismos de la Tierra? Después que pasa la tempestad descien- de a recoger el botín.

Lo mismo hacen los sabios con las carnicerías del hombre. Ya que no ha podido evitarlas con el poderoso esfuerzo de sus potencias espirituales, las aprovecha en bien de esa humanidad salvaje, que se desangra constantemente, descubriendo con el estudio profundo y sistemado, fundamentales principios que agrega al complejo organismo de la Sabiduría.

Con el conjuro de la Ciencia, el semidios moderno, convierte el mal en bien, las sombras en claridades, los dolores en consolaciones y euforias. De las descomposiciones de la materia humana, destrozadas por el plomo y por el hierro homicidas, extrae el elixir de la vida, nuevo Cagliostro divinizado por la Verdad, que redime y fortifica.

HACIA ARRIBA, es la consigna de los grandes pensadores. Por eso remontan su vuelo audaz en los campos inexplorados del Misterio, rompiendo con vigoroso impulso y tenaz resolución, las fuertes ligaduras que les atan al monstruo de plomo de las pasiones mundanas, y en cada incursión hacia los manantiales ocultos del Saber, arrancan un pedazo del velo o mojan en aquellas aguas lustrales los fragmentos de carbón de la Tierra, para convertirlos en diamantes, que, lapidados por la inteligencia, brillarán

eternamente en la regia diadema de la Sabiduría.

El hombre va en camino de ser Dios. Cuando haya llegado al máximo de su perfeccionamiento y recorrido por completo el velo del Misterio, el hombre será el dios de la Creación y ocupará el Olimpo, abandonado por aquellos dioses paganos, que se hundieron en el abismo del *no ser*, heridos mortalmente por el poderoso rayo de la Inteligencia humana.

El hombre creó a los dioses, cuando se sentía pequeño y débil, incapaz de escalar el Olimpo; pero poco a poco, en el transcurso de los tiempos, fué tomando proporciones de gigante y sintió que le nacían alas; entonces conquistó los dominios de lo maravilloso, derrivando para siempre a los falsos dioses, y continuando su vuelo de siglos, hasta alcanzar el Trono del Poderío Ideal, que le está reservado.

Pero antes de emprender ese vuelo en son de conquista hay que botar el lastre, para aligerar el peso. Sólo así se puede volar.

«Hacia arriba, aunque gravitase sobre mí ese espíritu, entre enano y topo, paralizado y paralizador, vertiendo plomo en mis oídos y destilando pensamientos de plomo en mi cerebro». Así hablaba Zaratustra, por boca de Nietzsche.

Sí, es necesario subir; pero no como el mono o la serpiente, sobre las montañas y los árboles, sino a impulsos de las alas sutiles e invisibles de la inteligencia creadora. No es preciso que desde el primer momento se pretenda remontar las supremas alturas. Eso es imposible. El ave, desde el instante en que nace, siente el poder de sus alas, de manera latente, pero no se aventura en

vuelo dilatado y audaz; ensaya primero a volar desde su nido a la rama más próxima, después a la de más allá y, por último, cuando ha adquirido la fuerza y destreza suficiente, hiende los aires con el batir todopoderoso de sus alas. Algo así ha dicho un poeta.

Así, el hombre que lleva en su cerebro el germen divino de la superioridad mental, ensaya primero sus potencias investigadoras en los campos explorados ya por sus antecesores o sus contemporáneos, acumulando materiales para sus futuras construcciones y después se aventura a las remotidades de lo desconocido. Cuando ha logrado descubrir algo nuevo, una piedra o una perla de bellísimos orientes, desciende a la Tierra para engazar sus pedrerías en el Arca Santa del Saber.

Después de que haya pasado esa larga peregrinación de siglos y de sabios y que hayan traspasado las puertas del Santuario; cuando el último peregrino haya colocado la última partícula que ha de integrar la Diosa, desaparecerá el Enigma, pulverizado por el mazo formidable de la verdad.

Entonces el hombre será un Dios.

Sombras y Claridades

En las trayectorias de la vida humana, colectiva o individual, hay sinuosidades espantosas y descensos máximos, que hielan el corazón y ofuscan los centros directivos del alma, produciendo desequilibrios y desviaciones enormes del sentido moral.

Fustigado el cuerpo por el hambre y la desnudez, en pleno desamparo, perdida totalmente la esperanza de salvación, como el náufrago en medio de las tempestades del océano, y fuertemente atado a la vida, el alma acongojada por los infinitos e intensos dolores de la indigencia, tiembla primero amedrentada, indecisa, irresoluta, frente al dilema fatal de morir, o mañar para vivir, de conformarse a sufrir en silencio las horribles torturas del hambre que aniquila la materia o robar para satisfacer su necesidad. Las almas nobles y fuertes, altamente sensibles al bien y al mal, optan por una liberación inmediata, que lesione lo menos posible los derechos ajenos. Es una sombra que pasa. Es el suicidio. Las almas plebeyas, incultas y débiles, tiemblan de pavor ante el fantasma de la muerte que se acerca misericordioso, y se enloquecen y se convierten en fieras, aun más salvajes que el hombre

primitivo. Antes de morir matan. Para saciar el hambre roban y hasta devoran la carne de sus hermanos. Son otras sombras que pasan: el asesinato y la antropofagia. El sentido moral está en esas almas completamente desviado y pervertido, y llegan hasta perderlo: son amorales. Y no me refiero a los amorales por vicios de conformación cerebral o por la influencia perniciosa del alcoholismo. De estos hay muchos que ostentan títulos y viven en sociedad, como vive la carcoma y la polilla entre las cosas útiles, haciendo siempre daño.

Trato aquí del indigente, que un tiempo fue bueno y supo luchar honradamente en la batalla incruenta de la vida; aquel, que por circunstancias anormales, ajenas a su voluntad, cayó en la desgracia y una vez caído no le fue posible reconquistar su felicidad, sino pasando sobre la felicidad ajena.

Los pueblos sabiamente regidos, donde todos los ciudadanos tienen conciencia de sus deberes y sus derechos, y estos son reales y efectivos, donde la Justicia y la Equidad imperan, donde el dios trabajo tiene su templo y su religión; la religión del Bien; donde el Amor une las conciencias y santifica las acciones, los vestiglos de la Avaricia, la Soberbia y la Concupiscencia se encuentran cohibidos y la Miseria y el Crimen no tienen asilo seguro, y si alguna vez hacen sus fatales incursiones es solamente por las veredas de los vicios y entre las sombras que éstos proyectan en las almas.

Lo contrario se observa en los pueblos mal orientados y peor regidos, donde el egoísmo ha

matado a la Patria. Donde los hogares no tienen luz de arreboles y crepúsculos de suaves y bellas tonalidades; donde el sol calcina y no fecundiza. Donde no hay sonrisas de aurora, sino llantos y gestos de tempestad.

Por ambición de unos pocos la Europa entera, la culta Europa, está dando al mundo un espectáculo semisalvaje, de desorganización y de ruina. Las huellas de aquellos ginetes del Apocalipsis se ahondan cada día más, y forman grietas y cráteres donde se precipita la masa informe de la Miseria Humana.

Los instintos bestiales se exageran y hay conjunciones monstruosas en los abismos insondables de la Inopia. Se celebran misas negras en el altar de Príapo. Y en los campos devastados nace la flor del mal. Dar una nueva existencia, en tales circunstancias, deja de ser una bendición para convertirse en un crimen, que trae aparejado otro crimen mayor: el infanticidio. La sombra más grande que entenebrece el alma. Hay, a la hora actual en todos los pueblos angustiados del mundo, mayor número de infanticidios que en otras épocas de relativa tranquilidad y bienandanza. Las madres rusas, sin embargo, presintiendo el extravío y la locura, claman al más feliz de los pueblos por el bien de sus desventurados hijos. Entre nosotros también hay ahora más víctimas infantiles, sacrificadas por sus propias madres. No quiero decir que en El Salvador sea este un índice de miseria; pero sí es un exponente de la perversión del sentido moral. ¿Cuál sea la causa? Hay que estudiarla.

Una mejor distribución de la riqueza nacio-

nal, mayor retribución del trabajo manual, leyes efectivas protectoras de las madres y una campaña extensiva y eficiente contra la prostitución y el alcoholismo, darían buenos resultados.

También sería saludable para el alma de las masas, la difusión, por la enseñanza sistemática, de la moral cívica y de la economía doméstica. Que sepan las madres que el fruto de sus entrañas es sagrado y pertenece a la Patria y que no es preciso poseer un capital para criarlo sano y fuerte y darle buenas orientaciones y aptitudes para la lucha honrada por la vida.

Que sepan también que las madres, en cualquiera circunstancia que lleguen a serlo, por el hecho de ser madres, merecen todo el respeto debido a quien ha aportado un miembro más al conglomerado nacional: un brazo que labore o una cabeza que piense en servicio de la Patria.

Que el bien entendido patriotismo sea el móvil de todas las acciones. Que se ame a la Patria como se ama a una buena madre. Que se le vuelva a dar significación a la palabra Patria. Que reviva ese sentimiento ya extinguido y que fue en un tiempo creador de héroes legendarios. Que todo el mundo cumpla con su deber y que cada unidad social goce, en proporción, del fruto de su trabajo. Si la cosecha es poca, hay que saberla distribuir, con equidad y con justicia, y así nadie tendrá hambre y habrá conformidad. No habrá descontento ni se verá el caso de que alguien arrebate al vecino lo indispensable para la vida. La vida se hará llevadera; no será una carga pesada, que se anhela arrojar a la vera del camino. Hay que enseñar a amar la vida,

como un don de dios, y nada mejor para tal fin como el espíritu de justicia y de equidad. Deben abolirse los privilegios, ellos han sido siempre la causa eficiente de todos los desastres de los pueblos y las desgracias de los hombres.

En ninguna circunstancia y bajo ningún pretexto ha de hacerse del HABER común el patrimonio particular. Al que trabaja debe remunerársele y no es justo tomarle parte de su salario para acrecentar el acervo del holgazán, flexible y adaptable, sin conciencia y sin escrúpulos. La injusticia es madre del terrorismo. Hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Cumpliendo este sabio mandamiento cristiano se llega a conseguir una relativa felicidad sobre la Tierra. Las clases dirigentes pueden, sin esfuerzo alguno, realizar ese ideal de la humanidad, por conveniencia propia; pues los bienes materiales amasados con el sudor de los menesterosos, suelen ser pasajeros o caducos y llevar en su seno el germen de la desventura y de la muerte. Son espejismos nada más. La realidad los desvanecer con sus fulgores divinos. Para ser feliz hay que ser justo. La Justicia es la suprema claridad.

Octubre de 1922

Incorrecciones en el uso del lenguaje escrito y hablado

Falta de verdad en el concepto expresado

Bien sé que solo abordar este asunto es empresa gigante, propia de sabios que han dedicado la mayor parte de sus años a profundos estudios lingüísticos, y que quizá sea una profanación de mi parte intentar siquiera expresar mi desautorizada opinión sobre unos pocos vocablos que a mi juicio se hace de ellos un uso incorrecto por personas de reconocida competencia en otros ramos del saber humano o por simples titulados, y, sobre todo, lo que más me ha decidido a escribir estas líneas es el hecho de que, en su mayoría, los que tal pecado cometen, son maestros, y creo que este solo hecho es de trascendencia suma; puesto que el ejemplo cunde entre los discípulos y los errores y vicios de escritura o de pronunciación cometidos a diario por los institutores se perpetúan en las nuevas generaciones, no permitiendo que la pureza del lenguaje armonioso, rico y variado de Castilla, preciado tesoro, el único quizá, que nos dejaron nuestros conquistadores, brille algún día en nuestra amada patria. Ninguna aspiración más hermosa y más legítima

que la de llegar a poseer con toda perfección la lengua en que pronunciamos nuestra primer palabra y en la que recibimos el primer arrullo maternal, la lengua nativa. El más castizo de los modernos escritores españoles, Ricardo León, dedica un canto a su hermosa lengua en el *Amor de los Amores*, dice así: «Noble lengua castellana..... ¡tú te acercastes más que ninguna otra a las plantas de Dios! Lengua dulcísima de la Doctora de Avila, de los divinos Luises, de Juana de los Angeles, Diego de Estella, Juana de la Cruz; suave, oloroso y regalado licor que esprimieron de sus almas los santos y los poetas de Castilla; preciosa llave que nos abres la ancha puerta de lo sobrenatural y escondido; río de elocuencia, piélagos de luz, que las cosas más recónditas pones claras y patentes como el mismo sol; idioma casto y peregrino, inventado por los ángeles para decir los amores de Cristo y de su esposa: ¡Ay del diablo que te manche y te tuerza y desflora tu inocente hermosura, y ose recuestrar tu honestísima doncella, esperando poseerte a lo villano!» Nada más difícil, pues, que poseer con legítimo derecho y con gracia y galantería la más divina beldad lingüística de los tiempos modernos.

Los *muchos sabios* que en nuestro suelo han sido, los grandes estadistas del terruño, los encargados de la instrucción pública, con raras excepciones, desde la cumbre hasta el último de la escala, los mismos hombres de letras y tantos académicos de las diversas profesiones, no pueden ufanarse de poseer a fondo con todos sus giros y matices el habla de Cervantes; pues a cada paso que dan cojean, rompiendo la armonía,

estropiando la belleza del lenguaje que manaron junto con la blanca leche del pezón materno. Y así cojín cojeando caminan por el sendero de la vida *práctica*, sin preocuparse, ni con mucho, de expresar siquiera con propiedad la palabra que sale en pos de riquezas y de honores. ¡Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa! Como que este proverbio antiguo fuera el lema de todas las acciones humanas en este siglo de mercantilismo aterrador.

En los libros, en los periódicos y revistas, en los documentos oficiales y demás impresos, que, cual bandadas de aves parleras revolotean a diario en las grandes urbes, se encuentra uno de manos a boca y cuando menos lo esperaba, con un gazafatón de marca mayor, que nos deja pensativos y desilusionados.

Hay académicos, ¡Dios mío!, y de esos que gastan humillos y tonos de grandeza, que da lástima y pesadumbre oírles hablar: Sincero, cólega, telégrama, intervalo, dentrar, más mejor y otras por el estilo son las palabras que emplean sin empacho alguno en la conversación con extraños, sin contar con aquello de tré, llevá, quitá, poné, etc. Y cuando quieren hablar de tú y de tí (esto sobre todo se observa en el bello sexo) hacen una confusión, que llena de tristeza el alma al pensar en lo imperfecta e inconclusa, y además ilusionista, que es la educación que reciben nuestras bellas futuras seductoras. Esto es cuando hablan, y cuando escriben.....¡Qué construcción! ¡Qué régimen! ¡Qué ortografía! No hay un renglón donde no haya dos o tres

errores mayúsculos. Y el conjunto resulta a veces un verdadero logogrifo de difícil interpretación.

Todas estas son secuelas de los estudios deficientes y mal dirigidos, durante la enseñanza de las Ciencias y Letras, del defectuoso sistema de enseñar la Gramática; cuyo estudio era hasta hace poco el único que pretendía hacernos poseedores del habla y escritura perfectas del idioma de nuestros mayores. Hoy se enseña al niño a conocer bien el lenguaje al mismo tiempo que se le enseña a leer y a escribir. Esto es ya un adelanto de la Pedagogía moderna. Quizá dentro de poco no será necesario que haya una verdadera cátedra de Gramática; pues el niño la aprende, sin haber oído tal vez ni su nombre, de una manera práctica y provechosa, sin atiborrar-se la inteligencia de reglas cargadas de excepciones y difíciles de retener.

La mala pronunciación que aprendemos desde niños por el íntimo trato con la gente de la ínfima escala social, ayunos de escuela, se arraiga de tal manera en nosotros, que aún sabiendo hablar correctamente, hablamos casi siempre mal, de manera inconsciente, algunas veces, y en fuerza de la costumbre, y algunas otras, ¿quién lo creyera?, nos da vergüenza hablar bien, cuando estamos entre gente que habla mal. Nos decía un gran profesor de matemáticas que nunca había podido pronunciar bien, ni en clase, la palabra raíz; sino que siempre decía raíz cuadrada, raíz cúbica, en vez de raíz cuadrada y raíz cúbica. Un gran orador nuestro, honra y timbre de El Salvador; a quien Castelar honró con su amistad, nun-

ca dejó de decir: el país, allá en mi país etc. etc. y esto fue lo único que le criticaron en Europa, al decir de los que lo trataron con intimidación. También he oído a otros de nuestros oradores y maestros de elocuencia decir; país, óir, leído, excena, maistro etc. Estos vicios de pronunciación arraigados tan fuertemente desde la infancia, son mucho más perjudiciales cuando el que los tiene es un educador, un maestro, porque el alumno, oyendo al profesor pronunciar mal, no hace ningún esfuerzo por pronunciar bien; por el contrario, se aferra con deleite a esa llaneza impúdica del lenguaje por toda su vida.

La mala pronunciación del habla de Castilla no es obra propia de América, es en gran parte también herencia de España, a causa de que entre los conquistadores vinieron hombres de baja estofa, procedentes de las provincias cantábricas y de otras regiones no menos incultas; cuyo lenguaje tiene en la actualidad tal similitud con el de nuestras clases ínfimas, que no queda la menor duda de que fueron ellos los que nos enseñaron a estropear, mutilar y desvirtuar la hermosa lengua de los divinos Luises, como dice Ricardo León. Leyendo a José María Pereda, sobre todo en su bellísima obra «Peñas Arriba», se afirma más esta suposición; en efecto, hablando el autor de las obras escritas por el sabio montañés de Provedaño, hace mención de una que se titula «La parte de los navegantes montañeses en el descubrimiento de América», lo que hace pensar que también vinieron campesinos de esa región, que tienen en su lenguaje un fuerte sabor del de nuestras clases bajas; lo mismo que

aquí aquellos dicen onde por donde, mesmo por mismo, cuasi por casi, jayar por hallar; usté, necesidá, suidá, por usted, necesidad, ciudad; vi-de por vi etc.

Son de Ricardo León los siguientes versos:

Pasé anoche por tu huerto,
Camino de la alquería,
Y te *vide* en la ventana
Y pensé que amanecía.

Aunque estas palabras como *vide*, *cuasi*, *priese* y otras del mismo jaez eran en tiempos del Romancero y aún de Cervantes, de buena ley y empleadas por aquellos príncipes de la lengua castellana constituían el alma de su donoso verbo, dichas ahora por profanos en el arte, son verdaderos arcaísmos, impropios de la época y mal sonantes.

En la declinación de los pronombres y en el empleo de los adverbios de comparación es donde más desbarra nuestro pueblo bajo e inculto: para yo, a yo me gusta este porque es más mejor que el otro y un sin número de despropósitos y borricadas es lo que oye uno cuando sostiene conversación con nuestros campesinos o con los habitantes de las pequeñas poblaciones y aún con los de las barriadas capitalinas. Pero al pueblo no hay que culparle, pues no se le ha enseñado aún; está en plena noche intelectual y su aurora está muy lejana todavía. Lo chocante es que algunos de aquellos que han pasado por las aulas universitarias se encuentran poco más o menos al mismo nivel lingüístico que el burdo campesino.

Introduciéndonos un poco más en la selva intrincada y espesa del habla castellana, que pretendemos ser la nuestra, encontramos en la lectura cotidiana frases como esta: «Hubieron otras muchas causas», escritas a veces por jóvenes de talento. La Gramática y los buenos escritores no hacen concordar en este caso el verbo con el sustantivo, no debe concordar. Pareda dice: «Hubo las posibilidades» y no hubieron las posibilidades. Don Antonion Rosales, decía en su gramática: «Hubo buenas ferias» y no hubieron buenas ferias. Debe decirse, pues, hubo otras muchas causas. Este mismo error lo vuelvo a encontrar en la propia revista donde leí el anterior, escrito por otro maestro, y, lo más grave del caso es que lo comete en un libro destinado a servir de guía a los demás maestros para enseñar a leer, dice así nuestro pedagogo: «hubieron durante la tormenta».....en vez de hubo durante la tormenta.

Muy corrientemente es encontrar, aún en los documentos de las Cancillerías, la frase: «Bajo la base». Aquí la Lógica anda por los antípodas; pues lo natural es que todo descansa sobre la base y no bajo de ella. También es de uso corriente decir, «bajo el punto de vista», debiendo decirse desde el punto de vista, para ser más verídicos, pues bajo un punto no se ve nada, y, si no, recordemos un poco lo que nos enseñaron las matemáticas respecto del punto, y así veremos lo absurdo de la frase.

Para terminar, por ahora, estos asuntos en que me ocupo con la más buena intención, haré observar que a veces no sabemos si ocuparnos

de o *en* alguna cosa, y en vez de ocuparnos en estudiar, preferimos ocuparnos *de* escribir mal lo que no hemos meditado bien. Esto es lo que quizá me está pasando a mí actualmente; pero mis lectores me perdonarán con toda la benevolencia que les caracteriza. Así lo espero.

El Trabajo

El trabajo es la redención de los pueblos. El trabajador es un sacerdote que oficia diariamente en el altar del Bien. El Bien sintetiza una religión, la religión más santa que se puede profesar sobre la faz de la Tierra; es el astro cuyos mágicos fulgores han de guiar a las multitudes en un futuro no tan lejano hacia la realización de una gran finalidad, que atrae como un portentoso miraje de infinito todas las energías humanas. Ora se llame el Tabor y el sacerdote en Jesús, ora La Crecherie y el sacro ministro es Lucas, ora los peñascos de Los dos Douvres y el redentor es Guilliat, ora la infinitud desconocida del mar Atlante y el piloto formidable es Colón, siempre hay un esfuerzo máximo y una abnegación suprema, que es el olvido de sí mismo, para llegar a un mismo fin, que es el Bien. El Bien, proyección de lo divino sobre lo humano, virtud sublime que jamás practican las mediocracias egoístas y rencorosas, y sin embargo es lo único digno de absorber toda la savia de la vida, átomo por átomo. Por el bien bebió imparable la cicuta el divino Sócrates; por el bien hizo el sacrificio de su preciosa vida el Padre Hidalgo, que no otra cosa sino el bien es la

libertad de un gran pueblo oprimido por el despotismo político y religioso; por el bien llegaron a la sublimidad del heroísmo San Vicente de Paul y San Francisco de Asís. El bien es el divino oasis que atrae con sus encantos a todas las almas grandes a través del árido desierto de la vida, es el anhelado puerto que en su delirio contempla en oscuras lejanías el naufrago agonizante. Pero para llegar a ese oasis de ventura, a ese puerto de salvación, es preciso atravesar con serenidad y con templanza las arenas calcinadas o las tormentosas olas de una vida de trabajo honrado y fructífero. Para fecundar la tierra, para hinchar el grano, nada más eficaz que el sudor de los hombres, que es el producto de las energías gastadas en la labor cotidiana; el sudor es agua cargada de sales, que siendo un desperdicio humano, constituye sin embargo, un rico y poderoso elemento para la constitución de la célula vegetal. Nada se pierde en la Naturaleza, la materia es indestructible, bien demostrado está; sus átomos viven en continuo movimiento y en evoluciones incesantes, asociándose en grupos de infinito número de formas, y estos cambios obedecen a leyes de atracción y repulsión, constituyendo la vida o la muerte. Morir es cambiar de forma y de funciones. La muerte no es más que el germen de nueva vida, ha dicho el poeta. Allí donde una vida se extingue brotan mil vidas más. Sobre cada cadáver animal germinan innumerables larvas de insectos que están pregonando el triunfo de la vida.

Todos los seres de la Naturaleza obedecen a la ley general del trabajo: la materia viviente

ejecuta acciones por medio de las fuerzas, las fuerzas se transforman en movimiento y el movimiento en calor, y el conjunto de estos fenómenos presenta las energías puestas al servicio de la vida universal. Trabajar es vivir. El que no trabaja se suicida, porque la innación es sinónimo de estagnación y la estagnación produce la descomposición orgánica, que no es otra cosa que la muerte de los seres. Las aguas del Mar Muerto están putrefactas, viven en una muerte perpetua, por la quietud que pesa sobre ellas como una eterna maldición. El movimiento constante, la agitación de los océanos los salva de la descomposición, como ha dicho con tanta verdad el vibrante escritor Vargas Vila, en uno de sus libros. La innación produce la atrofia; los organismos necesitan gastarse en el trabajo y renovarse constantemente para mantener en perpetua juventud sus células; el elemento joven tiene mayores aptitudes para verificar sus funciones vitales; las células envejecidas desfallecen en una decrepitud infecunda.

El hombre que no trabaja enferma, porque, no activando sus funciones, los productos de desasimilación no se eliminan y no eliminándose, se acumulan en el organismo y lo intoxican y este envenenamiento lento causa la decadencia orgánica y la muerte, con los dolores atroces de la Gota o las mil calamidades del Artrismo en general. En cambio el hombre que trabaja se renueva constantemente; si sus energías se gastan son reparadas con creces por el descanso; el que trabaja come con apetito y duerme con la tranquilidad de un niño; ni le interrumpen ensueños,

ni le torturan las pesadillas; ni le entorpecen los tóxicos con su pernicioso influencia sobre los centros nerviosos. La normalidad de sus funciones impera en su organismo y se manifiesta con el buen humor con que vive siempre. El obrero canta, ríe, charla, silba con una alegría envidiable, en tanto verifica su penosa labor, y cuando regresa a su hogar acaricia con ternura a su madre, a su esposa y a sus hijos. Su hogar es para él un paraíso, y lo busca con ansiedad, mientras que el ocioso huye de él, porque él mismo lo há convertido en un infierno, donde todo marcha a la diablo. El hombre trabajador es por consecuencia forzosa un hombre honrado; porque su tiempo, minuto, por minuto, lo consagra a la fecunda labor del bien y no le resta ni un instante para dedicarlo al mal, ni se ve precisado a ello porque con su trabajo se provee de lo necesario, cuya carencia es el principal móvil de las malas acciones, salvo los degenerados, que obedeciendo a la mala organización de su cerebro, son fatalmente perversos, y, por consiguiente, irresponsables.

Hay seres débiles moralmente que viven siempre buscando el apoyo de los demás, sin la ayuda de los cuales no se sienten con valor de vivir. Esto es un defecto de la educación, que es susceptible de corregirse en los primeros años de la vida. La salvación de estos presuntos desgraciados es el hábito del trabajo. El trabajo es el redentor de la humanidad.

El trabajo es el factor más importante de la vida; desde la mónera hasta el hombre, en esa escala infinita, nadie puede sustraerse, sin per-

juicio propio, a esa necesidad imperiosa del trabajo. El trabajo tiene múltiples fases; pero todas implican consumo de energías y al mismo tiempo adquisición de mejores aptitudes para la lucha por la vida. Es admirable ver como trabajan las pequeñas hormigas, recolectando sustancias alimenticias y hasta abonando sus terrenos para la producción de ciertos hongos por los que tienen predilección especial. ¡Con qué orden reparten el trabajo y el fruto que de él adquieren! Las abejas, arquitectos prodigiosos, construyen sus panales con admirable manifestación de inteligencia. Ha poco traje de mi finca un panalito que simula con bastante exactitud una culebra venenosa, mimetismo empleado con el único fin de defenderse de los demás seres animales; y es tanto más maravillosa esta obra cuanto que la realizan con un material un tanto despreciable; pues sus panales los construyen con excrementos de ganado vacuno y no con el polen de las flores como ha dicho un distinguido maestro del terruño. Digo mimetismo y no homocromía como pudiera creerse, fundado en los copiosos estudios sobre estos asuntos hechos por José Ingenieros en su notable obra *La Simulación en la Lucha por la Vida*.

El trabajo cuando es excesivo agota los organismos y si a esto se agrega una mala alimentación y una habitación antihigiénica, el individuo sucumbe; pero el trabajo reglamentado es fuente de salud y satisfacción, que mantiene en el alma siempre vivo el fanal de la esperanza.

Cuando uno contempla la obra de Guilliat, héroe de Víctor Hugo, salvando él solo la máqui-

na de la «Duranda» enclavada entre dos inmensos peñascos del Mar de la Mancha, se queda admirado del poder de la inteligencia en consorcio de la voluntad tenaz y la abnegación supliendo la falta de energía material; ni la falta de herramientas lo disuaden de su intento, porque las fabrica valiéndose de los mismos elementos contra quienes iba a combatir, después de domesticarlos; ni las privaciones, la falta de abrigo y la enfermedad logran anonadarlo, porque se olvida de sí mismo para sólo pensar en la realización de su obra gigante. ¡Qué grandioso es el hombre que erige un trono a su voluntad y a su inteligencia! ¡Entonces sí que es el Rey de la Naturaleza! ¡Todo se avasalla ante él! Hasta los mismos elementos de destrucción son sus asociados porque los vuelve dóciles y útiles a sus intentos.

Cuando el genio creador de Emilio Zola nos hizo vislumbrar la ciudad futura de la Crecherie, donde el amor lo fecunda todo y el trabajo lo consagra y lo hace feliz; donde no hay envidias, porque todos tienen lo indispensable para las necesidades de la vida y aun para las comodidades y placeres lícitos; donde no hay odios, porque todos constituyen una sola familia, como hijos que son todos del Trabajo y la Honradez; cuando vimos en ese bello miraje la imagen de la Felicidad Humana, se despertaron en nuestra alma los anhelos infinitos de la regeneración social y creímos en una nueva religión, la sublime religión del Bien. Lucas, la personificación del trabajo material sabiamente dirigido, Jordan, el tenaz trabajador intelectual, a pesar de su temperamento enfermizo; Josina, el amor fecundo, y

Soeurette, el amor ideal abnegado, son cuatro apóstoles que predicán el mismo evangelio: el Trabajo. Todos concurren a un mismo fin: el bien de la humanidad. Son elementos indispensables que se coaligan en la construcción del magno templo de la Felicidad.

El hábito del trabajo debe ser infiltrado, por decirlo así, en nuestros organismos desde la infancia; es necesario que constituya una necesidad orgánica, una segunda naturaleza. Y por trabajo no hay que entender sólo el que verificamos materialmente, sino también la labor intelectual, más fecunda, más profícua y al mismo tiempo más consumidora de energías. El trabajo intelectual gasta el organismo y no lo repara, esto tiene de desventaja en comparación con el trabajo material, que aumenta nuestras fuerzas y conserva nuestra salud. Sin embargo pocos hay que comprendan esta verdad científica. Al trabajador intelectual se le tiene, entre nosotros, como un zángano de la colmena humana. ¡Qué error más craso!

El hombre que sabe trabajar ennoblece sus sentimientos y temple su carácter, se siente hombre y no busca a cada paso el apoyo de los demás. Tiene fé en sí mismo; pero no desdeña la sociedad, porque comprende que uniendo sus esfuerzos a los de los otros trabajadores se llega más pronto a la realización del triunfo definitivo, entrando como factor importante el ahorro. Hay que ser previsor, puesto que nadie posee la clarividencia de lo que está por venir y el futuro es un arcano.

Hay que trabajar siempre como si fuéramos inmortales, así lo dijo el Mártir del Calvario, y esta es la ley que debe regir nuestras acciones, si queremos gozar de una felicidad relativa sobre la tierra.

La Paz es un Mito

*Conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad
Nacional el día 27 de julio de 1927*

Recapacitando sobre los acontecimientos que inquietan y afligen a la Humanidad en el presente, se ha plasmado en mi alma la idea de que la Paz es un mito y no una realidad. Tal es el tema que pretendo desarrollar en este imperfecto trabajo, que lleno de confianza pongo bajo los auspicios de vuestra benevolencia.

En el transcurso de las edades, en la evolución constante de los pueblos, en el azaroso deambular del hombre sobre la faz del planeta, se comprende una anhelante e infinita peregrinación en pos de una deidad esquiva, presentida, pero nunca alcanzada; soñada, pero jamás realizada. Esa divinidad ignota es la Paz.

Se siente la necesidad de la Paz, como se siente la necesidad de Dios, la plena posesión de la salud, de la vida.

La Paz sería la salud de los pueblos. La guerra, hija de las pasiones humanas, es una degeneración, un estado enfermizo, que lleva a las naciones a su mayor decadencia, a veces a su ruina total, a su muerte; por más que Mr. Roosevelt

decía: «Sólo en la guerra podemos adquirir aquellas cualidades viriles necesarias para triunfar en las arduas batallas de la vida real. En este mundo la nación que sigue el camino de la Paz y el aislamiento indolente, está destinada a sucumbir al fin, cediendo el paso a las que no han perdido las cualidades viriles y atrevidas.» En lo cual hay una lamentable confusión entre la Paz bienhechora que protege las investigaciones de la ciencia, el desarrollo de las artes, la expansión del comercio y la intensificación y perfeccionamiento de la agricultura, es decir, de todas las actividades humanas, con el aislamiento y la indolencia de los pueblos bárbaros. La Historia nos dice, además, que todos los pueblos guerreros de la antigüedad llegaron bien pronto a la decadencia para no levantarse jamás.

La guerra, además de los miles o millones de hombres jóvenes que deja sin vida en los campos de batalla, invalida muchos más y hace que pierdan los restantes el hábito del trabajo. La guerra acostumbra al robo, al pillaje y a la matanza; absorbe, paraliza o destruye todas las demás actividades del hombre, engendrando en su organismo múltiples infecciones y entorpeciendo su alma con terribles neurosis, que llegan hasta la demencia, según los estudios hechos durante la última guerra, que aún tiende su ala negra y fatídica sobre los campos debastados de Europa.

La guerra incendia las bibliotecas de los sabios, donde existen inapreciables tesoros de sabiduría, tan penosamente conquistados y convierte las herramientas de labranza y las maquinarias de las fábricas, fuentes de producción, en ca-

ñones y ametralladoras, que demuelen las obras de arte y despedazan el cuerpo del hombre. ¿Podrá ser la guerra la divinidad enviada por Dios para estimular y efectuar el progreso de las naciones, como lo afirman los sabios alemanes? Imposible. La última guerra europea ha dado a los cultores de la fuerza bruta un doloroso desengaño.

Las inquietudes constantes en que viven los pueblos, nacen de las pasiones políticas y las ambiciones bastardas de unos cuantos degenerados. Son manifestaciones morbosas que parten del cerebro de hombres minados por los vicios y que se transmiten por contagio a las masas ignaras, produciendo efectos desastrosos, que se plasman en miserias, impotencia o rebeldía. El resultado es igual: gasto infecundo de energías o estancamiento completo. El carro del Progreso se detiene o retrocede sobre las ruinas de un pasado inútil; inútil sí, porque todo el acervo cultural acumulado en el transcurso de los siglos, en los pequeños intervalos de cordura humana, se derrumba al empuje arrollador de la guerra.

La guerra rompe los lazos de la fraternidad humana y desenfrena todas las más viles pasiones, regando por doquiera la simiente de la discordia, del odio y del rencor. Venenos que matan las más nobles aspiraciones del alma. ¡Y, sin embargo, hay guerras necesarias! Aquellas que estallan en el pueblo oprimido, con la impetuosidad de un volcán, que acumulara durante siglos el combustible infernal; aquellas que en la conciencia de los menesterosos germina al influjo de la despótica opresión de los poderosos, y que al

fin se desborda impetuosa y reivindicadora, como la Revolución Francesa, que empezó a germinar desde el principio del régimen feudal y al fin proclamó y conquistó los derechos del hombre, demoliendo con la piqueta del trabajo los muros de la cárcel sombría e infamante, para construir después el alcázar donde moran la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Aún no sabemos si triunfará en toda la línea y si realizará sus hermosos sueños la actual revolución rusa contra el zarismo y el capitalismo, aniquiladores de todas las energías del pueblo eslavo. Aunque parece que por el derrotero que lleva irá derecho al desastre.

He dicho en otro lugar, y aquí confirmo, que la historia de la humanidad a través de los siglos, es la historia de la guerra, como si el estado normal de las naciones fuera el estado de guerra.

Los pueblos, o están matándose o están entrenándose y armándose para volver a matarse. ¿Qué tiempo dedican para recibir los benéficos influjos de la Paz? El hombre hosco y huraño acoge con desdén las sabias enseñanzas y suaves caricias de esa deidad sublime, que temerosa huye y nos esquiva su imagen seductora:

¡Si en cada conciencia hay una guerra constante entre el bien y el mal, entre el amor y el odio!

Sí, la Paz no existe ni en el alma individual, porque no puede convivir con las hijas del mal, y estas modernas Euménides se apoderan cada día más del corazón de los hombres: sin su maléfico influjo, en las modernas sociedades la vida

se hace difícil, estéril, casi imposible. Tristeza y desaliento da confesarlo; pero es una verdad experimentada, hondamente sentida, indiscutible. El hombre de bien, en Paz consigo mismo y con sus semejantes, es un ser raro, casi fabuloso, que se deja llevar por el torbellino de las encontradas pasiones que saturan el ambiente en que vive, o se rezaga en el aislamiento e inmovilidad de una vida pasiva e infructuosa. No avanza un paso en el sendero del bien, porque se le opone la poderosa barrera del mal, y entonces, para conservar la Paz, se estanca y se petrifica en actitud hierática, cual si fuera la estatua de la Resignación.

La Paz sólo existe en la dulce imaginación de los poetas; pero simplemente como deidad inalcanzable. Es un mito que ha nacido entre las amarguras de la miseria y el dolor, como una divina y efímera flor de consolación; como un bálsamo que poseyera el mágico poder de curar las llagas y podredumbres de la humanidad.

Difícil, sino imposible, es encontrar un ser humano, consciente de la vida, que no guarde en su alma una gota de la ponzoña que le inoculara la víbora de la maledicencia o el escorpión de la envidia; que no conserve el escosor de la baba del batracio; que no sienta aún el dolor producido por la espina de algún rosal fermentado. Sí, es muy difícil encontrar en el camino de la vida un ser feliz, que haya cruzado el ambiente de la civilización sin llevar en el alma siquiera una cicatriz que irrite constantemente sus potencias espirituales, haciendo brotar en su corazón la negra flor del mal.

Donde hay una herida, un dolor, un remordimiento, la tranquilidad es imposible, y sin tranquilidad no hay Paz.

Si la Paz no existe en el alma individual, menos podrá existir en el alma colectiva; por más que en nombre de la Paz y para alcanzar la Paz, se viva en constante guerra. El medio de alcanzarla es el medio de destruirla o de ahuyentarla.

PAZ ARMADA, dicen las Grandes Potencias, y esto equivale a una guerra latente o un simulacro de paz. Paz efectiva y duradera, fecunda en bienes y fuente de progreso, no existe ni ha existido nunca.

En el seno mismo de las familias, la Paz es solamente una consolación imaginaria y transitoria. ¡Son tantas las causas de la intranquilidad! Los intereses pecuniarios, los celos, las infidelidades (la de Helena produjo la Guerra de Troya), los vicios, las enfermedades y la muerte, quitan el sociego, destruyen el amor, envenenan el alma y ahuyentan la Paz. Los dramas pasionales se suceden de continuo en casi todos los hogares, dejando a flor de alma un rico filón que explotan los novelistas y dramaturgos.

Desde el magnate, el potentado y el burgués, hasta el artesano, el labriego y el mendigo, llevan en su corazón algún resquemor de las zarzas de la vida. Los poderosos, que ocupan tronos o curules, viven en continua zozobra, con el alma en un hilo o la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas, temiendo a cada instante la asonada o la rebelión, reales o imaginarias. Y tan excitados los tienen los agitadores de abajo, ambiciosos del Poder, que sus propias sombras

se les convierten a veces en terribles gigantes, como al hidalgo manchego los molinos de viento. En su conciencia desarrollan sangrientos dramas los fantasmas de la demagogía. Estos hombres no pueden estar en paz y no dejan que estén sus súbditos. La intranquilidad reina en todos los Gobiernos. Los burgueses, que son los magnates del dinero, llevan en su alma, con raras excepciones, el infierno de la avaricia; pierden el sueño y el apetito; los millones que ganan o pierden desfilan ante sus ojos famélicos como otros tantos genios maléficos que perturban su tranquilidad, si es que alguna vez la han tenido. Padecen de la obsesión del oro, como el Ursino de Gavidia. La Paz no visita nunca sus regios hogares. Las clases bajas de la sociedad, obreros y labriegos, llevan una vida plena de miserias y de congojas: ganan poco salario y la mayor parte lo consumen en las borracheras dominicales, impulsados por la fatalidad de una herencia ancestral o buscando el olvido de sus penas, sin comprender que con tan abominable vicio aumentan sus miserias en grado superlativo. Las cantinas, que, apesar de los buenos deseos de nuestros gobernantes, aún contribuyen a las rentas del Estado, los atraen con músicas de organillos y cantos de sirenas, como a las serpientes las melodías de una flauta, al decir del visconde de Chateaubriand, y cuando el veneno ha vencido sus energías corporales y entorpecido sus facultades anímicas, los aprehende la autoridad y los castiga con multa o trabajos, a veces impropios de su condición social. Dura ley que no corrige el mal. Si por desgracia el alcohol no se

suprime y ha de ser siempre una renta del Estado, que se funde siquiera un asilo hospital de dip-sómanos donde se cure el vicio o manía y se haga adquirir de nuevo el hábito del trabajo. Hace más de quince años que en la prensa del país hice yo esta iniciativa, que nadie ha tomado en cuenta. Los que van por esa pendiente del vicio llegan hasta el crimen. Tan poco estos seres desgraciados podrán tener Paz ni un solo momento.

Bajo el peso de la inhumana conducta que los poderosos ejercen sobre los obreros que mueren trabajando en la adquisición de esas enormes fortunas, cuyos dueños no saben emplear, salvo uno que otro millonario americano, han nacido el anarquismo, el comunismo y el bolsheviquismo, con sus apóstoles, Marx, Bebel, Lenini y Trotzky, difundiendo por todo el mundo oprimido, con el anhelo supremo de conquistar su relativa felicidad futura; pero sembrando, entre tanto, por doquiera, el odio, el rencor, la desconfianza y empapando la tierra con sangre de príncipes, burgueses y mendigos.

La Paz es una deidad pasiva, puesto que no puede infiltrarse en la conciencia del hombre y dominarla.

Los tratados de paz entre las naciones son papeles inútiles, que se rompen en mil pedazos y se arrojan al basurero, cuando los intereses de un estado se encuentran gravemente amenazados... «La necesidad no reconoce leyes», dijo el canciller alemán el 4 de agosto de 1914, y Lassal llama al cañón, uno de los más importantes ingredientes de todas las constituciones, según afirma el Ministro de la Guerra, del Gobierno Soviet.

Un malestar general, una inquietud constante se siente en todas las naciones a la hora actual, dos años después de firmada la *Paz de Versalles*. La sangre continúa corriendo y regando los campos, que sienten la nostalgia de una gestación de simientes, portadoras de las gemas, que otrora dieran las opimas cosechas, las cosechas de los rubios trigales bañados por los áureos rayos del sol y que cantan en las dehesas el himno jocundo de la naturaleza prometedor de la felicidad humana. Ahora no hay cantos ni alegrías, se oyen solamente los estridentes alaridos del salvaje moderno o los ayes lastimeros que el dolor arranca a las víctimas inmoladas en aras de un ideal irrealizable, imposible en el presente y tal vez en el futuro.

Volver a los tiempos patriarcales, como lo sueñan algunos, con la conciencia minada y carcomida por los vicios modernos es una utopía más grande que la conquista de la Paz universal.

Todos los hombres, como todas las naciones, cuando han adquirido cierto grado de civilización, pretenden ser los primeros actores en la comedia humana, arrollando a su paso todos los obstáculos que se oponen a su pretendida hegemonía. Para que una nación conserve el cetro de soberana absoluta, es preciso, es necesario, que se aniquilen las naciones rivales y la diplomacia pone en juego todos los resortes de la política mundial, para conseguir sus fines siniestros, dando origen a nuevas guerras injustas y salvajes. Parece que el espíritu de los bárbaros antiguos se hubiera encarnado en los modernos directores de la cosa pública. Estas ambiciones de

poderío político y económico mantienen siempre vivo el fuego de la discordia en el altar de Moloch, a la manera de una vestal del Averno, haciendo de todo punto imposible en el presente y en el futuro, como lo ha hecho en el pasado, la consolidación de la paz estable y fructífera.

Lo mismo que las naciones hacen los hombres.

El egoísmo impera en el mundo.

Don Quijote muere arrepentido de sus hazañas infructuosas y se lamenta profundamente de haber perdido el tiempo, bajo el influjo de su locura sublime, mientras Sancho le sobrevive, panzudo y bonachón, satisfecho siempre de su apetito y pensando con orgullo en el Gobierno de su Insula. Estamos en pleno reinado del sancho-pancismo; pero el Sancho moderno es revolucionario. Para satisfacer su estómago necesita arrebatarle al vecino lo que guarda para sí. De ahí que nuestros Sanchos no tengan Paz.

Los pocos descendientes de don Quijote que vagan por el mundo, lleno el cerebro de ideales, en pos de una Gloria casquivana y fementida, para ofrendar sus lauros a los pies de la Dulcinea de sus ensueños, sufren la desilusión y el desencanto, cuando al pasar del ideal a la realidad encuentran que la tal Dulcinea no es más que una moza campesina, oliente a cebolla y montada en un burro, propia para Sancho; pero no para el Caballero de la Triste Figura.

Cultivar jardines de ensueño; hacer vagar el alma por los mundos estelares; elevar el espíritu muy lejos de la materia, en sublimes abstracciones; ir a tocar a las puertas del Infinito, en bus-

ca de una fórmula que aclare el misterio que nos rodea, que envuelve nuestra cuna, que cubre nuestra tumba con la impenetrable y desconsoladora consigna del Dante: «Lasciate ogni speranza»; ponerle alas al pensamiento y echarlo a volar en pos de una deidad que se aleja y que se aleja, sin que podamos jamás alcanzarla; cerrar los ojos del cuerpo para ver con los del alma el infinito que llevamos dentro, tan vasto y tan ignoto como el que habitan los astros y Dios, donde el genio de Goethe hizo sus divinas e ideales peregrinaciones, y cuando más elevado tenemos nuestro espíritu, cuando hemos perdido la conciencia de las miserias del mundo; cuando soñamos arrullados por un deliquio de amor y de esperanza; cuando como Hugo creemos alcanzar la puerta del Misterio, nos despierta el grito angustioso de la materia herida por el hambre y por los morbos, y los sueños se esfuman y se pierden en la nada, y la realidad burda y tosca se patentiza con los mil dolores de la tortura. Don Quijote vuelve a morir una vez más y Sancho ríe con todas las mandíbulas de la humanidad presente. Ríe, ríe Sancho; pero en su risa se adivina el dolor de las palizas, las manteadas y los azotes. Sancho ríe para disimular sus penas. Sancho no tiene paz ni en el Gobierno de su Isla.

Según la leyenda bíblica, nuestros primeros padres apenas gozaron de la Paz del Paraíso un breve tiempo. Para matar la Paz, irguió su cabeza la serpiente astuta, y, aunque condenada desde entonces a reptar bajo los matorrales, así trabaja mejor para realizar su siniestra misión;

pues siempre inocular su veneno a los entes superiores, que en su noble idealismo se olvidan de ver el suelo que pisan, donde el inmundo reptil asecha constantemente a sus víctimas. La serpiente bíblica vive aún multiplicada prodigiosamente y tiene siete cabezas, como la hidra del lago de Lerna, y en cada una elabora un veneno más activo que el Agua Tofana de los Borgias: son los siete pecados capitales. Hércules no podría cortar ahora tanta múltiple cabeza de un solo golpe. Ya no basta un semidiós para tal prodigio.

El ángel del Señor, portador de una espada candente, dice la Biblia, arrojó del Paraíso a Adán y Eva y les hizo sentir las necesidades de la vida, la vergüenza de la desnudez y condenó a la Madre del género humano a los dolores de la maternidad y al remordimiento del pecado; porque llamaron pecado al ineludible y fatal cumplimiento de su santa y grandiosa misión.

Sin la maldición del Paraíso, divino ideal de la mente humana, quizá no hubiera nacido el crimen y la Paz reinaría en el Mundo. Caín, o sea el primer victimario, no hubiera matado a su hermano Abel, la primera víctima, ni hubiera caído en la Tierra esa primera lluvia de sangre, que engendró la fuente de donde parten los ríos que hoy inundan las ciudades, las florestas y las campiñas.

Después vinieron los patriarcas, pero ya traían la mancha de sangre en la frente y la ponzoña de la serpiente en las venas y en el corazón, y, sintiendo ya su desventura, invocaban la Paz a cada instante, implorando su amparo divino.

«La Paz sea contigo», «La Paz reine en esta casa». Estas eran las fórmulas usuales de saludo entre los primeros pobladores del globo; pero la Paz no estaba con ellos. Las disputas por las tierras, los ganados y la mujer, indisponían los ánimos y la sangre, en mil puntos vertida, engrosaba el caudal del primer arroyo.

De la vida nómada posterior, la historia ha quedado escrita con sangre y fuego. En los desiertos del Asia, aún se encuentran los beduinos, que son el terror de los viajeros.

Las hordas salvajes del Norte de Europa, que tuvieron un Atila y un Alarico, se encuentran redivivas en algunas razas actuales, por la poderosa influencia del atavismo. En nombre y en defensa de la cultura se han cometido los más atroces salvajismos. Parece que la exaltada imaginación del solitario apóstol de Patmos se quedara muy corta en sus terríficas visiones apocalípticas, si se comparan con las realidades de la infernal contienda europea. El sacrificio de Niobe y de sus hijos, el de los Macabeos, el de San Juan Evangelista, el de San Sebastián y todos los mártires del cristianismo, más las torturas de la Inquisición, son nada, comparados con los refinamientos del salvajismo moderno, auxiliado poderosamente por la ciencia y por las artes.

El militarismo germano y el anglo-sajón han predicado siempre la guerra y abominado de la Paz. El General Bernhardt dice que la Paz es *ponzoñosa* y agrega: «La tentativa de abolir la guerra no solo es inmoral e indigna de la humanidad, sino que es una tentativa de despojar a los hombres de su más alto atributo, que es el dere-

cho de exponer la vida material en defensa de un objeto ideal». Y el General americano Jonh J. P. Storey, escribe: «Unos cuantos idealistas alimentan la visión de que con el adelanto de la civilización, la guerra y sus temidos horrores cesarán. La civilización no ha cambiado la naturaleza humana. La naturaleza humana hace la guerra inevitable. La lucha armada no desaparecerá de la tierra en tanto que no haya cambiado la naturaleza humana».

Si esto piensan los hombres cultos, qué se puede esperar de los ignorantes que se dejan llevar ciegamente de sus pasiones? Con tales ideas la Paz es imposible, por más que la prediquen en sus evangelios los apóstoles del bien, como Tolstoy, Zola, Wilson y Norman Angel.

Ni en el alma pura de los santos, que huyendo de la vida mundanal fueron a habitar los desiertos de la Tabaida, las ermitas y las cavernas; pudo encontrar asilo seguro la bendita Paz; pues hasta allí los seguían las tentaciones pecaminosas, la calumnia y la envidia, enturbiando la tranquilidad de su espíritu consagrado al amor de Dios.

¿Dónde, entónces, y cuándo ha existido la Paz entre nosotros?

La Paz es un mito que contemplamos, alma adentro en muy raros instantes de la vida, como una suprema consolación en nuestro eterno vía-crucis terrenal.

La Paz sólo existe en otras esferas superiores del mundo anímico; más por el camino que sigue el hombre, en la sucesión interminable de las edades, no llegará jamás hasta ella. Se conoce y se

venera el nombre de la Paz; pero la deidad que derramaría sobre el género humano el inagotable caudal de la felicidad, no habita sobre la tierra; porque el hombre mismo, con sus instintos bestiales, la ha hecho huir a regiones ignotas y lejanas, y preciso será que la humanidad cambie de frente y busque otro sendero para poderla encontrar, siquiera sea en las postrimerías de la vida terrenal; cuando se aproxime el cataclismo que ha de convertir a nuestro planeta en otro cadáver, como tantos, que inertes y sin vida, giran eternamente en el espacio infinito, al influjo de las fuerzas cósmicas.

Con tristeza y con dolor seguiremos repitiendo que la Paz no existe en el mundo. Cada ser humano, después de recorrer gran parte del camino de la vida, sentado a su vera y tras un largo y hondo meditar, haciendo el balance minucioso sobre sus breves y casi inconscientes placeres y sus largos y amarguísimos dolores bien puede exclamar, y cuántos han exclamado ya, con Espronceda:

«Y encontré mi ilusión desvanecida,
«Eterno e insaciable mi deseo,
«Palpé la realidad y odié la vida;
«Sólo en la paz de los sepulcros creo».

Pesimismo dirán, sí; pero es la realidad. Nadie puede ser optimista cuando lleva dentro del alma un infierno, y son muchos, los más, los que lo llevan. Por eso, alguien, yendo más allá que Espronceda, ha dicho que ni en la tumba se en-

cuentra la-Paz. La maledicencia, la envidia y la calumnia remueven los sepulcros y persiguen a las almas de los hombres a cuyo fulgor se ofuscan y se irritan los espíritus mediocres y procaeces. La zaña del perverso no perdona ni en la tumba al hombre de bien que lo anonadó con su desprecio y castigó su felonía. A ese mundo desconocido, que la Teosofía explora con pertinaz ahinco, que se presiente pero no se palpa, y que guarda con ferradas puertas los abismos insondables del Misterio, llegan las emanaciones deletéreas y nauseabundas de la insidia, logrando a veces empañar, pero no destruir, las más excelentes glorias.

A tal grado ha llegado la perversidad de los hombres, que algunos, que se consideran fuera de ese plano de corrupción y protervia, buscan en los animales las virtudes que ya no posee la humanidad y encuentran que los perros son más nobles y leales que el hombre. Soiza Reilly en su libro «El Alma de los Perros» y nuestro malogrado escritor festivo Luis Lagos y Lagos en sus artículos de sangrienta ironía, hacen con estilo apodíctico la apología de los perros y les llaman hermanos, como San Francisco de Asís llamaba a todos los animales, y abominan del hombre, con toda la fiereza de su espíritu rebelde, y, que, como el Dante y Virgilio, han recorrido todas las escalas del mal, todos los círculos del infierno de las pasiones humanas, que se afanan en destruir para siempre la esperanza de alcanzar la Paz. Como éstos, hay tantos escritores más, poetas y filósofos de todas partes del mundo, que han llegado a ese doloroso pesimismo, después de es-

canciar hasta la última gota el amargo elixir de la vida y de buscar el incógnito alcázar de la Felicidad.

Anatole France, en uno de sus mejores libros, nos refiere, que un día, los súbditos de un desgraciado príncipe, siguiendo los consejos de un sabio nigromántico, buscaron con empeño entre todas las clases sociales, la camisa del hombre feliz, que el sabio consideraba como el único remedio capaz de curar los males de aquel opulento desgraciado, y ya desesperaban los enviados del palacio real, cuando acertaron a encontrar a un hombre que se creía feliz y que probaron serlo; pero este hombre feliz no tenía camisa.

¡Cuán difícil es encontrar la felicidad, que es el dón máspreciado de la Paz!

Diógenes de Sinope, el filósofo griego, de la escuela cínica, que se creía feliz con toda su pobreza, con toda su desnudez, durmiendo en los portales o metido en un tonel y que, en su orgullo de miserable, contestaba a los prodigios ofrecimientos del Gran Alejandro, pidiéndole simplemente que no le privara de recibir los rayos del sol, y que buscaba un HOMBRE en las calles de Atenas, provisto de una linterna y en pleno día, con lo que revelaba una amarga ironía, hija quizá del despecho, tal vez de la envidia, este hombre no podía ser feliz en verdad y en su alma atormentada no existía la Paz.

La Paz no puede convivir con la miseria, que engendra todos los rencores, las desesperaciones y las rebeldías.

.....
Las cortesanas que en los delirios de la orgía

cubren con sus deslumbrantes galas las impudicias de su alma y las llagas de su corazón, como Mimí, como Margarita Gautier, la apasionada Dama de las Camelias, que inspiró a Dumas hijo su bellísima novela, son los seres más desgraciados de la creación. Aman y su amor no es comprendido, sufren y su dolor no es creído; porque todo en ellas se diluye entre las densas sombras del vicio. Para no sentir las zarzas de la vida recorren su amarga trayectoria con la velocidad de un tren expreso, sin parar un momento, sin volver la vista hacia atrás y luego se desploman en la tumba como en un lecho de sedañas plumas, fatigadas y vencidas por los tormentos del alma y por los morbos del cuerpo. La tisis les ofrenda sus últimas flores rojas. Pobres flores del fango, que viven un instante sin pasado y sin futuro, mártires, que como el Garrik de Juan de Dios Peza, llevan la eterna sonrisa en los labios, mientras está sangrando el corazón y vierten lágrimas sus ojos seductores, que en el silencio de la noche, la almohada recoge con amor. Para esos seres tampoco hay paz. Por eso Cristo, que vió en las lágrimas de la bella cortesana de Mágdalo, como en la gota de rocío la imagen del sol, la transparencia de su alma sensitiva y atormentada, lleno de unción divina, le dijo: «Levántate mujer yo te perdono».

El poeta, el más sensitivo de los seres, que guarda en su alma, como en un relicario todas las gemas de la vida, todas las sensaciones del mundo, todas las bellezas de la naturaleza, todas las santidades del cielo, todas las ansiedades del misterio, y que derrama por doquiera que pa-

sa, como un reguero de luz, todos los inapreciables tesoros de su espíritu dilecto; que va alfombrando de aromáticas rosas el camino por donde pasa la humanidad con dominó y antifaz de carnaval; que difunde en todas las almas el perfume de la suya, este ser predestinado, salvo rarísimas excepciones, pasa por el planeta con su enorme cruz a cuestas sin un Sireneo que le ayude; con su cáliz de amargura, con sus llagas y su corona de espinas; y es sólo cuando el espíritu abandona el cascarón de la materia, con la infinita alegría de una gloriosa liberación, que se convierte en estrella y desde la inmensidad de la comba azul que nos rodea, sigue enviando al mundo sus divinos fulgores, sus celestes claridades. Desde Homero hasta el Dante, desde el Tasso hasta Hugo, hasta Darío, no se encuentra en el alma de los poetas, difundida amorosamente en las bellas páginas de sus libros inmortales, la huella de la Paz, continúa, perceptible y duradera. Y no hablo de tantos poetas suicidas, porque en ellos las tempestades del espíritu rompieron las ligaduras de la materia y el ánima enferma tendió el vuelo, entre los cárdenos reflejos de un triste atardecer, deslumbrada por el fulgor lejano del palacio real de la Paz.

La Paz huyó del Paraíso terrenal, cuando en la conciencia de nuestros primeros padres se formó la prístina nube y nació el dolor, y no volverá a habitar entre nosotros, sino hasta que la tierra toda, se convierta en otro Paraíso, donde vivan los hombres en perpetua armonía, dedicados al trabajo, al esparcimiento y a la práctica de todas las virtudes. Si eso es posible no lo sé;

pero yo, a pesar de mi pesimismo actual, tengo la mirada fija, llena de esperanza y de unción, en el dichoso porvenir, que me parece contemplar en una lejanía de cielo, bajo las alas sedañas y blancas del angel de la Paz.

Carta Abierta

Al maestro Savidia

Era allá por el año de 1879, cuando el insigne educacionista Dr. don Pablo J. Aguirre dirigía, en nuestra ciudad natal de San Miguel, el Liceo Nacional de Oriente. Yo estaba muy niño en esa fecha; pero ya era alumno de ese colegio, inscrito en la sección de párvulos, en la cual ejercían el profesorado los alumnos más aprovechados. La casa que tenían en arrendamiento mis padres quedaba frente al Liceo y era muy frecuentada por los estudiantes.

Como en una brumosa reminiscencia, así como en un borroso cuadro antiguo, casi destruido por el tiempo; se presenta a mi imaginación la figura simpática de un pálido adolescente que llegaba a las clases con la novela o el libro de versos bajo el brazo. Mucho se decía entonces del claro talento y del amor a las letras de aquel joven sediento de sabiduría.

¿Recordáis, dilecto poeta, aquellos tiempos de gratas añoranzas, en que brotaron en los jardines de vuestra alma las bellas flores de la poesía? ¡Qué emociones tan intensas y tan puras traen a la mente los recuerdos de esos tiempos

pretéritos! ¡Las impresiones de la infancia, difícilmente se borran!

Los grandes alpinistas son también grandes arsenicófagos; pues solamente con la ingestión de dosis masivas de arsénico pueden realizar, sin extremas fatigas, sus excursiones a los más elevados picos de las montañas. A vos os ha bastado vuestra firme voluntad, la ecuanimidad de vuestro carácter, vuestro preclaro talento y vuestra abnegación, para llegar a las más altas y luminosas cimas del saber humano.

Los gnomos, fantásticos y portentosos obreros de las entrañas de la tierra, de cuyas manos la fantasía ha hecho brotar el prodigio y el milagro, se quedan cortos ante la magnificencia de la gigantesca labor que habéis verificado vos en las luminosas profundidades de las bibliotecas, donde al fin habéis encontrado el oro de la sabiduría, aún más aquilatado que el oro aquel del Rhin de los nibelungos wagnerianos.

Apenas empezaba a derramarse en el horizonte de las letras patrias el divino fulgor de vuestro poderoso numen, cuando fue adivinado el astro de primera magnitud, que muy pronto bañaría de luz plena y diamantina los ámbitos del mundo literario. Prueba de ello es la clarividencia de aquel colombiano, Fajardo M., que en 1889 pronosticó con pasmosa exactitud lo que serían en lo futuro, que ya es presente, Rubén Darío, Joaquín Méndez, Mayorga Rivas y vos, señor.

Vuestra aureola inmortal, irradiando sobre el terruño, agranda sus dimensiones, y a través de vuestra sabiduría pueden verla las naciones

extranjeras, como a través de las lentes del microscopio se mira clara y distintamente el microcosmos. Las naciones valen y se conocen por sus grandes hombres, y los sabios son los más grandes de todos. Para estos sí reclamo yo el bronce y el mármol. Admiro a Francia que ha sabido glorificar sus hombres máximos. Cuántas veces, en mi corta permanencia en París, me detuve reverente ante aquel monumento, en que sobre un mismo pedestal se levantan, hermanados por la ciencia, imponentes y transubstanciados, Pelletier y Caventou, por el único hecho de haber descubierto la quinina, según reza la leyenda grabada en el pedestal. En estos momentos acude a mi mente la augusta memoria de Alberto Sánchez, modesto sabio salvadoreño que enriqueció las matemáticas y dió nombradía a la Patria en el exterior. ¿Cuándo será el día de su glorificación? Las estrellas del cielo sonreirán cuando vuelvan a contemplar, siquiera sea la imagen del sabio astrónomo, que con ojos de vidente escudriñara el Infinito.

Ya empiezan a surgir las siluetas de los sabios. Alvarez, Buitrago y Rodríguez abren la marcha. Las espadas ceden el paso. El reinado de la *Inteligencia* ha llegado. ¡Hosanna a los hombres-luz!

Obra simpática y patriótica, en grado máximo, es la que está realizando nuestro ilustrado y progresista Gobernante, al editar vuestros libros por cuenta de la Nación. El doctor Araujo comprende que la Patria os debe mucho, y ha empezado a recompensaros en nombre de ella. Y la juventud pensante de la capital, al festeja-

ros con tal motivo, no hace más que cumplir con un sagrado deber. Vuestra apoteosis se impone.

En nombre de vuestra ciudad natal, nuestra querida San Miguel, puesto que es la mía también, cuna ya de tantos hombres ilustres; en nombre de esa metrópoli de hidalguía legendaria, fascinado por los esplendores de vuestra gloria y lleno de profunda emoción, al reconocer en vos al joven pálido del Liceo Nacional de Oriente, quiero, por medio de estas líneas, elevar mi espíritu hasta vos para que derrame a vuestros pies la ofrenda floral de nuestra admiración y simpatía.

Jucuapa, 3 de diciembre de 1912.

Por los Menesterosos

En mi reciente gira por los departamentos orientales de la República, tuve la tristísima oportunidad de contemplar los cuadros más típicos de la desolación y la miseria, producidos por el eterno azote de los países cálidos, el *paludismo*. Familias enteras de las ciudades de Alegría y Santiago de María, agujoneadas por el hambre que sembró entre nosotros la plaga chapulinesca, descendieron de sus altas montañas de clima delicioso y paradisíaco, y en grandes peregrinaciones se encaminaron hacia la costa ardiente y malsana en busca del precioso grano, providencia de los trópicos, el *maíz*, indispensable para el pan de cada día, que da nuevas energías a nuestros laboriosos e incansables labriegos. Se les había dicho que en las haciendas costeras se pagaban buenos salarios y se les daba víveres en cantidad suficiente. Esto fue para aquellas gentes famélicas como una voz de redención enviada a los desheredados de la fortuna por un nuevo Mesías, y cual si fueran hacia la tierra prometida, emprendieron su marcha sin vacilación y llenos de entusiasmo; aquellas alegres caravanas dejaron en sus cabañas, cerradas, tal vez para siempre, todo el fardo de sus dolo-

res pasados, y, entonando himnos al Todo Poderoso, contemplaban con embeleso el inmenso Océano Pacífico en cuyas riberas pensaban encontrar su salvación. ¡Ah cuántos dolores, ignorados por los opulentos que jamás han sentido las amarguras de la miseria! ¡El hambre! Es preciso haberla sentido para comprenderla.

La situación de los principales conglomerados de la rica zona cafetera oriental, los hace inaccesibles en la estación lluviosa por el mal estado de las vías de comunicación, que son las arterias por donde circulan las producciones agrícolas necesarias para el sustento de la vida. Obra de patriotismo sería proveer al país de buenos caminos, más provechoso y más necesario que construir teatros y palacios; esto es bueno también y necesario, pero después de aquello. ¿Por qué concentrar todo el progreso en las grandes urbes, cuando el aislamiento impera allá en los lejanos caseríos, donde la divina fuente de la riqueza nacional se ve obligada a salvar diques y valladares para llevar su linfa vivificante a las indolentes ciudades? Bueno es el solaz y el esparcimiento para la vida agitada de este siglo; pero, ante todo, las miradas del poderoso deberían estar fijadas en aquellos brazos de que tanto necesita para arrancar a la tierra el oro con que compra el placer, el lujo y los honores. ¿Qué sería de los ricos si no existieran los pobres y en especial los obreros de los campos? O más bien dicho, sin los pobres no existirían los ricos, porque aquellos son los que hacen el capital de éstos.

Han pasado varios meses después de que aquellos buenos habitantes de las montañas

orientales descendieron de su eterno paraíso para internarse en el infierno de la costa del Pacífico, y todos los dueños de fincas de café han ido a recoger su cosecha. Admirados de no encontrarle a su servicio, preguntan algunos de ellos por su antiguo fámulo y el mandador les contesta: «El pobre Juan fue uno de tantos que murieron a su regreso de la costa; familias enteras murieron, señor, y las más afortunadas, de cinco o seis que eran, apenas queda uno, el más pequeño; otros han quedado impedidos para el trabajo y hay algunos que todavía están padeciendo». ¡Ah! el buen Juan, *le bon Jean*, como llamaban los franceses al pueblo, aquel pueblo laborioso paciente y heroico de las antiguas Galias, en cuya alma noble fermentó por tantos siglos la *Revolución francesa*, que proclamó para el mundo entero los sagrados derechos del hombre.

Cada vez que contemplo un nuevo cuadro de miseria y de dolor allá en las simas de la humanidad, mientras aquí en la ciudad capital nos deslumbra el fastuoso derroche y la muelle vida de los grandes terratenientes, me parece ver en el fondo de cada copa de champán, que se bebe a diario en los festines, brillar unas cuantas gotas de sudor y quién sabe si también algunas lágrimas de aquellas que fecundan los campos de cuyo producto sale el dinero que se convierte en palacios, coches y automóviles. Sin querer salta a mi mente la idea de que entre nosotros es ahora cuando empieza a nacer el feudalismo, y un feudalismo aun más peligroso y aniquilador que el de la vieja Europa, porque éste viene disfrazado de altruismo. Es un problema cuya re-

solución debiera preocupar a los Altos Funcionarios Públicos. La tierra toda está pasando insensiblemente, por un sistema de carácter ambiguo, de todos bien conocido, de las manos de sus antiguos poseedores, los pequeños agricultores, a las de unos pocos, que hacen vida de parásitos. Esto no quiere decir que no sea legítima la adquisición de grandes propiedades, cuando para ello se emplean el talento, la honradez y la energía; pero cómo no siempre son estos los medios empleados para amasar fortunas, es a esos otros procedimientos a los que me refiero. Produzca o no produzca la tierra, el terrateniente cobra sin compasión el crecido corretaje y obliga al pobre labriego a darle su jornal por un tiempo determinado, devengando un miserable salario, mientras en aquel hogar pobre el hambre y la desnudez abren la puerta a las innúmeras legiones de microbios que se apoderan sin resistencia de esos organismos debilitados y los aniquilan en un momento. Esto es lo que ha pasado en aquellas ricas regiones del país, que hace poco visité. Y cómo se curan esas pobres gentes si los hospitales limitan el número de sus enfermos, y los medicamentos se venden cada vez más caros, entre otros la quinina, por ejemplo, que debiera regalarse en dispensarios fundados con ese objeto en distintos puntos de la República, puesto que sabemos que el paludismo entre nosotros produce un 60% de las defunciones. ¿Qué pobre podrá curarse en su casa con medicamentos tan caros? Es inútil que el Gobierno suprima los derechos de importación a la quinina, pues esto sólo sirve para que los dueños

de farmacia hagan mejor negocio, el consumidor no goza de esta franquicia. El Gobierno debiera pedir directamente, o por medio del Consejo Superior de Salubridad, gran cantidad de quinina en tabletas o en píldoras, y repartirla a los pobres gratuitamente; así sería efectivo el favor para los necesitados, y esto como complemento de una verdadera campaña contra el paludismo, emprendida con toda la energía posible y en debida forma como la que hicieron los franceses en el canal de Suez y los yanquis en el de Panamá, hasta dar por vencido al terrible enemigo de la salud y la prosperidad de los pueblos tropicales. Hasta como una medida económica debiera realizarse esa campaña, porque mientras más sano sea un pueblo, más produce y de la producción nacional se deriva la riqueza del Erario Público. A mi entender, por el saneamiento de un territorio debiera comenzar la gran obra de la regeneración de su pueblo. Un pueblo enfermo carece de energías para el trabajo y no es capaz de asimilar los conocimientos de la ciencia de la vida moderna. ¿Y sobre una base caduca, por lo frágil y deleznable, qué se podrá construir? Nada, absolutamente nada estable y duradero. Hay que empezar por hacer pueblo, como ha dicho el gran Zola, y que ese pueblo, agregado yo, sea sano y robusto.

Ya es tiempo de que nuestros capitalistas dediquen su atención y una parte de sus rentas, por pequeña que sea, al mejoramiento de las clases inferiores de la sociedad; que sostengan con su peculio particular, en sus haciendas y fincas, escuelas de ambos sexos para enseñar a leer y a

escribir, y, si posible fuera, algo de aritmética, mecánica elemental e higiene, a sus colonos, y pequeños hospitales para devolverles la salud perdida por el trabajo constante y aniquilador. ¿No cuidan con esmero a sus bestias para que les sirvan bien? ¿Por qué no lo hacen del mismo modo cón los hombres? ¿O creerán que con el escaso salario que les pagan se pueden vencer todas las dificultades de la vida? En otras naciones cada hacienda o fábrica, no lo ignoran los que han viajado, constituye una comunidad bien organizada, con buen personal docente, facultativos competentes, arsenal quirúrgico y un botiquín completo, todo esto en edificios adecuados e higiénicos. También han dotado a sus colonos de habitaciones limpias y de alimentos sanos y suficientes. ¿Por qué, pues, no se hace aquí lo mismo, salvo rarísimas excepciones? En todo esto no sólo hay altruismo, sino conveniencia. El mérito no está en la adquisición de enormes capitales, sino en saber invertirlos, porque no creo que un hombre sufra privaciones y desvelos por el sólo placer de acumular riquezas. Esto sería la avaricia, y la avaricia es un vicio que hace indigno y despreciable al que es poseído por ella, y ningún individuo de mediana inteligencia trabajaría por conquistarse la execración de la humanidad. Los grandes capitalistas yanquis, como Rockefeller y Carnegie, nos han enseñado el por qué de los grandes capitales y cómo deben invertirse con provecho y con justicia. Procuremos imitarlos.

¿Qué logra un millonario quitándole a un pequeño agricultor una finquita de café que ape-

nas produce cinco quintales, porque no le pagó al plazo una miserable deuda, engrandecida con los crecidos intereses? Muy poco en apariencia y efectivamente nada, y en cambio aquel pobre hombre cargado de familia queda sumido en la desgracia y en la mayor desesperación, que a veces le conduce hasta el suicidio o se hunde en el abismo de los vicios, porque su espíritu, falto de educación, no puede poner freno a los impulsos irresistibles que nacen en las horas trágicas de la desgracia, y este hombre, que era antes honrado, se convierte en un criminal por la avaricia de otro hombre sin conciencia e inmune por el oro de sus arcas. Porque, aunque duela el alma confesarlo, el peso de la ley cae como un ciclón sobre el pobre; pero al rico le basta el brillo de sus millones para borrar o por lo menos encubrir los más negros nubarrones del crimen y hacer en su derredor un silencio profundo. Se requiere un poco de verdad y más humanidad para la vida. De lo contrario el desequilibrio económico en que vivimos y que cada día se hace más intolerable, acabará por un cataclismo social, como lo ha producido ya en Europa, donde al fin se agotó la paciencia del pueblo sufrido y trabajador. Las nuevas ideas, que cual flechas de luz van a herir la conciencia del hombre hasta sus más apartados retiros, despiertan en ellos los adormecidos deseos de proporcionarse una vida mejor, a la cual tienen pleno derecho. El hombre actual reclama con sobrada justicia que se le trate como a seres pensantes y sensibles, capaces de saborear en toda su magnitud horrible las amarguras de la miseria, y sabe que con su tra-

bajo bien retribuido y amparado contra la voracidad de sus patrones, puede gozar de comodidades, recrearse en el amor lícito y hasta procurar el mejoramiento de su prole. Jesús, el sublime martir del Gólgota, dijo: «Lo que no quieras para tí no lo quieras para tu prójimo». Y en este sabio principio está basada la felicidad humana. Ese es el Código más conciso y más profundo de los derechos del hombre. Esa es la máxima fundamental del socialismo bien entendido. No comprendo cómo y por qué aberración de la naturaleza, existen hombres capaces de tiranizar a los demás hombres, si no es por un estado patológico que indique una anormalidad de su cerebro. ¿Acaso se olvidan de que la Fortuna es muy veleidosa y que mañana pueden ser ellos las víctimas de la perversidad humana?

La hora de la redención de los pueblos, de esas masas ignaras que han soportado siempre todo el peso de los infortunios y las cargas del Estado, se acerca; ya aparecen en el Oriente los claros tintes de una nueva aurora de libertad, igualdad y fraternidad, y el mal construido edificio de ese moderno feudalismo de las burguesías, trepida sobre su deleznable basamento. Cuanto mejor sería que hubiera una transacción entre las diversas clases sociales, preparando así un porvenir de felicidad general, donde no hubiera nadie que tuviera hambre y careciera de un abrigo y de un techo, y que cada cual tuviera un pedazo de tierra laborable sobre la superficie del globo. Entonces sí que contaríamos con una verdadera democracia que es el ideal de todos los hombres de buenas intenciones y de cerebros

bien equilibrados. Pongamos cada uno nuestro contingente de buena voluntad y de hechos prácticos para la realización de tan magna y hermosa obra; si cada quien que pueda, pone su grano de arena, el edificio se construirá relativamente pronto. Con una acción conjunta no es preciso llegar al sacrificio para esa nueva redención de la humanidad desvalida.

1916.

Orden y Exactitud

Eran las diez horas cuando llegué a la barbería del maestro P. Había clientes esperando. Era día domingo y los operarios no habían llegado. El maestro echaba chispas, o más bien rayos, por los ojos. Era un dinamo con una enorme carga eléctrica. Parecía que iba a estallar. Se agitaba con verdadero frenesí. Sus manos, obedeciendo al poderoso influjo nervioso que emanaba de sus centros excitadísimos, verificaba cuatro veces más movimientos que los indispensables para realizar su trabajo. Las tijeras sonaban frenéticas entre sus dedos descarnados y la navaja parecía que estaba poseída de impulsos homicidas.

Mientras me llegaba mi turno observaba con cuidado, y, para qué negarlo, con algo de temor, a aquel hombre enjuto, trigüeño, de frente ancha, vestido de blanco, limpio de alma y de cuerpo, moderno Quijote descreído, gran admirador de los yanquis, al grado de llamarse él mismo, cuando está de buen humor, y a pesar de su color moreno, hijo de la Gran Nación, patria de Franklin y de Edison, de Washington y de Lincoln. Hombre de muy claro entendimiento y muy empapado en las teorías del socialismo

moderno. Racionalista y ateo. Amante de la justicia y la verdad. Intransigente con todos los transgresores del deber. Casi nunca tiene operarios, porque, ni ellos pueden sujetarse al régimen de orden riguroso que el maestro exige, ni éste tolera la más pequeña falta. O se cumple con el deber o no se trabaja con él. No hay términos medios. Raro hombre el maestro barbero! El quisiera enmendarle la plana al mismo Dios, si para él existiera.

El día a que nos referimos, los operarios, que tenían obligación de llegar a las siete horas, no habían llegado y eran las diez, con la agravante de ser día domingo. Su indignación era justa. Cada cliente que llegaba hacía subir un grado el termómetro que marcaba su impaciencia, y la salita se llenaba por momentos. Nadie quería irse a otro establecimiento, porque, con todo y su mal genio, el maestro es simpático, como toda persona inteligente e instruida. Su conversación no fastidia, a pesar de la enorme egolatría de que padece, o que aparenta padecer; pues no es más que de broma. Es hombre muy juicioso. A las diez y cuarto llegó uno de los operarios, dando mil disculpas por su tardanza: enfermedad grave de su mujer, que se escapó de morir de un gran dolor de estómago o algo parecido; pues no me dió mucha cuenta del pobre operario por estar observando la faz del dinamo, digo del maestro, para sorprender en todos sus detalles el estallido o descarga eléctrica que no tardaría en verificarse. Me chasqué porque el ilustre barbieri, como se llama él a veces, no dijo más que estas palabras: «Váyase Ud., no lo necesito»,

y continuó su trabajo un poco más calmado, como si acabara de quitarse una montaña de encima. Me dirigió la palabra, con amabilidad, llamando mi atención de escritor sobre esas y otras irregularidades que privan en la mayoría de los hombres de nuestra raza, y que son causa de que todo ande mal entre nosotros. Aquí nadie llega a la hora señalada ni se cumple con ningún compromiso; el deber es algo desconocido que no preocupa a nadie, y si alguien cumple con él, es criticado acerbamente, y casi se le mira con desprecio, hasta por las autoridades.

Al hombre metódico que sabe distribuir su tiempo y cumple fielmente con la obligación que él mismo se impone, no se le concede ni pizca de talento; pues es un axioma aceptado por todos, que el orden y la exactitud son virtudes de los tontos. El talento es naturalmente desordenado, incumplido y hasta perverso.

Y sin embargo cuánto tiempo se ahorra cuando el orden y la exactitud reina en todos los actos humanos; cuando se sabe hacer buen uso del reloj. Yo lo veo, en las cosas menudas de mi casa: una niña toma un objeto de tocador y hace uso de él, fuera del lugar ordinario, olvidándose de volverlo a colocar en el sitio ordinario; viene otra después y no lo encuentra; ya la primera salió y es imposible averiguar dónde dejó el objeto, DE PRIMERA NECESIDAD ORNAMENTAL para las mujeres de hoy, y el auto espera a la puerta de la verja, y las amigas apremian; los minutos pasan, suena repetidas veces la bocina y la niña no sale, no se atreve a salir sin llenar ese requisito indispensable de la moda, tirana de

nuestras mujeres. La búsqueda tarda un cuarto de hora, el itinerario se trastorna, llegan tarde y retardan dos horas la vuelta. Ah! pero el ejemplo clásico de los inconvenientes que ocasiona el no tener un lugar determinado para cada objeto, con la obligación de volverlo a poner allí todo el que lo ocupe, es el de las llaves de mi mujer; o quedan prendidas en el armario a disposición de los ladrones o nadie sabe dónde están; pues la misma que las guardó lo olvida luego, y se revuelve toda la casa en busca de las benditas llaves, que en ese momento adquieren más importancia que las llaves del cielo, que según dicen las Santas Escrituras, no las descuida un momento San Pedro. Qué desesperación, sobre todo si es la hora de ir al cine, o algún baile, porque en el armario donde se guarda el dinerito destinado al gasto diario de la casa, se guardan también algunos objetos de adorno.

Recuerdo que hace como seis años fui a San Miguel a ver a mi mamá y al bajarme del coche que me condujo de la estación a la casa, rogué al cochero que el día de mi regreso estuviera allí sin falta a la hora indicada y él se comprometió bajo su palabra de honor a conducirme a la estación tal como yo lo deseaba. Llegó el día y la hora y el cochero no llegaba; mi angustia crecía por momentos. No me separaba de la puerta, repitiendo mentalmente el decir vulgar de que «el que espera desespera.» Envié a la cochera a averiguar la tardanza, y nada, el cochero ya había salido; pero sucedió que cuando venía por mí, le rogó una señora que le llevara primero y él accedió por que creyó tener tiempo para hacer

los dos viajes. Cuando faltaba un cuarto de hora para la salida del tren busqué quien me llevara la balija y me fuí a pie; pero como la casa estaba en un barrio diametralmente opuesto al de la estación y la ciudad es bastante grande, no llegué a tiempo. El tren había partido diez minutos antes. Como entonces el tren de Oriente no hacía el viaje todos los días, sino cada tres, tuve que esperar, a mi pesar, dos días más, y, por consiguiente, llegué a media semana a la finca, y como a media semana no se puede empezar ningún trabajo en tiempo de cortes, perdí una semana entera y el café se cayó de los palos y se perdió una gran parte de la cosecha. Todo por culpa de un cochero despreocupado y poco acostumbrado al cumplimiento del deber.

Cuántas veces por el retraso de un minuto se ha perdido un capital o una vida, y por no saber dónde se guardan las cosas se paga dos veces una deuda o se deja uno robar una valiosa propiedad.

Sin embargo, el hombre de orden, que es esclavo del tiempo y del deber, es un tonto de capirote, en nuestros tiempos extravagantes y desorbitados. A pesar de la razón, la verdad y el buen sentido, aquí reinan las antítesis; al sabio se le tiene por tonto y al bruto por sabio, al bueno por malo y al malo por bueno; al normal por desequilibrado y al loco por cuerdo, y no son los virtuosos los que medran sino los simuladores y adaptables.

Si no se sabe apreciar el tiempo por lo que a uno le concierne, hay que darle su valor por

el bien o el mal que se puede causar a los demás.

Esto es justo, y sólo lo que es justo es natural y legítimo, capaz de encauzar a la humanidad por el único y verdadero camino de la felicidad.

Orden y Exactitud

Eran las diez horas cuando llegué a la barbería del maestro P. Había clientes esperando. Era día domingo y los operarios no habían llegado. El maestro echaba chispas, o más bien rayos, por los ojos. Era un dinamo con una enorme carga eléctrica. Parecía que iba a estallar. Se agitaba con verdadero frenesí. Sus manos, obedeciendo al poderoso influjo nervioso que emanaba de sus centros excitadísimos, verificaba cuatro veces más movimientos que los indispensables para realizar su trabajo. Las tijeras sonaban frenéticas entre sus dedos descarnados y la navaja parecía que estaba poseída de impulsos homicidas.

Mientras me llegaba mi turno observaba con cuidado, y, para qué negarlo, con algo de temor, a aquel hombre enjuto, trigueño, de frente ancha, vestido de blanco, limpio de alma y de cuerpo, moderno Quijote descreído, gran admirador de los yanquis, al grado de llamarse él mismo, cuando está de buen humor, y a pesar de su color moreno, hijo de la Gran Nación, patria de Franklin y de Edison, de Washington y de Lincoln. Hombre de muy claro entendimiento y muy empapado en las teorías del socialismo

o viejos novelones, de los cuales no entienden más que lo que flota en ellos, y, por consiguiente, no pueden asimilar nada que lleve el sello de una refinada educación y vuelven a sus caserones, donde conviven con las aves de corral y con los cerdos, peor que como salieron; pero entonces hacen alarde de que han traído algo nuevo de la capital y deslumbran a sus coterráneas, — más sencillas y humildes que ellas — con mil extravagancias, que juzgan en su inculto intelecto la exacta imitación de las señoritas de San Salvador, tanto en el vestir como en los modales. Y las pobres sirvientas *pagan el pato*, como se dice por acá: *Tré aquí, llevate eso, poneme aquello, hasé y deshasé*, etc. etc. Es cosa de reír verlas cuando se están ataviando, recién llegadas de la capital, que es su París.

Creen que con una o dos veces que han visitado San Salvador, con permanencia de ocho o quince días en algún mesón o casa de un pobre amigo, ya han subido, peldaño por peldaño, hasta la cima de la civilización, y gastan unos humos que ni las hijas de los magnates europeos. Consecuencia muy lógica de la ignorancia. Muchas, cuando cosechan quinientos quintales de café, se olvidan de aquellos sus felices tiempos de pureza y humildad, cuando mozuelas aún, con traje de mengalas, las mejillas sonrosadas, airoso el cuerpo, limpia el alma de resabios, iban todos los días al río o a la pila pública con su cantarita de barro cocido de Guatajiagua sobre sus exuberantes caderas y el chal o el reboso terciado sobre el busto escultural. Más bellas eran así, porque eran reales las gracias que ostentaban, y de

las que ahora carecen por querer aparentar una cultura que no tienen; por la sencilla razón de que no se han instruido y su vida entera no es más que una ridícula imitación.

Un día de estos de la semana retropróxima, estando de temporada en mi finquita *Las Flores*, se me antojó ir a bañar a la laguna de Alegría, que actualmente está reducida a sus menores términos. Apenas dista media legua de mi pequeña propiedad la referida laguna, que, de paso sea dicho, sus aguas tienen propiedades mucho mejores que las de Vichy, Aix la Chapel, Aix le Bain y todas las aguas medicinales de Francia, Austria, Alemania y España, y que si estuviera en Europa se la explotaría en beneficio público y con todo el confort y aparatos apropiados para las distintas aplicaciones médicas que de sus aguas se pueden hacer.

El camino va por las faldas del volcán de Alegría, de donde se descubren innumerables aldeas y pueblos de la región oriental de la República; sobre todo, hay un lugar muy cercano a la embocadura del inmenso anfiteatro montañoso que rodea la laguna, de donde se descubre un lindísimo panorama: la serpiente de plata del río Grande de San Miguel desembocando en el estero del Arco; muchas islas y volcanes, una inmensa faja de mar azul-oscuro diluyendo sus tintes extremos con el azul claro de nuestro cielo tropical, y por último todo el gran estero de Jiquilisco, con sus innumerables islas y su gran península de San Juan del Gozo. De la más alta cima del volcán se descubre el Momotombo, el Cosigüina, el volcán de San Salvador, el de Izalco, el Lama-

tepeque y gran parte del curso y desembocadura del río Lempa; pero de éste me ocuparé en otro artículo.

Me acompañaba mi pequeño hijo, y al llegar a la laguna. encontramos a una de esas familias a que me vengo refiriendo, compuesta de una señora como de cincuenta años y una señorita como de veinte; la señora vestía un traje holgado de color indefinido y sobre el traje llevaba una especie de bata de coleta muy parecida a la que usan los sacerdotes para viajar; la niña vestía sencillamente de luto. Al momento de estar nosotros allí, empezaron a llegar *caballeros*, parientes e invitados, todos ellos en buenas cabalgaduras y portando sendos revólveres; pues hay que saber que los ricachos de aldea, tienen un gusto predilecto y hasta extravagante por montar una buena bestia y llevar al cinto un magnífico revólver, que todos los días limpian y aceitan. así mismo cuidan con sumo esmero y más bien quizás, al caballo que a su mujer (esto sin exageración alguna).

Al rato llega una carreta con una criada y mil trebejos, y deduje que venían de algún caserío lejano. Descargaron todo y colgaron hamacas de las ramas de los árboles, y de este modo quedaba instalado el aduar. En la carreta traían probablemente un garrafón de aguardiente, indispensable en los paseos campestres de tales *señores*; y debe haber sido así porque nuestros *insignes caballeros*, a poco de haber llegado la carreta empezaron a hablar fuerte, con cierta locuacidad especial que produce la bebida fuerte, después gritaron, pues su entusiasmo iba en crescendo. A con-

tinuación cada uno, y eran como diez, empezó a disparar su revólver al aire; pero como yo andaba en ese momento como a treinta varas de la orilla, y el pulso de los alcoholizados no es muy firme, tuve miedo de dejar allí totalmente mi humanidad, y regresé a la ribera a vestirme con presteza y marcharme con mi pequeño hijo.

Cuando estaba vistiéndome ví en la playa opuesta de la laguna un hermoso toro sardo, que mugiendo fuertemente y rascando con las patas delanteras la tierra, seguía de cerca a una hermosa ternera, que lucía brillantes redondeces.

Los caballeros referidos habían disparado como doscientos tiros (aquello parecía un combate en toda forma, contra un enemigo imaginario). El toro dejó de mugir y detuvo su persecución, la ternera huyó aterrorizada y el idilio se disipó, bajo aquel cielo azul y en la majestad de aquel campo, como se disipan las esperanzas de los pobres desheredados o las nubes de verano al más ligero soplo de la brisa.

Un héroe más en el Walkalla

A la memoria del doctor y general Luis Alonso Barahona

Las campanas tocaban a muerte; pero algo había en su lúgubre sonido que anunciaba un duelo no común, se adivinaba un gran estremecimiento de la naturaleza y el alma nacional se sintió herida profundamente; el que había muerto no era un ser vulgar de esos que a diario caen cegados por la acerada cuchilla de la Parca; el cañón roñoso y enmohecido por la bendita quietud de la paz de que ha tiempo gozamos, con su potente y estruendosa voz anunciaba de hora en hora, por todos los ámbitos de la República, un extraordinario acontecimiento, y la bandera bicolor, símbolo glorioso de nuestras libertades, flameaba a media asta, como un ave que hubiera paralizado el vuelo en muda contemplación del infinito.

El alma de un patriota máximo ascendía hacia la inmortalidad. El Palacio del Gobierno, convertido una vez más en capilla ardiente, guardaba en el santuario de las leyes los despojos venerados de un sacerdote de ellas ya fenecido, y las muchedumbres se agolpaban en derredor de aquel túmulo en absorto recogimiento y doloro-

sa consternación. Los hijos de Marte hacían guardia de honor con el arma rendida en homenaje póstumo al Poder. ¡Qué grandioso estaba el Palacio con su negra ornamentación! Hay horas aflictivas en la vida de los pueblos, horas trágicas que hacen los efectos de un gran cataclismo; el andamiaje político tambalea cuando se rompe una de sus principales columnas y el que está arriba siente la inmensidad del vacío, las instituciones democráticas desfallecen momentáneamente y el pueblo sufre de vértigo.

La hora de la inhumación se acercaba y tres voces autorizadas se alzaron para dar la eterna despedida al insigne muerto; primero fue la del señor Ministro de Relaciones Exteriores, que, en impecable dicción, esbozó la figura política del doctor Barahona; después resonó el olímpico verbo del doctor Morales, que haciendo primero un profundo análisis de las relevantes virtudes cívicas del ilustre finado, las cristalizó después dando a aquella figura un hermoso relieve, que la hizo tangible, y, por último, el doctor Keyes Guerra, poseído de la emoción más sincera, volcó sobre aquel recinto sagrado por la presencia del héroe muerto en lucha incruenta, todo el caudal de su inagotable elocuencia guardado para entonces en el ánfora de su más puro sentimentalismo; y este fue el último toque de aquella consagración política, fue el colorido que llenó de esplendor la ya gloriosa figura del doctor Barahona: De esas tres piezas oratorias, que se completan, surgió para la Historia el modelo más puro del patriota integérrimo, del caudillo honrado, del carácter de una pieza, que «no supo

de claudicaciones», del humilde apóstol de la Democracia, Cuando los oradores terminaron, me pareció que de aquel féretro se alzaba un hálito de luz y de verdad que llenaba de inefable claridad la conciencia centroamericana.

Allí en ese triste recinto de muerte fue donde conocí más a fondo la entidad política y moral del que acaba de desaparecer y con el que nunca tuve la oportunidad de ser amigo; jamás estreché esa mano leal como hay tan pocas en la vida, lo que siento muy de veras, porque mi alma enamorada siempre de todo lo bueno, se hubiera compenetrado con aquel espíritu legendario; por lo valeroso, honrado y noble, mi vida alejada; por desilusión de la política lugareña, fue el obstáculo de ese contacto honroso y desinteresado; pero la memoria de su vida ejemplar será para mí un símbolo, una religión, que no tengo dificultad en venerarla, puesto que está en un todo de acuerdo con mi humilde modo de pensar y de sentir.

El doctor Barahona fue más que un héroe legendario, fue un Mesías anunciador de la buena nueva, un paladín de los grandes y redentores ideales de la democracia.

Entre nosotros creer honradamente en la posibilidad de hacer factibles nuestras sacratísimas instituciones republicanas, dada la absoluta carencia de verdadero patriotismo de nuestros pasados gobernantes, se toma por una candidez infantil, y con este criterio se ha juzgado a veces al doctor Barahona y a todos los que pensamos de igual manera, y quizá tengan razón porque la realización de esos bellos ideales que tienen por

base el sacrificio, la abnegación y el heroísmo, no podrá verificarse mientras todos los hombres del Gobierno no sean fanáticos sectarios de la Moderna Democracia, como lo fue el malogrado doctor Barahona. Pero si este pesimismo alentara a todas las almas y no hubiera de esos ilusos sublimes, la hora de la regeneración no sonaría jamás en el reloj de los destinos nacionales. Es preciso luchar para el futuro, con noble y paciente labor, inspirándonos en las edificantes vidas de los que nos han precedido en la magna obra de la democracia, redentora de los pueblos.

Con la muerte del doctor Barahona, único caudillo digno de guiar desinteresadamente a las muchedumbres, ha muerto para siempre el caudillaje en El Salvador, y, como tan pocas veces produce la naturaleza hombres de esa talla, lo mejor es no crear un nuevo ídolo; luchemos por las ideas y no por los hombres, y si alguno llegara a personificar esas ideas, prestémosle nuestro contingente; más si se aparta de ellas, hagámosle de un lado y sigamos adelante hacia la luminosa visión de nuestros ideales.

Un día de vida en el campo

Marcha el tren dando resoplidos de monstruo cansado y va pasando por llanos, valles, montañas, túneles y puentes, entre un mar de verdura primaveral. Su éxono por las pintorescas regiones que atraviesa es a manera de un cinematógrafo en el que la película estuviera fija y fueran los espectadores los que se movieran para verla de un extremo a otro. En todos los poblados se detiene el tren y entonces la película se moviliza y se hace humana, puesto que representa la verdadera lucha por la vida: un pueblo entero ofreciendo a los transeúntes el pan de cada día, con el sabor propio del conglomerado que lo ofrece. En Santa Cruz Michapa, la leche y las pupusas de chicharón, en Tehuacán, las QUESADILLAS DE QUESO; en Zacatecoluca, los helados y el agua fresca; en Usulután, los cocos, las naranjas y entre estas dos últimas estaciones, en el mismo tren, las vivanderas ofreciendo platos y panes con chompipe, arroz, huevos duros, camarones, lechugas y tomates. El tren, en tanto, marcha, para, sube, baja, ondula como sierpe, crujiéndole todas sus articulaciones cual si fueran a romperse en mil pedazos. Por fin llega al término que anhelo, me deja en la estación y con-

tinúa llevando otros espectadores que verán un trozo más de la película, o toda, y algunos solamente el final, pues que llegaron tarde. Así es la vida, fragmentada para unos y dolorosa, para otros plena, risueña y placentera.

*

He dormido bien, sin preocupaciones y sin ruidos, en plena calma y quietud, en el silencio que amaron Alfredo de Vigny, Carlyle, La Bruyere y tantos pensadores más. Estoy en el campo. Las clarinadas de los gallos me despertaron. La mañana está oscura, parece que hará mal tiempo. Los pájaros anuncian a la velada Aurora con sus orquestaciones divinas y sus parlerías de niños locos; los árboles sacudidos por la brisa derraman sobre la tierra húmeda una lluvia de cristal; las ardillas, en enormes bandadas, juegan su admirable acrobacia en los árboles de jocote y entre los matorrales asoma medroso el armadillo y los conejos van a saltos por el gramal, en tanto que la voraz taltuza continúa sus galerías subterráneas en busca de las raíces de los pepetos. Todo palpita de diferentes maneras, pero con un sólo objeto: la vida. Vivir es el imperativo categórico, el infinito anhelo de todos los seres de la creación, y todos viven eternamente, bajo diferentes aspectos. La muerte es solamente un cambio de forma de la vida, el Proteo milenario.

Sigue su curso el día tal como amaneció, pues el sol recorre su camino sideral envuelto en una capa de nubes grises, como avergonzado de... quien sabe que faltas de la humanidad. Los hom-

bres trabajan, sin embargo, cavando en la tierra dura o en lava volcánica hoyos profundos que llenan con HUMUS y abonos traídos de lejos para sembrar cafetos, y realizan de ese modo la sublime parábola de Rodó. El crepúsculo es plumizo y se confunde con el día y con la noche. Los pájaros que se alejaron por la mañana vuelven al atardecer con su charla incesante y su inquieto volar: chiltotas, CHOQUEQUES, sanates, gorriones y gilgueros. En un árbol de CHAQUIRO, muy alto y muy recto, hay un nido de chiltotas en forma de bolsa con la abertura hacia arriba y a un lado; la hembra, tal vez, que viste un traje de raso amarillo encendido y un manto de terciopelo negro, llega de lejos y se posa en el árbol vecino, observa un largo rato y enseguida entra en el nido, donde permanece un momento nada más y vuela después de árbol en árbol persiguiendo a otros compañeros, que luego se van y la dejan sola, y entonces se instala definitivamente en su lecho de amores para pasar la noche, que va a ser tempestuosa, por lo que se advierte en el horizonte. Se oye un piar suave y dulce de pajaritos tiernos. La madre los arrulla amorosa y les da calor con sus galas opulentas e inconsútiles.

Después... todo calla, hasta el viento. Es la hora de rezar. La Naturaleza está en oración; y entre tanto se eleva a Dios todo lo que vuela y todo lo que canta, el alma divinizada por la plegaria y la esencia del dolor cristalizada en llanto, se desliza entre el zacatal, con ruido suave pero siniestro, una culebra venenosa, que pasa muy cerca de mis pies, y mis ojos y mi espíritu, que sólo miraban hacia arriba cayeron de pronto hacia

abajo. Se esfumó el ideal, con toda su ingénita belleza y se plasmó la burda materialidad. El horror sucedió al placer y huí de aquel sitio. Caducado el reino del día se entronizaba triunfante el reino de la noche. El mal venció al bien. La luna, en su cuarto creciente como un débil barquichuelo de pálida luz, se hundió también en el abismo y las estrellas no abrieron su diamantino broche. Aquello fue el naufragio de la luz del cielo. Las luciérnagas solamente encendían y apagaban, casi a un tiempo, sus funerarias luces dentro del cafetal, como si fuera una procesión de almas en pena que pasara y pasara, sin dejar nunca de pasar. A lo lejos sonó un trueno, y otro, y otro, cada vez más cerca. Los relámpagos rubricaban con su luz siniestra y zigzagueante la obra del mal. La lluvia y el huracán, en complicidad monstruosa, azotaba el valle y un rayo dividió en dos partes un bello paraíso, bajo cuya sombra no se cometió el pecado original.

Después me fuí a soñar y estoy soñando todavía.

Siluetas campestres

(*Los fleteros*)

Son las tres de la tarde. Por el camino de arriba que viene de Alegría se oye ruido de carretas; es Timoteo que viene a llevar su flete de café al beneficio; es su misma carreta vieja de ruedas de piezas con llantas de hierro sumamente gastadas, y su misma yunta de novillos de años anteriores, Asombro y Guacamayo, dos animales muy conocidos de nosotros, pues aquí, se han criado trabajando todos los años; no han adquirido gran tamaño, pero se han hecho muy fuertes y resisten bien la temporada, sin protestar un solo momento aun cuando el trabajo haya sido muy duro, al menos que yo sepa; al contrario de muchos hombres que viven eternamente protestando, sin trabajar un solo momento. ¡Contrastes de la vida! Timo coloca su carreta en posición de recibir la carga más cómodamente, a fuerza de cejar los novíos dándoles fuertes golpes en el hocico con la vara de la puya, acompañando cada golpe con un «ceja Asombro, ceja Guacamayo... Vaya hombre... He que novío...» y otras dulces palabras, que no juzgo convenientemente repetir a mis lectores; pero que

supongo se imaginan, pues es sumamente conocido el vocabulario de nuestros boyeros. Después despega la carreta y sin desenyugar los bueyes los amarra a un árbol de ceíbo que está en el patio principal de la finca y sin cuidarse de dar un poco de zacate a los pobres animales, se interna entre el cafetal en busca de su mujer que está cortando café, en compañía de treinta cortadores más. Mi criado dió de comer a los bueyes. Una hora después vuelve Timo con un saco de café maduro a cuestras cortado por la mujer, y, viendo que había el número suficiente de sacos para dos fletes, amarra fuertemente la boca de cada saco, pega nuevamente los novillos a la carreta, prepara, con la ayuda de su hijo Juan (muchacho de 14 años) la otra carreta, que es de la finca, de la cual tiran mis bueyes viejos, Chiltote y Cuervo, cargan cada carreta con ocho sacos de ciento ochenta libras de peso cado uno y se van al beneficio, situado en Santiago de María, ya como a las cinco de la tarde. Desde la casa empieza una larga cuesta empedrada de gradiente muy fuerte. Los bueyes hacen fuerza para detener la carreta más bien que para arrastrla, van casi sentados, arando el suelo con las patas traseras; parece que fueran a quebrarse. Timo dice «*ay para abajo no se detienen*». Ya lo creo. Lo bueno fuera que pudieran detenerse en cualquier momento. ¡Pobres animales! ¡Ni una sola protesta!

Al pié de la cuesta hay un pedazo del camino que es eucallejonado, sumamente estrecho y con muchas piedras grandes. Al llegar a este punto, la carreta de Timo sufre un fuerte golpe y se quie-

bra el eje y el timón. Son las seis de la tarde... ¿Qué hacer...? Después de algunas vacilaciones decide Timo ir a dejar el flete de la carreta que ha quedado buena y volver por el otro, mientras tanto Juan se queda cuidando el inválido vehículo. Así se verifica al fin. Entre tanto la noche avanza y cada rato se hace más denso el negro velo que se ha extendido sobre medio mundo, pues la luna está de mengua y sale en la madrugada, apenas si la hermosa venus derrama sus fulgores sobre la Tierra; pero no alcanzan a llegar a estos caminos que cruzan entre el bosque de los cafetales.

Yo espero con ansia en la casa de la finca la vuelta de los fleteros, bajo la influencia de un frío de 8 grados sobre cero y azotado por un viento que silba, ruje, brama, musita y parlorea entre las hojas de los árboles. ¿Qué harán?, me pregunto a cada instante, paseándome de una puerta a otra de mi habitación rural, con desesperación de neurástenico, presa de ansiedad infinita... Son las ocho de la noche; ya se oye ruido de carretas... ya vienen... sigo paseándome y enciendo un cigarro, que fumo apresuradamente. ¡Nada! Era el viento que todo lo simula. Media hora más, que se me hace un siglo,... otro ruido; ahora sí, se oye bien el rebotar de las ruedas en las piedras del camino. Creyendo que pronto han de llegar saco una lámpara encendida al corredor. Pasa otra media hora de angustias; ya son las nueve; el viento ha calmado; nada de ruido. Todo era ilusión. El frío es insopportable, me pongo mi sobretodo y enciendo otro cigarro. ¡Qué ansiedad...! Por fin a las nueve y

media viene Timo con una sola carreta y las ruedas de la otra tiradas por las dos yuntas en cuarta; la otra cama averiada quedó a la vera del camino. Estas o parecidas escenas se repiten todos los días de la semana. Apesar de los contratiempos todo el café cortado en la semana se ha enviado al beneficio. Timo ha descontado casi todo el valor de su habilitación y su mujer salió ganando quince pesos.

El domingo.—Días le Dios.—Buenos días señor Timo.—Y Juan?—(el mandador).—Siado a Santiago con Tuno a mercar maíz.—¿Don Manuel?—Ai está adentro, es que lo tengo encerrado porque hace mucho polvo.—(María, la hija mayor del mandador estaba barriendo el corredor).—¡Veyaaa!—Es que hace mucho polvo.—Sí, como no, yo creiba que había aido al pueblo.—No, es que lo tengo encerrado, porque hace mucho polvo.—¡Veyaaa...!—Quería hablarle?—Sí, como no.—María abre la puerta y me llama. Salgo al instante y pregunto a Timo lo que se le ofrece, cosa que sé de antemano. El, con el corvo bajo el brazo izquierdo y el sombrero calado hasta las orejas, pues nuestros campesinos no se quitan el sombrero ni para dormir, me saluda del mismo modo que saludó a María.—Días le Dios, patron, ¿como leaido?—Bien, Timo, ¿qué querías?—Timo empieza a rascar el suelo con el dedo gordo del pié derecho, da dos o tres tosiditas falsas, agacha la cabeza, y, haciendo un esfuerzo supremo, me dice:—Yo quería ver si me habilitaba de unos seis pesos para seguirle ayudando en el corte o en los fletes.—Bueno, hombre, sea por los fletes, y le entrego un billete de a

cinco pesos y otro de a uno, que pugnaba por hacerse dos, apesar de un remiendo de papel impreso que tenía pegado con engrudo de largo a largo por el medio. ¡Ya causa náuceas y conmisericordia nuestra moneda de papel! Timo me suplica cambiarle aquel tasajo como le llaman ellos en broma a los billetes de a peso. Le doy otro menos malo y se va con una sonrisita enigmática. Yo paso todo el domingo leyendo los dramas de Shakespeare. Por la tarde, oigo gritos en el camino y ruido de machetes arrastrándose en las piedras. Es Timo que vuelve de la ciudad presa de verdadera locura alcohólica y buscando pendenencias con un compañero de trabajo. Mucho me cuesta separarlos y mandarlos a acostar. Después de comprar el maíz y los frijoles para la semana, y algunas jícamas y semitas de Gotera para los chicos, lo demás del dinero quedó en el estanco. El lunes no viene nadie a trabajar, porque están curándole la goma a Timo. ¡Tal es el triste fin del dinero tan penosamente ganado por nuestros pobres campesinos! Apesar de los vicios nuestro bajo pueblo encierra un cúmulo de energías, que urge orientar en el sentido de su propio engrandecimiento. Se impone un estudio minucioso que sienta las bases de una futura regeneración.

Un matrimonio entre indígenas

Hace ya mucho tiempo que Bruno y Norberta, dos inditos de Aculhuaca—pueblecito aledaño a San Salvador—se han *apalabrado* para casarse. Los dos tienen sus *pasares*. Sus padres son dueños de sendas casitas en el pueblo y *huatales* con vaquitas y milpas en las afueras; pero los padres de Norberta son un poco más ricos que los de Bruno. Los dos novios son trabajadores: él saca diariamente dos tareas a buen temprano y ella madruga a moler un *medio* de maíz para tortillas que viene a vender al mercado de esta Capital y sale ganando doce colones a la semana; por eso dicen sus paisanos que es de fama, o de *cuenta*, y apenas tiene dieciocho años. Bruno cuenta veinticuatro. La pareja es envidiable, al decir de aquellas pobres gentes, que cifran la felicidad humana, con intuición y conformidad admirables, en el trabajo y la honradez exclusivamente, que viven casi a oscuras, sin haber sentido jamás el vértigo del espacio y de la luz, de la ciencia y del arte. La vida se simplifica así y se encauza de manera rectilínea. Sus organismos se adaptan fácilmente al medio en que se desarrollan, sin pasiones fuertes aniquiladoras de energías. Comen lo que encuentran con hambre y con pla-

cer; duermen sin ensueños y sin pesadillas; se acuestan temprano y se levantan antes que amanezca. Jamás padecen de insomnios y raras veces de dispepsia. La actividad nutritiva de la sangre y los nervios está toda en los órganos de la vida vegetativa. El cerebro no hace ningún gasto y en cambio da todo lo que puede para quitar obstáculos en el camino que recorren esas vidas humildes y productivas, de las que se puede decir que pasan por el mundo sin ser envidiosas ni envidiadas.

Cuando Bruno creyó llegado el tiempo de realizar su único deseo, se lo comunicó medroso a sus padres. Estos le oyeron con toda la gravedad que para ellos reviste ese acto trascendental en la monotonía deliciosa de sus vidas: casarse, *tomar estado*. Hicieron algunas observaciones a su hijo sobre las cualidades de la novia, llamándole la atención sobre la fama de que gozaba de *gran molendera*, cosa que debía volverla orgullosa y por consiguiente de mal carácter. Juzgue el lector con detenimiento sobre esta rara pero no tan desorientada psicología de aquellos indígenas. Bruno insistió con toda la fortaleza de su pasión salvaje, pues de veras quería a Norberta, y el punto reparado por sus padres era, precisamente lo que a él le atraía con más fuerza. Dieron al fin los viejos su consentimiento y se convino en que el próximo domingo iría el padre de Bruno a pedir a la novia. Llegado que fué ese día, don Ventura; que así llaman en el pueblo al progenitor del novio, por aquello de tener sus posibilidades, se puso su ropita de cristianar y después de oír misa se dirigió muy ceremonioso a

casa de la novia, donde fué recibido con amabilidad, por ser un amigo viejo, y después de un preámbulo, en el que hubo tartamudeos, trasudores y garraspeos; mucha prosopopeya, temblores e inquietudes, como diría Pereda, al fin se hizo el disparo a quema ropa; pero los padres de la novia, que ya esperaban el ataque de un momento a otro, por lo que habían observado a hurtadillas, estaban preparados y no se dejaron coger, disparando al mismo tiempo su metralla de: ¿con qué cuenta el mozo para mantener a la mujer? No tiene vicios? A dónde alojará a su esposa? y otras minucias más, tendientes todas a asegurar de antemano la felicidad de su hija. Don Ventura se retiró silencioso y pensativo y el domingo siguiente volvió acompañado de su mujer, contestando satisfactoriamente todas las preguntas que se le hicieron a él ocho días antes. Los padres de Norberta se dieron por enterados de todo y ofrecieron consultar la voluntad de la novia y responder sí o no el siguiente domingo. La visita se dió por terminada. El tercer domingo fueron los padrinos por la ansiada respuesta, y como la Norberta dijo que sí, sus padres otorgaron el consentimiento. Es de rigor hacer los tres pedimentos en tres domingos cosecutivos. El novio, gozoso y satisfecho, fue al monte con su hacha bien afilada, picó y rajó un enorme haz de leña, y fué a tirarlo, silencioso y grave, al patio de la casa de la novia, como una ofrenda de su cariño y una muestra de su capacidad varonil.

Al siguiente domingo fueron todos donde el cura para las *informaciones* y donde el alcalde para declararle su deseo de contraer matrimonio y dar

principio a las respectivas diligencias. Tres semanas después se habían corrido las proclamas, y, terminados los trámites civiles se fijó el próximo sábado, *día de la virgen*, para el casamiento. El novio, entre tanto compró las donas y se las envió a su futura en un paquete y sobre una bateíta nueva, que hacía las veces de azafate. La Norberta recibió aquello, insatisfecha, pues el chal de seda azul que le enviaban no tenía bordados, y en cambio el que ella había comprado donde los chinos del mercado de San Salvador, era de seda roja y *vejuqueado* de seda blanca, más grande, más *doble* y con una gran *barba* anudada. Ella no se pondría el día de la boda el chal azul, sino el rojo; aquél valdría a lo sumo diez colones y el rojo *vejuqueado* de blanco le costó quince. Aunque se enojara Bruno ella iría con el rojo. Aquí parece que empieza a tener razón don Ventura. Esta muchacha era de *fama*, *era de cuenta*, se molía un medio de maíz diario y ganaba doce colones semanales con la venta de las tortillas, y eso la había hecho orgullosa. El viernes, víspera del matrimonio, los padres del novio cumplieron religiosamente con la costumbre de enviar a los padrinos la *bateyada* de comida, el jarro de café y una botella de vino de Málaga (de ífima clase) y en la noche una serenata con acordeón y guitarra.

Ese mismo día se verificó en la Alcaldía Municipal el matrimonio civil, sin nada de particular, que sea digno de mencionarse.

Amaneció el sábado, por fin, y cuando la aurora desplegó su pompa de luz y de colores, ya los novios estaban, mucho tiempo hacía, espe-

rando el alegre repique de las campanas, que en lenguaje broncíneo y grandilocuente llamara a los fieles católicos a oír la misa en la iglesia parroquial del pueblo de Aculhuaca.

A las seis horas salió el cortejo de la casa de la novia, donde se habían reunido los padrinos y los invitados. Norberta iba con un vestido blanco de cambray pirujo adornado con tiras bordadas y, como lo dijo, llevaba su *chal rojo vejuqueado* de blanco, y los pies descalzos; Bruno vestía un traje de dril blanco, sombrero de junco y zapatos de becerro. Era curioso aquel desfile de parejas de indígenas, portadores de sendos paraguas enarbolados, sin sol y sin lluvia. La ceremonia religiosa fué como todas; el desposorio en el atrio de la iglesia, con sus arras de monedas de plata, sus anillos lisos de oro bajo y su cadena de bronce; en seguida la *velación* cerca del altar mayor.

Al salir del templo, el cortejo se dirigió primero a casa de don Ventura, padre del novio. El lector se imaginará que Bruno recibió un fuerte abrazo de sus queridos padres, pues es cosa muy natural, en ese momento, el más feliz de la vida; pues no lo entienden así aquellos austeros indios; lo que don Ventura dió a Bruno en presencia de su joven esposa y demás concurrentes, fué una soberana azotaina, que el novio recibió humildemente de hinojos. Tan bárbara costumbre tiene fundamento en una filosofía lugareña, que remota a lejanos tiempos. Con ese castigo tan inmerecido, dado con anticipación, por faltas futuras, que se escapan a la potestad paterna, queda sellada su vida libre. Desde ese mo-

mento el que se casa deja de ser hijo de dominio, y pasa a la categoría de jefe de familia. Al terminar la ceremonia y declarar que su hijo queda libre de su patria potestad, el cortejo se encamina a la casa de los padrinos, donde se toma el café con tamales y marquezotes, se baila y se bebe aguardiente. Al medio día se trasladan a la casa de los padres de la novia, donde se verifica la ofrenda o limosna, que consiste en lo siguiente: La madrina obsequia a la novia un gran pañuelo de seda azul bordado de seda blanca, (en el de nuestra historia el bordado consistía en un pavo real con la cola extendida), y se lo prende por dos esquinas en el pecho de la ahijada. Los dos novios se colocan en un extremo del patio y los concurrentes, encabezados por los padrinos se colocan en dos filas a ambos lados de los recién casados, los hombres de un lado y las mujeres del otro. Cada hombre, empezando por el padrino que es el primero de su fila, saca a la desposada a bailar y al terminar el baile la novia toma con las manos las esquinas libres del pañuelo y recorre, uno por uno, las filas de invitados pidiendo su limosna u ofrenda, y cada cual echa en el pañuelo, convertido en bolsa, su óbolo. El novio hace lo mismo, con la diferencia de que a él son las mujeres las que le van a sacar a bailar, y la limosna la recoge en el sombrero. Se refiere que esta vez los novios reunieron treintiocho colones, que es una de las más grandes sumas que registra la historia matrimonial de Aculhuaca.

Terminada la ofrenda se verifica el almuerzo, y este, como lo de los paraguas sin sol ni lluvia, es la parte más ridícula, porque es una imitación

simiesca de lo que pasa en el *gran mundo*, que ellos apenas conocen por referencias. Todos quieren comer con cubiertos sin haberlos usado nunca y el almuerzo se convierte en una pantomima, capaz de desternillar de risa al más adusto de los hombres. Los gallos rellenos y los tasajos de carne salada saltan como al impulso de una corriente eléctrica manchando, con el unto de las salsas y la grasa, mantel, rostros y vestidos. Por fin se *botan a pié*, como se dice por acá, haciendo a un lado cuchillo y tenedor, y agarrando cada cual su pedazo de gallo o de carne le hincan el diente con saña felina hasta saciar su descomunal apetito.

Una vez terminado el banquete y levantados los manteles sucios, se reparten sendos puros y cigarros, se hacen repetidas libaciones de vino y aguardiente, se canta al son de la guitarra y se baila al compaz de un violín catarroso, y un viejo y desafinado acordeón. Todo esto se verifica en el patio de la casa, adornado con *pichones de de plátanos* (banano) y palmas de cocotero, entrelazados con cadenas de papel de colores, levantando una enorme polvareda con el arrastre de los pies en una especie de baile de negros, mezcla de Boston y francés. Los cohetes estallan sin cesar.

A la media noche aquello es un desastre: cantos destemplados, risas y vocerío incoherente, riñas y por último la intervención de la Policía o la Guardia Nacional. Total: los novios en casa de don Ventura durmiendo y muchos de los concurrentes en la cárcel.

Al trasladarse la novia a casa de su esposo

los padres de ella le regalan una *pedra de moler* y un saco de maíz. De esta manera ella continúa moliendo y ganando sus doce colones semanales y él sacando sus dos tareas diarias. Con el producto de la ofrenda tienen de sobra para establecer su hogar y guardar en un rinconcito del cofre de oloroso cedro algo para las circunstancias imprevistas de la vida.

Si los indígenas guardaran puro su ritual antiguo, sin pretender imitar a los civilizados, estas escenas serían deliciosas y dignas de ser descritas por plumas bien cortadas y estampadas en el lienzo por los pinceles mágicos de un Goya. Con todo, por lo que aún conservan de sus costumbres primitivas, talvez desconocidas en otras regiones de la América, creí de alguna importancia este relato para los lectores de otros países.

Viendo jugar a los niños

Es de tarde. Una ligera lluvia ha refrescado el bochornoso ambiente y humedecido un tanto las abrasadas fauces de la tierra en pleno marzo. Mis hijos, los pequeños, han regresado del colegio y juegan en los corredores y en el patio, cubierto de grama. Los niños de la vecindad concurren a mi casa en busca de espacio donde correr y saltar, locos de entusiasmo. La alegría primaveral de la vida brota de cada boquita como surtidores de agua cantarina y transparente. ¡Oh!, cómo pasa por mi mente, abatida por el dolor, todo el enorme metraje de la cinta que aprisionó en sus mallas impalpables las primeras impresiones de mi vida. Sentado en mi sillón antiguo, con un tomo de los Diálogos de Platón ante mis ojos fatigados y tristes; mi estómago perezoso y mi respiración anhelante por el asma; mis carnes doloridas y mi inteligencia luchando por romper las nubes que quieren ocultarle la luz, contemplo embelezado esa embriaguez de vida; ese desbordamiento de salud; ese derroche de alegría, que es como un insulto inconsciente a mis debilitadas energías. Y cuando pienso en el otoño y en el invierno frío y triste, que vendrán después de esa primavera alegre y de un estío ardoroso y

fatigante, mi alma se llena de infinita caridad, y al fastidio del bullicio sucede una apacible tolerancia, una divina clemencia.

Esa es la única edad de la vida en que se puede gozar, me digo para mí, y cierro el libro para verlos jugar. Muchas veces he jugado con mi Maruca, cuando no ha tenido con quien jugar. Los pensamientos graves han suspendido su bloque, el seño adusto se ha borrado al beso de la sonrisa y el dolor ha encogido sus tentáculos, por breves momentos. Qué dicha es creerse niño otra vez! Borrar todo lo que se escribió en la blanca cuartilla del alma, y hacer de ella una paloma eucarística y echarla a volar por los espacios azules del ensueño, en compañía de las hadas y en busca del agua dorada, el árbol que canta y el pájaro del dulce encanto, y dormir después soñando con la lámpara de Aladino o la varita de virtud.

¡Ah! para qué salimos de ese sueño! Por qué queremos contemplar cara a cara la verdad de la vida! Beber en las fuentes de la Filosofía las amargas del Destino! Qué insensato es el hombre que quiere violar el Misterio! Los niños viven sólo en el presente, el pasado lo olvidan luego y del futuro no se preocupan. Qué importa lo que se fue para siempre; lo que la mano del tiempo borró del pizarrón de la vida? Qué importa lo que no se ha escrito aún? El niño solo ve el programa del momento, que un genio invisible va escribiendo en la pizarra minuto por minuto. Dichosos los que viven al minuto, haciendo lo que les va dictando su geniecillo alegre. No temen el peligro porque no conocen sus dimensio-

nes; no han tenido tiempo de medirlas. El goce lo apuran en las copas rebosantes, natural y sencillamente, como quien bebe el agua fresca de una fuente montañesa, sin refinamientos enfermizos, sin ansias pecaminosas, sin voracidades insípidas y tediosas. ¡Oh, qué bella es así la vida! Antes de que la mancha de la lujuria y enferme la intemperancia. La flor antes de reventar guarda sus pétalos impolutos, replegados y pudorosos, y la ambrosía está en el broche, que no ha profanado aún el aguijón de la abeja o el pico del gorrión.

Los varoncitos jugaban en el corredor al capirucho, obedeciendo a una rigurosa reglamentación, cuyo cumplimiento exigía, con la rectitud de un buen juez, el mejor de los jugadores, y trataban de evadir los menos capacitados y faltos de pericia, queriendo suplir con sus *jaranas* la inferioridad en el juego.

Las hembritas jugaban en el jardín al escondite. Eran las primeras horas de la noche. También allí había leyes que cumplir y que burlar. La que se quedaba procuraba espiar a las que se escondían y cuando decían LERO, ya ella estaba más o menos orientada para hacer su húsqueda; pero cuando la sorprendían en el fraude, pobre de ella y pobre de mí, porque los gritos agudísimos de diez o doce chicuelas, me obligaban a taparme los oídos y a suplicarlas un poco de silencio para mí y clemencia para la infractora de las leyes del juego y de la honradez.

Cuántas hondas meditaciones han sugerido en mi alma esos juegos infantiles. Bajo esos cabellos blondos; allí dentro, muy dentro todavía,

he visto agitarse, en desorden y rebeldía, todas las pasiones humanas, y he sentido miedo del porvenir.

Si es verdad que todos los actos de la vida, desde los más trascendentales hasta los juegos de la niñez inocente y pura, necesitan una ley que los regule y los sujete, también es verdad, una triste verdad, que los más bribones o los más ruines tratan de evadir el cumplimiento de esa ley, o procuran cambiarla a cada momento, según sus intereses particulares. Impera el egoísmo. La sombra de Cristo, con sus resplandores divinos, su amor y su altruismo, se aleja cada día más y el espíritu del mal flota sobre las aguas y se difunde en los espacios. Qué será de las nuevas generaciones?

Entre tanto, los niños jugaban alegremente y yo los contemplaba unguido de amor y de clemencia, bajo la caricia inefable de la sonrisa.

Aire y Luz

Después de once meses de trabajo constante y rutinario, enervante y aniquilador; después de recibir en el alma impresiones fuertísimas, como enormes cargas eléctricas, es indispensable un mes de libertad, en el campo, con aires puros y luz intensa; y eso hice yo en el mes de enero, abandoné la ciudad y me fuí a mi pequeña propiedad de Oriente. Con qué avidez respiré aquel ambiente de vida y de pureza! Tres semanas, distribuídas las horas del día entre las excursiones campesinas, la inspección de los trabajos, la lectura de buenas obras y la escritura de mis impresiones, parecía que el espíritu se iba poco a poco desdoblado y extendiendo a todo su sabor, después de haber estado casi un año encojido y plegado en el estrecho recinto de la vida artificiosa y esclavizada de las grandes urbes.

Cuando el alma del hombre se pone frente a frente de la Naturaleza, participa sin quererlo de su grandiosidad, y entre los pliegues que se van desdoblado, al amparo de la infinitud del ambiente, se descubren ciertas tonalidades y potencias hasta entonces ignoradas, y se ponen de manifiesto con hermosos florecimientos de ideales y gamas armoniosas de músicas extrañas, alburas

de cisnes o de garzas y caleidoscópicas irisaciones de luz solar y montañesa.

Ah, que bella es la Naturaleza desnuda y agreste!

Las frescas noches lunadas de la montaña, con sus parlerías misteriosas del viento en los follajes, tienen encantos indescriptibles.

La mansedumbre de los bueyes, la elegancia y altivez del gallo y la fidelidad y celo del perro, son fuentes inagotables de profunda filosofía.

El mozo desgreñado, sudoroso y mugriento, por el continuo trato con la tierra y los instrumentos del trabajo, que no se cambia vestido sino hasta el domingo, ni aun los fleteros del café maduro, que con el manejo de los sacos, convierten su camisa y pantalón, en la parte delantera, en una especie de negro embreado, hace pensar en los grandes problemas sociales, que, entre nosotros, no solo están sin resolver, sino que no se han planteado todavía.

En íntimo contacto con todas estas cosas pasé tres semanas, después me dirigí a la Costa, hacia el mar, en busca de otras impresiones de mayor intensidad aún. Dejamos el tren y tomamos las bestias y empezamos, antes del amanecer, nuestra marcha por bosques, ríos y montañas, hasta llegar a un anchuroso estero y después a una bellisima isla, que parece formada en toda su extensión, como de 25 Km., por los aluviones del río grande de San Miguel, que en ese lugar desemboca en el mar. El estero estaba a la hora que llegamos, completamente seco, pues la luna en ese momento había recorrido un cuarto de su carrera sobre el horizonte, y es regla fija que

cuando la luna sale el mar está a media vaciante y cuando está en el cenit el mar está a media llena. En aquella extensión húmeda y salada se abren infinitos agujeros, y de cada uno sale un surtidor de agua que absorbe la arena vecina y al poco rato la playa se cubre de innumerables cangrejitos o canegüitas, que extienden y flexionan constantemente su único brazo provisto de una tijera espejeante al sol. Estos animalitos son muy medrosos y no se alejan de su respectivo agujero. Las garzas blancas y morenas, con pausado andar recorren la playa del estero en busca de su alimento; pero por donde pasan no queda un cangrejito, pues todos se ocultan precipitadamente, para volver a salir al momento con muchas precauciones. Los patitos de agua y los patos domésticos de las cabañas de pescadores hacen el mismo recorrido; pero también con escaso éxito.

En el *puerto* de El Espino de la misma isla, que es la de *El Arco*, hay solamente dos cabañas de pescadores y un bote o ligera embarcación de un solo palo, vaciado con azuela. Como no era época de temporeros, no habían enramadas hechas y tuvimos que alojarnos bajo los árboles de limonllo que abundan en la isla. Estos árboles están dispuestos en grupos de seis, ocho o diez y dan suficiente abrigo a los viajeros que llegan como nosotros, dispuestos a pasar unos pocos días lejos de todo artificio y hasta en busca de incomodidades impresionantes. Tendimos nuestras hamacas, desensillamos las cabalgaduras, y como eran las doce, sacamos de las alforjas nuestras provisiones y almorzamos con enviable apetito.

A las 5 horas nos levantábamos y recorríamos la playa del lado del mar abierto y en dirección al Oriente, recogiendo a nuestro paso innumerables conchas de variados colores y dimensiones, y no deteníamos nuestra marcha hasta el momento de la salida del sol. Este es un espectáculo bellissimo e interesante, porque después que las nubecillas se empiezan a colorear de rosado, rojo y amarillo de oro, se ve enjer el ignio disco del rey de nuestro sistema planetario, detrás del volcán de Momotombo de la vecina República de Nicaragua. Hacia el lado izquierdo se divisa el Cosigüina, que penetra en el mar, y trae a la memoria la pavorosa catástrofe de 1836, que el vulgo llamó «La Polvasón» por la inmensa cantidad de cenizas que arrojó en un radio que alcanzó hasta México, Cuba y Colombia, por espacio de tres días, llenando de oscuridad todo el territorio abarcado por aquella terrible erupción, solamente comparable con la del Monte Pelado en La Martinica o las del Vesuvio en Nápoles. Hasta las fieras se sintieron sobrecogidas de terror y buscaban, amedrentadas, seguro asilo en las moradas de los hombres; así lo ha cantado bellamente una poetisa Guatemalteca.

Después que el sol derramaba sus oros sobre las inquietas ondas marinas y la arboleda de la costa, regresábamos a nuestro lugar, y respondíamos complacidos al primer llamamiento del día que nos hacía la materia, tomando el desayuno copiosamente, como sólo puede hacerse en esos lugares, y fumábamos un puro copaneco, tendidos en nuestras hamacas, contemplando los innumerables túneles de tierra que a lo largo de

los limoncillos han construido los comejenes; pues estos animalitos no gustan de caminar al descubierto; desde el tronco de los árboles hasta el extremo de las principales ramas transitan los laboriosos insectos con gran hacinamiento dentro de sus caminos cerrados, como pude comprobarlo rompiendo una parte de uno de los túneles. Gran número de hormigas recorrían también el árbol, y esta debe ser la causa que obliga a los comejenes a caminar ocultos; pues las hormigas son grandes y bravas y probablemente ataquen a sus vecinos.

A las 9 horas nos dábamos el primer baño, que en esa playa tendida y anchurosa es una delicia. Los que conocen la de Ostende y han estado en «El Arco» dicen que es mejor esta, y que aquella es tenida como una de las más bellas del mundo. Cuando el mar está de vaciante queda una playa como de sesenta metros de ancho, donde se pueden estudiar los rudimentos de la Geografía y de la Geometría; pues se forman innumerables islas, penínsulas, cabos, istmos, golfos, esteros, estrechos, canales y lagos, y los caracolitos dibujan preciosos arabescos, que aunque hechos al desgaire, parecen que fueran el producto de una inspiración artística de alto relieve. Cada ola que viene a morir en la playa trae un bellissimo trofeo de preciosas conchas y caracoles, que marcan con sus policromas ondulaciones el límite de cada ola, que cuando el mar va de vaciante forman verdaderas cenefas semiparalelas, como los festones de inmensos cortinajes que hubieran sido tendidos en la playa para secarse al sol.

Después del baño salíamos, caballeros en

nuestros jamelgos, ora a los caseríos de «El Arco», ora a las bocanas del estero, ora a las haciendas de tierra firme en busca de impresiones y de víveres.

Almorzábamos a las 13 horas y pasábamos el bochorno del medio día charlando con los pescadores de las dos únicas cabañas de «El Espino». El primer día entablamos conversación con el pescador de la derecha, llamado Raimundo, y él nos refirió que en octubre de 1920, época en que nadie visita la isla, encontró huellas de una persona calzada a lo largo de la playa, hacia las dos bocanas, y al poco andar llegó a donde estaba una lancha como de diez varas de longitud, casi despedazada. Sería la una de la mañana cuando el pescador recorría la playa en busca de huevos de tortuga, y que en vez de huevos encontró las huellas y el barco. Regresó a su cabaña y empezaba a referir a su mujer aquel suceso inusitado, cuando vió venir en dirección de su rancho un hombre vestido de casimir de color oscuro y completamente empapado en agua. El naufrago era japonés, pero hablaba un poco de español y así le fué posible contar al pescador: que en compañía de otros tres connacionales había salido de Panamá con rumbo a México, donde residía su padre, creyendo que podrían hacer la travesía en aquella pequeña embarcación, y así hubiera sucedido, sino sobreviene un copioso temporal que les destruyó la vela y tuvo tres días a la lancha en un horroroso vaiven entre las dos bocanas del estero; en cuanto los llevaba hacia el poniente los hacía virar en sentido opuesto. Los remos no servían de nada en aquella tempes-

tad. La lancha se llenaba de agua por momentos y ya parecía hundirse entre las simas profundas que dejaban entre sí las montañas de agua del mar azotado por el huracán. Los tres compañeros del naufrago, se desesperaron tanto que se arrojaron al agua, creyendo alcanzar a nado la costa que tenían a la vista, pero al poco rato habían desaparecido para siempre en el profundo seno del abismo marino. Dios se apiadó del solitario naufrago, pues una fuerte marejada lo arrojó a la playa con los restos de su destrozado barquichuelo.

Así terminó su corto y doloroso relato el japonés, entregando al pescador un pequeño retrato de su persona y después escribió en un pedazo de papel unas cuantas líneas chinescas y también se lo dió, diciendo que le dejaba aquello como un recuerdo. Yo ví estos objetos lo mismo que los restos de la lancha destrozada, que el marinero ocupa para amontonar las conchas de los curiles, de las cuales hace cal, que lleva a vender a los pueblos vecinos. El manuscrito está ya muy deteriorado y nadie podría hacer de él una traducción, pues los caracteres están ilegibles.

Mientras el marinero me contaba esta triste historia, tostaba en el fuego una iguana y cocía los huevos en una sartén; pues estas gentes prefieren comer cualquier cosa, antes que un pescado, del cual dicen que están aburridos. Ellos pescan con atarralla y a tiros de escopeta o dinamita, cuando les es posible conseguir alguna candelita de este poderoso explosivo.

El ganado de la hacienda *El Arco* pasa casi todo el día cerca de las casitas de «El Espino», y

a medio día hace el *rodeo*, para rumiar tranquilo, mientras seca el estero. Cuando ya se puede pasar desfilan todas las vacas y terneros encabezados por un hermoso toro criollo y van al otro lado al abrevadero. Algunas vacas que se resagan por quedarse ramoneando en los campos de «La Piragua», encuentran a su regreso el estero completamente lleno, pero sin vacilar lo atraviesan a nado, por que nunca duermen fuera de la isla. Para dormir se van a la playa, con el objeto de evitar las picaduras de los gegenes y zancudos y quizá por gozar del imponente espectáculo del oleaje, a cuyo rumor se duerme mejor.

Todos los días en mi excursión matinal los encontraba, ya de vuelta, en busca de las cabañas para estar en compañía del hombre.

El toro acaricia a las vacas y con amor paternal les lame todo el cuerpo, empezando por la cabeza, y éstas poseídas de agradable fruición se dejan mansamente acariciar por el soberbio macho, que de cuando en cuando inquiere con su olfato las huellas de Cupido, y cual si este travieso dioscecillo se hubiera escapado al cielo, el toro olfatea después hacia el espacio infinito.

Contemplando estas escenas campestres pasábamos todas las horas muertas y calurosas.

Al día siguiente establemos relaciones con los habitantes de la cabaña de la izquierda, y el jefe de la familia, oriundo de Chinameca, hombre fuerte, de gran musculatura, residente allí desde hacía cuatro años, es un pozo de sabiduría. Nadie como él conoce todo aquel intrincado laberinto de esteros, islas, penínsulas, ríos y montañas. Se sabe al dedillo la historia de todas aquellas ha-

ciendas costeras y de la de sus diferentes poseedores, con todas las peripecias, de las buenas y malas administraciones, las causas de sus pleitos y de sus ruinas; porque antes de meterse en la isla sirvió a muchos de los hacendados ribereños, en cuenta al malogrado e ilustre Gral. y Dr. Luis Alonso Barahona y a su hermano Gilberto, de los cuales personajes sabe la vida y milagros. Es un parlachín de primera fuerza. Nosotros excitábamos su verborrea, con innumerables preguntas, que él respondía con gran aplomo.

Por qué no cultivan Uds. el maíz en la isla, le dijimos y él nos respondió.

Porque aquí tenemos un enemigo invencible de las cementeras: el cangrejo. El ganado no hace daño; pero el cangrejo en una noche destruye una milpa por grande que sea. Son millones de esos animalitos los que atacan de una vez y antes de que uno se dé cuenta ya han terminado su devastación. Es una cosa curiosa oír el ruido que hacen los malditos con sus afiladas tijeras cortando tallos de maíz.

Jesús, que así se llama el habitante de la cabaña de la izquierda, encendió en un *tizón* su puro de *tabaquito*, marca «Dedo de Mono», y se tendió en su hamaca de pitas, sumamente angosta, al grado que se necesita ser equilibrista para sostenerse en ella y, entre *chupetazo* y *chupetazo* de su no muy suave «Chinameca» o «Chirilagua», pues de todos esos modos llaman por allá a los puros de partida fabricados en el Oriente del país, siguió contándonos muchas cosas atañeras a la vida de los pescadores. Nos dijo que la pesca de los chacalines se hace solamente en una la-

guna de agua salada que se encuentra en la península de «San Juan del Gozo», actualmente de don Juan Wright. La pesca se empieza en septiembre y se termina en enero. Hay una cañada por donde penetra el agua del mar a la laguna en las grandes mareas. Esta cañada se obstruye por una especie de tapesco y hojas y esto impide que los millones de chacalines se salgan de la trampa, y entonces los pescadores, a la luz de innumerables candiles de gas colocados en la ribera de la laguna y cerca de la embocadura de la cañada, tiran sus redes y a cada redada sacan hasta un medio, que es una medida menor que un almud y que les sirve para vender los chacalines. La manera de prepararlos es la siguiente: en unas ollas grandes echan los chacalines entre capas de sal común y sin agua y así los someten a un calor moderado o *fuego lento*, como dicen por allá; la sal se disuelve en el agua que los chacalines *sudan* con el calor, y en esa salmuera se infiltran los animalitos, poniéndose rojos y secos, por la evaporación lenta del agua.

Cuando los sacan de las ollas les ponen más sal y así quedan ya listos para la venta. Una medida de esas a que me he referido, vale diez reales, más o menos.

Los huevos de tortuga los buscan en la playa a la media noche con una varita que introducen en la arena en los lugares donde hay huellas de esos anfibios. En las mareas de marzo la abundancia es mayor, al grado que ni extrayendo miles de carretadas pudieran llevar los huevos puestos en una sola noche, la del plenilunio, por ejemplo. Los pescadores tienen trojes espe-

ciales para almacenarlos y los venden por *cuarentas*: un *cuarenta* consta de cuarenta *manos de a seis* huevos cada una. Quien sabe cual sea el origen de esa medida absurda, que equivale a veinte docenas.

Cuando no tienen otra cosa que hacer van, hasta las mujeres, a sacar curiles a los manglares, donde los encuentran en número inconcebible, y los venden a seis centavos la docena.

Después de ponerlos al corriente de todas estas minucias de la vida práctica que llevan en la isla, el parlachín de Jesús nos refirió que más allá de la *bocanita* hay tres grandes piedras, que forman la punta de granito con la cual termina la cordillera de Jucuarán en las aguas del mar Pacífico, como una punta de gigantesco arado que hubiera quedado allí empotrado para siempre. Se denominan «Las Peñitas», y aseguran que son encantadas: pues nadie puede allí hablar en voz alta, mucho menos gritar, porque el mar enfurecido se traga inmediatamente al que tuviera tal atrevimiento. Dice Jesús que hace algunos años, dispusieron cuatro mocetones de un pueblo vecino ir a *Peñitas*, y una vez que llegaron, el más joven de ellos, talvez ignorando el misterio aquel o no queriendo creer en él, gritó con todas sus fuerzas, pero antes de que se perdiera en las montañas vecinas el eco de su poderosa voz, una ola gigantesca arrastró a los cuatro a los abismos oceánicos, arrojando al tercero día los cuerpos deformes de tres y reservándose el del cuarto que provocó la cólera del mar. Muchos días pasó el padre de la víctima en la playa esperando que el Mounstro le devolviera a su hijo; pero al fin se

alejó triste y resignado con su inmensa desgracia. Ya hacía dos años del suceso cuando un viajero que se hospedó en su casa, sabedor de lo acaecido a su huésped, le dijo que en la jurisdicción de San Luis de la Reina existía un sabio y que fuera a consultarle; porque pudiera ser que su hijo viviera todavía encantado por la sirena. El anciano siguió el consejo y después de preparar el indispensable *bastimento*, emprendió su marcha al lugar donde residía el *sabio*; adonde llegó a los tres días, y se asegura que éste al solo ver al atribulado padre, le dijo: «ya se a lo que vienes; pero es demasiado tarde, tu hijo vive, pero ya no lo volverás a ver, porque la sirena lo tiene en sus palacios submarinos con las distinciones de un príncipe, allí goza eternamente de todos los deleites reservados a los dioses. Aquí entre nosotros no hay nada que se pueda comparar con las magnificencias y esplendores donde viven los príncipes encantados por la sirena del mar de «Peñitas. Si hubieras venido antes del año hubieras recobrado a tu hijo; pues la sirena acostumbra devolver a la vida terrenal a sus prisioneros al año exacto de haberlos robado y los lleva al mismo punto de donde los tomó; pero si no hay ningún miembro de la familia que lo reclame, la sirena se apodera de él para siempre. Esto es lo que ha pasado a tu hijo, pero no te aflijas porque él es muy dichoso y es inmortal como los dioses.» Esto dijo el sabio, y el anciano regresó a su hogar conforme con su suerte y resignado a no volver a ver a su querido hijo.

Jesús y todos los de su familia, lo mismo que Raimundo, y su mujer creen o aparentan creer

todas estas fantásticas historias, y al referirlas lo hacen con la mayor seriedad del mundo. Parece que la superstición se ha apoderado de sus espíritus incultos, por el medio en que viven y por herencia, pues todos sus antecesores han sido supersticiosos.

Por la noche íbamos a la playa, pero como la hermosa Diana estaba aún muy esquiva, mostrándonos apenas un pequeño jirón de su plateada veste, la luz que difundía sobre el mar y sus riberas era muy escasa y nos parecía cada tronco de árbol un moustruo, que nuestra imaginación agigantaba y ponía en movimiento hacia nosotros, infundiéndonos terror y obligándonos a regresar pronto a nuestro improvisado aduar.

Con todo, el paseo resultó ameno e interesante, y por eso he querido fijar su grato recuerdo en estas mal pergeñadas líneas que dedico a mis amables lectores que llevan en sus almas mares y cielos de entusiasmo y de belleza.

Por la Raza

La Cultura Física en El Salvador

Ayer en el Palacio Nacional, tuve una visión fugitiva, pero hermosa, del porvenir de nuestro pueblo: vi pasar ante mis ojos en desfile cinematográfico las generaciones venideras. Era un pueblo nuevo. Del pasado no guardaba más que sus gloriosas tradiciones históricas. ¡Qué hermosa visión! Me parecía estar en una ciudad moderna de los Estados Unidos. Tal era la esbeltez de las mujeres y la gallardía de los hombres. Los niños eran robustos y sonrosados, rientes y expresivos; parecían rebosar alegría por todos los poros. Y en relación con toda esta vida intensa y llena de salud, las ciudades limpias, bellas y grandes, surcadas o recorridas constantemente por innumerables vehículos de motor eléctrico, higiénicos y lujosos. Eso y todos los demás progresos de la civilización moderna me parecía contemplar aclimatado ya en la amada tierra. Tal fue de sugerente y nuevo el cuadro que tenía a la vista. Paisaje de primavera. Vidas en plena floración. Renuevos del árbol sagrado de la Patria, que en un mañana próximo darán opimos frutos.

Con qué inmenso regocijo, con qué fervor patriótico, contemplé a los niños de hoy, hombres de mañana, de todas las escuelas de esta Capital, verificando, con admirable destreza y aire marcial, los variados movimientos y complicadas evoluciones, que constituyen los importantes ejercicios de la cultura física, indispensable para la salud, y robustez de los pueblos.

Todos los pueblos de la Tierra, desde los prístinos tiempos de la Humanidad han cultivado las fuerzas físicas del hombre, sin descuidar su poderío intelectual. Sus monumentos arquitectónicos que dejaron a la posteridad revelan la historia de aquellos pueblos gigantes de los albores de la civilización: Las pirámides de Egipto, El Coloso de Rodas, el Templo de Diana en Efeso, el Partenón, el Coliseo romano, el Palenque y otros más, soberbias muestras son de las grandes energías acumuladas por nuestros remotos antepasados, ya en el Gimnasio de los antiguos griegos o en los juegos de pelotas de nuestros aborígenes. Dos tendencias han guiado a los hombres en el cultivo de sus fuerzas físicas: la una, que es la de los antiguos pueblos y de los actuales germanos, tiene y tuvo por principal objeto la conquista y la otra, que es la de los demás pueblos civilizados del mundo, tiene como único mirage el progreso. El culto a la fuerza, cuando se encamina a manejar sin desfallecimientos la piqueta demoledora de obstáculos que estorben para la hegemonía de una sola raza, es inícuo, es criminal; pero cuando tiene por objeto el mejoramiento de la especie, la belleza escultural de las formas y el vigor necesario para las

luchas pacíficas de todos los pueblos por la vida universal, con hermosas proyecciones de tiempo y espacio, proyecciones de infinito y de inmensidad, entonces y solo entonces, el culto a las fuerzas y a las formas es bendito entre todos los actos de la vida humana.

El estado de guerra no es el estado normal del hombre, ni es la guerra su principal atributo, como afirman los sabios germanos, por más que el hombre haya guerrreado desde el principio de su existencia milenaria: la guerra es la destrucción, antítesis del progreso, porque no debemos juzgar los acontecimientos con el criterio de Nerón incendiando a Roma para reconstruirla mejor, pues no todo lo nuevo supera a lo antiguo; destruir los monumentos artísticos de todos los tiempos es destruir la historia plástica de los pueblos. Víctor Hugo dice que en «Nuestra Señora de París» se registra la historia de muchas civilizaciones. La Venus de Milo representa la fuerza vital y la belleza del pueblo griego en su época de grandeza, así como las pinturas de Giotto retratan su decadencia en sus pálidas vírgenes.

Cultivemos nosotros, en hora buena, nuestros hombres del mañana y nuestras futuras mujeres, para que siendo bellos y fuertes se atraigan con afectos poderosos y amor irresistible, produciendo vástagos robustos y sanos, que formen una entidad étnica vigorosa y suficientemente preparada para las hermosas conquistas del progreso. No queremos nosotros criar leones para el Circo ni gladiadores que diviertan el spleen de los Césares modernos. El fin del Gobierno y la Comisión Cultural es sumamente elevado y de

gran trascendencia. Se necesitan valiosos factores para el trabajo, productor de riquezas y, por consiguiente, de comodidades, sano esparcimiento y, en fin, de la felicidad común; porque con el trabajo bien retribuido y honradamente verificado, en armonía con la potencialidad física e intelectual de cada trabajador, la felicidad de los pueblos es una conquista segura. Esta me parece que ha de ser la hermosa visión del socialismo moderno, que no es más que la inmensa proyección, a través de las edades, de los ideales acariaciados por hombres de los prístinos tiempos de la civilización. Ideales que durmieron una noche de siglos en la Edad Media, bajo la férrea presión de la armadura guerrera y el silencio conventual del ascetismo religioso.

Ojalá que el entusiasmo actual por la cultura física de nuestro pueblo joven, pero enfermo, no desmaye ni claudique para ver si se puede realizar el milagro de una completa regeneración, y así podamos en un futuro próximo celebrar con orgullo LA FIESTA DE LA RAZA, sin que constituya tan justa celebridad un verdadero sarcasmo, como pasa en la actualidad, que en medio del regocijo de unos pocos, del boato y del lujo innecesario y devorador de energías, se exhiben por las calles los andrajos, las miserias, las fatigas, las penas, las úlceras, las deformidades y las anemias del verdadero productor de las riquezas. El bajo pueblo se venga así del que explota su trabajo. Pues bien, toda esta miseria es preciso hacerla desaparecer; de lo contrario la cultura física que hoy se imparte en las escuelas de la República no tendrá objeto y será un fracaso más

en nuestros ensayos de progreso. Juzguemos con sereno y recto criterio lo que sucedería. Se pueden presentar varios casos: que el niño entregado a los ejercicios físicos sea sano, que padezca solamente de enfermedades de la nutrición o que sea una víctima de las infecciones hereditarias o adquiridas; en el primer caso el niño se vigoriza con asombrosa rapidez y puede que se haga refractario a muchas enfermedades por el activo funcionalismo de sus órganos; en el segundo, se modificará aunque lentamente su tara mórbida, llegando tal vez a desaparecer, si la vida posterior a su cultura física está en armonía con esta; pero en el tercer caso, cuando el niño tiene ya profundamente alterados sus órganos internos, vísceras, vasos y nervios, los ejercicios violentos, como los de apoyo, pueden ser fatales. La miopragia orgánica producida por la sífilis, el paludismo y la tuberculosis es a veces tan intensa, que, unida a las degeneraciones consiguientes, vuelve estos órganos sumamente friables, fáciles de dislacerarse al menor esfuerzo, produciendo hemorragias internas fatalmente mortales. Y no se crea que basta con alejar a estos desgraciados del contacto de los demás niños y seguir sin interrupción la cultura de los sanos; pues con esto no se habría cumplido más que con una parte de lo que se debe hacer, es decir, librar a los sanos del contagio por los enfermos; pero resta que hacer lo más humanitario, que es salvar a los enfermos, porque no todos los que padecen de estas terribles dolencias están irremisiblemente perdidos. Si se quiere, pues, preparar para el porvenir una raza vigorosa hay que empezar

por sanear el territorio de la República, por estar plenamente probado que es el paludismo el principal factor de nuestra decadencia orgánica, haciendo una verdadera campaña higiénica, pero práctica y efectiva contra la malaria. También hay que luchar de una manera enérgica y consciente contra el alcoholismo, que trasmite a la posteridad estigmas indelebles de degeneración física e intelectual. Contra las demás enfermedades infecciosas, se impone la protección del niño desde antes de la concepción, dictando leyes de profilaxia matrimonial, que protejan a la prole contra la herencia de sus presuntos progenitores; no hay que olvidarlo durante la gestación y mucho menos después del nacimiento. Ya la higiene recomienda lo que hay que hacer en estos casos.

Hermosa, por demás, y fecunda, es la obra que se está realizando actualmente en el país con la cultura física, y yo soy el primero en aplaudirla; pero será deficiente, si no se completa con las medidas profilácticas que dejo apuntadas.

Mi ardiente deseo, como salvadoreño que soy, es que estos asuntos de tanta importancia, puesto que encierran la vida del país, fueran tratados de preferencia por aquellos a quienes corresponde, con sinceridad y patriotismo, para que algún día lleguemos a constituir un verdadero país civilizado.

El Poeta y el Escarabajo

Cuentan de un psicasténico, que un día presa del mayor desfallecimiento moral que afligir pueda a un pobre cultor del alma; agobiado por infinita tristeza, que cual una flor mustia y deletérea perfumaba el campo de sus psíquicos vergeles, poblándolos de ensueños irrealizables; víctima de innúmeros padecimientos físicos, que asaetaban constantemente su espíritu supersensible de poeta visionario; en un momento de ofuscación suprema, de eclipse total de su voluntad, resolvió salvar de un salto, más grande que el de Saffo, la hetaíra griega, la distancia que hay del Zenit al Ocaso, y, al efecto, envió a buscar un tóxico fatalmente mortal, para apurarlo, según decía, con indecible fruición. Mientras el mensajero fué en busca del brebaje libertador de aquel espíritu atormentado, el pobre poeta dirigió sus pasos vacilantes, por la astenia profunda que tenía, hacia el humilde jardín de su casita solariega, y en vez de detenerse a contemplar los hermosos rosales y jazmineros, en plena eclosión de aromadas y esbeltas flores, gallarda manifestación de la vida erímera, vida de un día, pero al fin vida y vida plena de encantos y sonrisas, de amor y esperanzas, se detuvo ante un florecido arbus-

to de la familia de las leguminosas, que el vulgo llama *Chinchín*, que espontáneamente había crecido en aquel lugar, planta hija del acaso, una intrusa talvez, que se dejó allí más por indiferencia que por caridad. ¡Ah, cuántos seres de la humana especie viven así! Nuestro poeta empezó a fijar su atención, hasta entonces obsesionada por la idea del suicidio, en un bonito escarabajo de tonos bronceados, como aquel de que nos habla Edgard Allan Poe, que con vuelo inquieto iba de flor en flor libando el precioso néctar, y como el arbutista estaba totalmente cubierto de racimos de áureas flores y el bronceado insecto era insaciable, el tiempo pasó sin sentirse y en el cerebro calenturiento del desgraciado portalira, se esfumó poco a poco el espectro de la muerte y algo así como fulgor de aurora, anunciadora de un bello amanecer, fué invadiendo la misteriosa trama que en el cerebro humano forman las dentritas de las células nerviosas, cuyo contacto recíproco establece múltiples corrientes generadoras de ideas, sentimientos y voliciones; y en el alma del poeta se dibujó una sonrisa de esperanza. La observación de aquel coleóptero trabajador infatigable entre las más humildes flores del jardín, produjo en el obsecado bardo, un cambio de orientaciones espirituales, un verdadero renacimiento de sus facultades creadoras, que, comprendiendo más ampliamente el íntimo batallar de la vida, y buscando sus veneros de inspiración en algo más real y tangible que la suntuosa morada de los dioses, pudo armonizar su idealidad sublime con la redentora influencia del trabajo multiforme, siempre fecundo y siempre bené-

fico, que conduce a la humanidad en carro triunfal hacia el Wahalla de su perfeccionamiento.

Cuántas lágrimas, orfandades y amarguras; cuántas ilusiones marchitas y esperanzas truncadas se hubieran ahorrado con un minuto más de espera para llegar al límite en que se opera en la mente una importante revolución de ideas, que hacen cambiar la suerte de los hombres. A veces saber esperar es la clave de la felicidad; esperar que se disipen los densos nubarrones del alma y que alumbre un nuevo sol y fecundice las mágicas simientes de las virtudes. Cuando el espíritu está enfermo, en tensión constante, por un idealismo obsesionante, por una potencialidad incomprendida por falta de ambiente propicio para su realización, es fuerza ponerlo en reposo o distraerlo con la contemplación de la naturaleza agreste, desnuda y bella: los campos y los mares producen estas milagrosas curaciones; lo mismo que el cambio de ambiente moral y material, por lo que son tan provechosos los viajes para los neurasténicos. Renovarse es vivir dice Enríque Rodó y este es un gran evangelio.

Elogio Fúnebre

Ante el cadáver del Dr. Miguel Peralta L.

SEÑORES:

El día amaneció brumoso, parece que la Naturaleza está de duelo; flota en el ambiente un hábito de tristeza; todo está suspenso, hasta la brisa; hay en las almas fuga de energías, latencia de vidas, vacilaciones, desfallecimientos y mutismo; el momento es solemne. Ha muerto un luchador, un héroe pacífico de las gigantes cruzadas de la ciencia.

Con las honras tributadas a este joven académico, antes reservadas a la ancianidad, vamos a iniciar una obra de justicia. La civilización lo exige, el futuro lo reclama.

En este momento nos preparamos a emprender una santa peregrinación, que hacemos de tiempo en tiempo, cuando encaminamos en su viaje eterno, a través de los mundos, a los escogidos, a los predilectos, a los inmortales. Sí, señores, estamos a las puertas de la Eternidad, inclinad vuestras cabezas reverentes y recoged vuestro espíritu en meditación profunda. Oremos.....

Para el sér anónimo, el hueco negro de una tumba es la negación infinita, es el abismo in-

sondable de la nada; porque en su peregrinación por este mundo fué un sér pasivo, que se dejó arrastrar por el carro del destino, sin oponer ninguna resistencia; pero, para el hombre ilustrado, sembrador de ideas, para el hombre de corazón, sembrador de bienes, de cuya alma quedan siempre destellos, que son sus ideas, reflejándose en las otras almas, como la luz del sol atomizada en el límpido cristal de las aguas; para estos hombres de luz y bendición, la tumba es el frontispicio de la inmortalidad. El hombre superior cabalga sobre el Destino y lo lleva de la brida a la manera que Alejandro Magno domó a su impetuoso corcel, no por la fuerza bruta, sino por la sublime fuerza de la idea, redentora de los pueblos. Cuando el hombre siente en su cerebro batir las alas del talento y ve con los ojos del alma la inefable claridad de la inteligencia, se siente redimido y redentor a un mismo tiempo, y, entonces, comprendiendo su misión, emplea toda su potencialidad mental en la suprema obra del perfeccionamiento. La Humanidad puede contar con un mentor y Dios con un sacerdote.

No siempre creo con el poeta, que el mérito sea el naufrago del alma, que vivo se hunda y muerto flote. No, el verdadero mérito se impone, sino todas, la mayor parte de las veces, en vida del que lo posee; tiene el poder de traspasar las conciencias más oscuras, como los rayos catódicos a los cuerpos opacos. El cerebro luminoso irradia fuera del cráneo una aureola perceptible, sino por los ojos del cuerpo, al menos por los ojos del alma. El vidente no se confunde jamás

con el idiota, por más que sean los dos extremos de una misma trayectoria, siendo que para algunos sabios estos extremos se tocan.

El espíritu que animaba al doctor Miguel Peralta Lagos fué el espíritu de un vidente, y no se crea que me ciega la pasión del cariño y la admiración que siempre sentí por él, desde que juntos en las mismas bancas del Instituto Nacional, comulgábamos diariamente con la hostia eucarística de la ciencia, cual fervientes devotos del saber; no, lo que mis labios pronuncian aquí ante esos despojos sagrados, lo han reconocido ya todos sus compatriotas y más que todos, sus hermanos en la ciencia noble y difícil del inmortal Hipócrates. Como médico era abnegado y magnánimo y era tal vez un clarividente, tal era su poder de penetración y la fuerza de su análisis para despejar la incógnita, a veces rebelde, de las dolencias humanas, que con tanto acierto y firmeza sabía combatir, habiendo sido su corta carrera profesional una continua sucesión de triunfos, de los que quien sabe si sacó más provecho que la satisfacción de sus nobles sentimientos. Como profesor, era erudito y poseía en alto grado el raro don de transmitir a las mentes de sus discípulos las concepciones de su cerebro fecundo y los sabios conocimientos acumulados en larga y paciente labor en su poderoso intelecto. Su Cátedra irradiaba luz, luz fecunda, luz creadora. Con su verbo fácil y elocuente hacía prodigios de Alquimia; tomaba del fárrago de las ciencias la materia prima, que él sabía seleccionar, y, en cristalizaciones caleidoscópicas, las presentaba bajo las formas de verdad tangi-

ble. Como escritor, era un galano demoleedor de prejuicios y errores, mas no por el simple prurito de destruir, pues después que destruía, reedificaba, y su obra hecha a golpes de cincel conscientes y firmes, como los de aquel Fidias de la antigua Grecia, era un reflejo de su espíritu dilecto, que participaba del sabio y del orfebre. Como ciudadano, era un modesto, pero valioso caballero de las modernas cruzadas de la democracia. En la vida íntima era un gran corazón.

Tal era, señores, pálidamente bosquejada, con toda la palidez de mi alma siempre atormentada, la figura moral del doctor Miguel Peralta Lagos. Y así, nimbado de luz y casi feliz, recorría el éxodo penoso de la vida, sin presentir siquiera que allá en el negro abismo de las sombras el espectro de la muerte asechaba, artero y felónico, su preciosa existencia: atalaya eterna de la humanidad, buscaba el momento propicio, el desfallecimiento moral, la claudicación momentánea de la voluntad, y, cuando ese momento fatal llegó, irguió su fatídica osamenta y cabalgando en el alado corcel de la noche, guadaña en ristre, como el caballero andante de la destrucción, corrió veloz a cortar el hilo de esa vida en plena floración y a derramar en ese hogar, antes dichoso, el ánfora de todos los dolores, de todos los infortunios, de todas las desolaciones, de todas las orfandades, de todas las tristezas y desconsuelos.

Yo, que he saboreado gota a gota e instante por instante el brebaje amargo de todos los sufrimientos humanos, contemplo con infinita tristeza y con exquisita penetración el cuadro paté-

tico e intensamente doloroso y que al pie de esa encina rota, forman ahora la desolada esposa y los huérfanos, amantes y tiernos hijos; y allá en el fondo del sombrío cuadro, los otros miembros de su distinguida familia, que orgullosos contemplaban hace poco, como con sólido raigambre, en ese cerebro antes fecundo, crecía para el bien de la humanidad, el árbol de la ciencia. ¡Qué cruel es a veces la Naturaleza al exigir su eterno tributo!

Señores: este momento es solemne. Hay algo así como una apoteosis. Se presiente una glorificación. ¡El espíritu preclaro del Dr. Miguel Peralta Lagos, enamorado siempre del ideal, al dejar su cárcel terrena, tendió su vuelo hacia la región azur del Infinito. La obra fué para él de liberación. Su memoria será imperecedera. La estela que dejó a su paso por el mundo tiene el sello de la inmortalidad.

Señores: Derramemos una lágrima sincera sobre la tumba del que fué nuestro leal amigo y afectuoso hermano.

Caro amigo: recibe con amor estos pobres pensamientos y siemprevivas que en nombre de la Escuela de Medicina, que altamente me ha honrado en ello, y en el mío, vengo a deshojar sobre tu lecho mortuario, al cumplir, con el alma dolorida, el penoso deber de darte el postrero adiós. Duerme tranquilo tu último sueño.

San Salvador, 31 de marzo de 1916.

Faros extinguidos

Allá en el Oriente de la República, acaba de extinguirse para siempre el foco intenso de diamantina luz, que como un hermoso faro en remotas playas, por luengos años derramó sus claridades sobre las conciencias de multitudes ignaras; luz emanada a torrentes desde el cerebro poderoso de Francisco Campos, maestro insigne, verdadero sembrador de ideas, que con amor y constancia inquebrantables, pasaba los días sin sentirlo desmenuzando ciencias y cultivando verdades en los campos más o menos fértiles, a veces estériles (que él sabía abonar), de las inteligencias juveniles, que se entregaban con deleite a aquella divina fecundación, que el maestro verificaba con la santidad de un verdadero sacerdote que oficiara en el altar de la Sabiduría. Pocos hombres hemos conocido que honraran tanto al Magisterio, muchas veces profanado entre nosotros, como Francisco Campos. Poseía a fondo las matemáticas, la historia y otras ciencias, y conocía como el que más, el secreto de diafanizar los más oscuros y difíciles problemas científicos: las arduas ciencias de los números, al pasar por el tamiz de su cerebro luminoso, adquirirían cierta ductilidad que facilitaba su adaptación

a las inteligencias más estrechas, deficientes y oscuras.

Con la inesperada muerte de tan esclarecido maestro queda borrada para siempre la más hermosa constelación que por más de medio siglo difundió su mágico fulgor en el cielo, enlutecido ahora, de la enseñanza nacional. Don Francisco Campos fue a morir en su casa solariega, en la ciudad de Jucuapa. Allí donde tuvo su Oriente tuvo también su Ocaso; después de agigantarse en el trayecto de su órbita incompleta, fue atraído con fuerza irresistible hacia el lugar de su origen, como obedeciendo a una fatalidad suprema. Quizá la misma que atrajo al divino apolonida, al mágico Rubén, a sus patrios lares, en el momento preciso de hundirse en el Ocaso luminoso de su existencia. Lloremos al maestro que se fue para no más volver, lloremosle por la orfandad de las inteligencias que hoy están en la primavera de la vida. Ya no tendrán ese sabio mentor.

Y ya que de insignes maestros me ocupo, he de recordar a los buenos hijos de El Salvador, que en ese mismo Oriente del país, en la pequeña, pero floreciente ciudad de Santiago de María, se apagó hace más de un año otro faro de las inteligencias, que alumbró también por más de media centuria, a multitud de generaciones, que, siguiendo aquel reguero de luces que el maestro iba dejando en su escabroso éxodo, han llegado algunos, a la anhelada meta, siendo honra y prez de la amada Patria. Aquel maestro insigne a que me refiero cruzó esta vida terrenal con el nombre de Pablo J. Aguirre, que rectificando su vocación, según el sabio decir de Rodó, hizo a un

lado su profesión de agrimensor, para dedicarse de lleno a la enseñanza secundaria, que impartió con fe y con cariño en el seno de los diferentes colegios o liceos que fundó y regentó con éxito admirable en la vieja sultana de Oriente y en Santiago de María; pues la muerte sorprendió a don Pablo, lo mismo que a don Francisco, bregando por destruir las tinieblas de la ignorancia. Don Pablo J. Aguirre fue un digno émulo de aquel otro venerable mentor de la juventud, ya desaparecido también, que se llamó Antonio Rosales, y que en la actualidad se trata de inmortalizar, haciendo revivir su imagen transustanciada en el mármol o en el bronce.

Los manes de don Pablo J. Aguirre y de don Francisco Campos, como los de tantos otros maestros gloriosos, desaparecidos del mundo de los vivos, esperan tranquilos esa merecida transustanciación que perpetúe y fije en la conciencia nacional el imperecedero recuerdo de su divino apostolado. Se debe honrar a los maestros más que a los soldados, como lo hacen todas las naciones cultas. Francia, la primera.

¡Gloria eterna a los difusores del pensamiento, a los sembradores de ideas, a los maestros!

A la memoria de Eustorgio Calderón

El Diario del Salvador nos trajo ayer la infausta noticia de la muerte del ilustre doctor Eustorgio Calderón. Mi alma enamorada de todo lo grande, de todo lo hermoso, de todo lo sublime, llegó a prendarse del espíritu máximo, cultísimo y ecuánime de Calderón, que supo vivir muy alejado del círculo en que giran las miserias humanas. Tenía horror a ese inmundo charco social donde viven chapoteando todas las pasiones en híbrido connubio; era como un roble de nuestras montañas vírgenes, que siempre enhiesto desafía las tormentas y los huracanes, y después de pasar el torbellino, queda siempre altivo con mirada aquilina contemplando el azur infinito de los cielos, sin dejar de ver con mirada compasiva el fango de la tierra. Era Eustorgio Calderón un gran cerebro pletóricamente nutrido de sabiduría: medicina, historia, lenguas (más de siete poseía) y literatura de buena ley; y era, además, un gran filósofo; tuvo también un gran corazón, abierto siempre a las miserias y al cariño fraternal que dispensaba a sus amigos. Yo tuve la honra de ser de sus más íntimos; desde que nos conocimos fraternizaron nuestras almas, de manera tan honda y tan sincera, que durante

mi permanencia en San Francisco, fué para mí más que hermano; fué un padre amantísimo, que no dejó un solo día, en mes y medio, de prodigarme sus finísimas atenciones, hasta dejarme a bordo del CITY OF PARA, que debía traerme al terruño, y cuando nos despedimos, el 15 de septiembre de 1917, hace hoy justamente tres años, al ofrecerle yo que sólo por verle y estrecharle entre mis brazos volvería a San Francisco, me dijo con profundo desconsuelo: «No, amigo, Ud. no me volverá a ver», pensando talvez en mi salud precaria. ¿Quién le hubiera dicho que él iba emprender primero el eterno viaje? ¡Ah, qué dolor siente mi alma con tan tristes recuerdos!

Coincidencia rara: anteayer, haciendo, por distracción, pruebas de cartomancia una de mis hijas, me anunció un duelo por la muerte de un amigo querido, y yo, sin acordarme de Calderón, a quien creía todavía viajando, pues no ha mucho recibí su última postal de la China, contesté con amargura, nacida de mis múltiples desengaños: «yo no tengo amigos,» haciendo abstracción involuntaria del hombre a quien creía que debía llamarle así: AMIGO. Su muerte me ha hecho derramar lágrimas de sincero dolor, porque sé que hombres como ese no los produce la Naturaleza tan a menudo, sobre todo en estos tiempos de burdo mercantilismo, donde las virtudes alicaídas y llenas de rubor, huyeron lejos, muy lejos de este miserable y bello rincón del mundo. Cinco días hará que envié mi última carta a Calderón, portadora del pedazo más angustiado y doliente de mi alma. Ahora le dirijo estas expresiones de mi profundo pesar, sinceramente senti-

das, a donde quiera que esté su dilecto espíritu, y espero que las recibirá.

Calderón, amigo querido, tu recuerdo vivirá eternamente en mi memoria, y si, como lo presiento, emprendo muy luego el viaje que acaba de hacer tu alma inmaculada, nos hemos de reunir en algún punto del Infinito.

En otro lugar y en otro tiempo me ocuparé más detenidamente en el estudio de la interesante personalidad centroamericana que ha muerto lejos de su suelo natal, para el que tuvo un amor inmenso y sufría mucho con sus infortunios, sus desaciertos y sus torpezas.

La obra del verdadero maestro

Tratándose de pueblos jóvenes, cuya vida embrionaria, incipiente, apenas da manifestaciones de autonomía y señales de conciencia, la obra del maestro es de importancia capital, como sembrador de ideas y cincelador de caracteres.

El pueblo consciente, factor de las democracias, no existe entre nosotros y es preciso formarlo. Esta obra magna solo el maestro puede realizarla. El hombre adulto y las sociedades envejecidas no son dúctiles ni fáciles de educar, son terrenos áridos donde no pueden germinar las nuevas ideas; es en el niño donde el maestro debe sembrar el ideal de libertad porque tanto vivimos suspirando. El maestro, como un artífice supremo, tiene el deber de modelar el alma del niño, para hacer de ese bloque informe que se le entrega el modelo más acabado del verdadero ciudadano, conocedor de sus derechos y cumplidor de sus deberes; y solo cuando tengamos hombres así podremos aspirar a tener un Gobierno Democrático. Yo creo que si todos los maestros se penetraran bien de esta misión y en su alma ardiera el fuego del patriotismo, la Democracia de nuestros ensueños surgiría a más tardar en el trascurso de cinco lustros. Yo soy de

los que creen que la futura felicidad de los pueblos, basada en sus prácticas republicanas y el fracaso de las tiranías, radica en la Escuela, y es el Maestro el taumaturgo que la hará florecer. Nadie como él posee la clave del futuro bienestar. Le basta querer para llevar a los pueblos hacia la meta de su engrandecimiento. La labor es ardua y dilatada, pero la felicidad humana bien vale un sacrificio.

¡Nobles maestros: sembrad en el alma de los niños las ideas libertarias, enseñadles a decir la verdad y a odiar la mentira como al más vil y degradante de los vicios, causa quizás de todas nuestras desgracias, y habreis hecho obra de santos! ¡Los lauros de la inmortalidad serían vuestra recompensa!

¡Llor al maestro que sabe cumplir con su nobilísima misión de apóstol y de mártir!

La casita del mandador

Cansado de esta vida enervante, vida que no es vida, puesto que se vive lentamente muriendo, pegado al escritorio, con los ojos clavados en las páginas de un libro, u oyendo los interminables e inconexos relatos de los enfermos, ansié por un día de campo, un baño de luz y mucho aire fresco, puro y aromatizado por las florecillas silvestres, que por silvestres son más sanas que las de los jardines urbanos, pues todo lo de las ciudades se contamina de los terribles males que azotan a la humanidad.

Con delicia inefable, en una diamantina mañana de este mes de noviembre, caballero en mi mulo retinto y acompañado de mi hija María Antonieta y mi cuñado Alberto nos encaminamos a la finca de café de este último, situada en las faldas del volcán de Jucuapa.

A ambos lados de la polvorienta carretera las campánulas de variadísimos colores, los quesillos y cinconegritos ornamentan caprichosamente los matorrales y las cercas, dando realce y encanto a la naturaleza. La vejetación es lujuriente en toda la extensión de ese gigantesco cono, cultivado casi totalmente de café, constitu-

yendo, por consiguiente, un gran venero de la riqueza nacional.

Los cafetales empiezan ahora a colorear sus preciosos frutos con los tintes del coral.

Llegamos por fin a la casa de la finca, situada en un lugar dominante. El panorama que allí se presenta a la vista es lindísimo: frente, y a poca distancia, en línea recta, se yerguen imponentes los volcanes de San Miguel y Chinameca. En las faldas de este último hay una policromía botánica, que empieza en el amarillo de paja de los arrozales maduros y termina en el morado-lila de los cañaverales florecidos, pasando por una gran escala de tonalidades verdes de los *tunalmiles* y *huateras*, que forman una bellísima gama de colores. Más allá la cordillera costeña, que termina en el cerro de Jucuarán. A sus pies serpea el Río Grande de San Miguel.

En las lejanías, limitando el horizonte, se descubre la faja azul del mar Pacífico, separada apenas por una línea imperceptible del azul del cielo limpio y puro en estos días de verano, pródigos de luz e incitantes de placeres.

De la casa grande, nueva y hermosa, residencia del propietario de la finca, pasamos a la vieja casita del mandador, que dista algunas cuerdas de la primera y que es una verdadera ruina del Arca de Noé; no porque contenga un par de animales de cada especie, como aquella de la leyenda bíblica, sino por la variedad de objetos diseminados en el más encantador de los desórdenes.

Antes de entrar veamos lo que hay en el patio, que es como una prolongación de la casa, y

tan necesario que no hay casa sin su patio, a excepción de algunas casas de la capital que carecen absolutamente de él o es tan diminuto que equivale a no tenerlo.

Frente a la puerta principal de la interesante habitación de que tratamos, reposa una carreta que soporta a perpetuidad el peso de un tonel de hierro, que sirve para el acarreo del agua del consumo diario. Bajo la sombra de un corpulento *conacaste* rumian, echados y soñolientos, dos mansos bueyes, «Asombro» y «Guacamayo». Más allá, bajo un *caulote*, una vaca *overa* lame con primor la cabecita acorne de una hermosa ternera *sarda*. Dicen que esta vaca está tan bien educada que anda todo el día suelta con su ternera y no le da de mamar, sino hasta después que el amo la ordeña todos los días por la mañana. ¡Qué bello ejemplo de esclavitud! En la especie humana he podido observar también estos prodigios.

En medio del patio están dos palomas moradas, de cuello tornasolado y sedeñas plumas: la paloma está echada con una ala extendida al sol, y el palomo da vueltas a su derredor arrullándola con donosura incomparable y cantándole al oído el divino *currucucú*. Por fin la paloma tímida y amorosa cede al dulce reclamo, se levanta, sacude sus plumas y se entrega al arrogante compañero de su vida en un idilio pasional, bajo aquel cielo purísimo y entre los verdes muros del frondoso cafetal.

Un gallo de color amarillo de oro, de temblantes plumas en el cuello y lengua y arqueada

cola, escarba el suelo con potentes garras, entierra el pico y extrae la semilla, llamando meloso y con insistencia a su alado y numeroso serrallo de policromas gallinitas, que acuden presurosas en compañía de sus polluelos implumes, en alegre y confuso cacareo.

Cuatro cerdos *a media ceba*, de un mismo color, gris franjeado de negro, devoran su ración de maíz e invaden una canoa de madera llena de *machigua*, que es una especie de horchata hecha con maíz cocido, medio triturado. Es de verlos como se pelean, gruñendo y hociqueándose por la sustanciosa bebida.

Dos perros de mediana talla y más flacos que el Rosinante de don Quijote o aquellos perros vagabundos que han perdido ha tiempo al amo, nos muestran su blanca dentadura, gruñen y ladrarán, y después, metiendo el rabo entre las patas traseras, se arrinconan en un ángulo de la cocina, confirmando el antiguo refrán que dice: *Perrro que ladra no muerde*.

Por fin entramos en la casita del mandador, y una vez dentro de ella, ¡qué de cosas miraron nuestros curiosos ojos! Ten paciencia, querido lector, que voy a empezar a enumerarlos, dando a cada objeto el nombre que le dan sus propietarios; pues prefiero pecar de vulgar y no destruir la naturalidad en la descripción del hogar pobre, raras veces diseñado por plumas maestras. Nuestros grandes escritores nos describen con perfección las bellezas de una columna, un capitel, un ábside, una ogiva, un frontón, un peristilo o una cariátide; pero no saben en que tinta mojar la

pluma para pintar con exactitud las curvas de un horcón, la imponente fealdad de una viga sin labrar, las cojeras de una puerta desvencijada y fuera de plomo y las mil rendijas de una pared de bahareque en ruinas y sin repello. Daremos principio por los objetos, que llamaremos aéreos, por estar pendientes de las vigas y paredes. Hacia un lado de la puerta principal cuelga un *garabato* con dos ganchos, portador cada uno de ellos de un barzón y una coyunda, respectivamente; próximo al garabato se desprende un *matate* con unas cuantas mazorcas de maíz en tusa, destinado y seleccionado para la siembra; más allá una *cebadera*, que es un matate pequeño y de mallas estrechas, llamado también morral, a través de cuyas mallas se descubren varios objetos menudos envueltos en sendos pañuelos de escasa limpieza y en tusas; después sigue una serie de jícaras aprisionadas en redes de pitas, que guardan arcaicos amuletos, reliquias ancestrales, trasmitidos con fe y con veneración de padres a hijos; formando la hipotenusa de un triángulo rectángulo, cuyos dos catetos están representados por dos varas mondadas de la vieja pared de vahareque, se extiende un lazo de mezcal, donde coloca sus vestidos de trabajo el buen Gabriel, que así se llama el mandador; hacia el centro de la única pieza de la casa, y pendiente por sus cuatro ángulos salientes, se balancea un tapexco de varas de café, donde la mujercita de Gabriel guarda la *laja* de dulce, el *rimero* de tortillas, el calabacito de sal, la pelota de jabón, los puros *tabaquitos* o de *Chirilagua* y el canastillo de costura. En otro lugar hay un palo rollizo

como de tres varas de longitud, pendiente de sus extremos, a manera de un trapecio, y cargado de costales.

En las paredes hay un sinnúmero de estacas, de las cuales penden, atadas con pitas, calabazos, botellas y botecitos conteniendo remedios baratos, supercherías de los boticarios, como la eélebre *esencia coronada*, *el nitro dulce*, *el éter*, *el aceite de camibar*, *el de azucena*, *el rosado*, *el de goma* y *el de mosca* &; con los cuales remedios pretenden curar todas las enfermedades, ayudados poderosamente por la superstición, que ellos llaman la fe, y, que a través de las edades y a despecho de la razón, marcha con los ojos vendados entre las multitudes ignaras derramando consuelos y resignaciones. La fe que Jesús exigía para verificar sus milagros en su éxodo portentoso. La fe que buscan en vano los escépticos y racionalistas en los momentos supremos de angustia y desolación, en las grandes tribulaciones de los tristes naufragios de la vida.

En el suelo hay un hacinamiento de objetos, que dificulta el paso libre de las personas: cántaros de barro cocido y de hierro, barriles de madera, canastos, azadones, palas, barras y *macanas*. Un yugo, un serrucho y un barreno descansan recostados a la pared, en un ángulo de la casa.

El ajuar o menaje de esta pobre gente se compone de una hamaca de pitas sumamente angosta, uua cama de cordeles de cuero crudo, un tapexco, una puerta vieja, que, colocada sobre dos soportes, hace las veces de cama, un cofrecito sin cerraduras y de una ancianidad manifiesta, dos

banquitos rústicos y una mesita de cedro sobre la que están dos pequeños camarines con las estampas de San Antonio (el santo más popular entre nosotros), *La Mano Milagrosa* y dos cruces de madera toscamente labradas, adornadas con flores de papel de China. Dos cabos de velas de cera de Castilla, uno en cada camarín, son guardados como reliquias, para ser encendidos cada vez que se pide un milagro a las imágenes bendecidas de su devoción.

A la cocina no penetramos, querido lector, porque allí están los canes, y además el humo la ha ennegrecido de tal manera, que, salvo el hogar y la cocinera, apenas se distinguen las sartenes, los comales y las ollas, a través de los densos cortinajes que forman las telas de araña cubiertas de hollín y que han invadido todos los rincones, dando a aquel cuartiro un aspecto de capilla ardiente, y probando el poco aseo de las gentes de nuestros campos.

Después de un almuerzo succulento, sasonado con un sabroso «vino del Rin», dormimos una pequeña siesta, y a las tres de la tarde regresamos, fortalecidos por el aire puro de los campos y gratamente impresionados por el infinito gozo que produce un día de libertad.

¡Qué bella, pero cuán huraña es la libertad!

Psicología infantil

Mis costumbres sencillas y mi acendrado amor al hogar; me han permitido consagrar a los libros y a mi familia todo el tiempo que me deja libre el ejercicio de la profesión, y este contacto íntimo y constante con mis hijos me ha dado, en recompensa, un gran tesoro, el inagotable tesoro que guardan en sus almas diáfanas y puras como una de nuestras alboradas estivales.

¡Qué encantadora sencillez la de los niños!

¡Cuánta sabiduría en germen guarda esa cándida ignorancia!

Llevo un libro íntimo que he denominado «Apuntes de Familia» y en él escribo todos los hechos que tienen alguna importancia en nuestra vida doméstica.

Cuando la nieve de los años se acumule en mi cabeza; cuando la desilusión y el desengaño hayan destruido mis energías y apagado el fuego del entusiasmo, apoyado en mi báculo de peregrino del ideal, me sentaré a descansar a la vera del camino, y entonces...aun tengo algo que hacer. Los débiles golpes que dé sobre mi descarnado pecho el infatigable motor de mi organismo, serán el último llamamiento que se haga a mi inteligencia senil, y en ese momento todos

estos recuerdos aquí apuntados desfilarán ante mí con la magia de los arreboles y los crepúsculos, como la *Primavera* ante el *Otoño*, como el *Oriente* ante el *Ocaso*. Y ese hábito de juventud revosante de vida, con las mil fanfarrias de sus pompas y sus galas, hará el milagro de iluminar mi inteligencia para que pueda con mano trémula, pero inmaculada, escribir mi último libro: «El libro del Corazón».

¡Ah si pudiera realizar todos los sueños de mi alma!

Os haré el obsequio solamente de dos pequeñas escenas, de las muchas apuntadas en mi libro, que ponen de manifiesto la ingenuidad del alma de los niños. Solamente dos, porque no quiero desflorar el ramillete en cuyo aroma creo que se oculta el misterioso amuleto que hará la resurrección de mi intelecto.

Era una tarde del mes de junio de 1910; vivíamos en la ciudad de Jucuapa y solamente teníamos nuestras tres primeras hijas, María Antonieta, Licia Isabel, y Blanca Margarita. Manuelito, que es el único varón, estaba de pecho y María Ana Teresa aún no había venido a este mundo de miserias. Mi esposa sacó el cofrecito de sus modestas alhajas y se sentó en una silla, disponiéndose a limpiarlas: eran tres pares de aretes, tres prendedores y seis anillos con brillantes, rubíes, zafiros y perlas. Las niñas se agruparon en torno de ella llenas de curiosidad femenina e infantil, y cada una quería coger lo que más le agradaba. La mujer desde que nace ama el lujo, busca el adorno, tiende a agradar; quizá por intuición de su futuro destino. Asediaron a

la mamá con mil interrogaciones y emprendieron entre ellas una acalorada discusión, disputándose la posesión de las alhajas. La algarabía que hacían me hizo cerrar el libro en que leía y acercarme al corrillo. Mi esposa, para poner paz, les designó a cada una de ellas las joyas que les dejaría cuando ella muriera y las que poseerían desde luego. Entonces Licia, que tenía cinco años de edad le dijo «¿Y cuando te mueres, pues, mamá? «Muérete ya para que me des lo que me toca». A estas palabras inocentes, pero lacerantes, María Antonieta, que ya tenía 8 años, rompió a llorar, y, entre sollozo y sollozo, dijo que si para tener aquellas prendas era preciso que muriera su mamá, preferiría no tenerlas, con tal de que esta no le faltara. Blanquita, que apenas contaba tres años, exigía su herencia, pero sin que muriera su mamá.

Cualquiera que lea estas líneas juzgará mal a mi pobre Licia, creyéndola ambiciosa y perversa. Es un error. Esta chiquitina tiene un corazón de oro, todo bondad, todo caridad. Ella es la primera en pedirnos dinero, vestidos o alimentos para socorrer las necesidades del indigente, a quien consuela infundiéndole confianza y hablándole con cariño. El harapo y la úlcera no le repugnan; le producen compasión. Las otras son más escrupulosas y un poco egoístas.

Un buen psicólogo y profundo analista, puede sacar de estos hechos, al parecer insignificantes, y que yo me limito a exponer, importantes deducciones filosóficas.

Por la noche del mismo día, Blanquita se despertó llorando, y por más que la interrogué

nunca me dijo el motivo por el cual ponía en alarma a toda la casa con sus gritos. Me levanté y fuí a su lecho por ver si algún animal le había hecho daño, o si tenía necesidad de algo; pero a pesar de mis pesquisas no encontré nada ni obtuve ninguna respuesta. La arropé y me volví a acostar un poco mal humorado. Como ella continuara gritando, sin motivo alguno, la reprendí con bastante severidad. Entonces ella sollozante me dijo: «Vení, papaíto, te quiero dar un beso». Semejante ocurrencia dió al traste con mi cólera y me inundó de una felicidad indecible. Profundamente emocionado me acerqué a acariciarla y a recibir el dulce beso de mi hija.

Es indecible el gozo que produce la caricia infantil. Es bienhechora su divina influencia. Los niños nos moralizan sin saberlo, depositando en nuestros corazones la semilla del bien. Suavizan nuestro carácter asperizado por las zarzas del camino de la vida y endulzan nuestras horas de amargura, haciéndonos amar la vida y presentándonos en las lejanías del horizonte la imagen sonriente de la Esperanza.

¡Cuánto puede el beso de un hijo!

Entre casados

Corría el año de 1885, la guerra nacional, como llamaron a aquella guerra entre El Salvador y Guatemala, estaba en lo mejor; en esta capital y en todos los pueblos de la República había otra guerra, guerra de lenguas, como decía la cocinera de mi casa, que todos los días traía del mercado alguna noticia nueva: que el General Barrios montaba en una llegua con alas y cascos de hierro: que la Virgen se había aparecido en el campo de batalla bajo la forma de una vivandera y otras por el estilo. Los boletines del ejército corrían parejas, en lo verídicos, con las noticias de la cocinera. Nadie sabía a qué atenerse, como sucede en todas las guerras, que la verdad aparece muchos años después, surgiendo poco a poco de entre el fardo de mentiras que el convencionalismo le arroja encima.

Allá por la salida de «El Coro» vivía doña Engracia, una viudita casada en segundas nupcias con un capitán retirado, que por lo *retirado* le llamó la atención; pues aquí en esta tierra de bendición esos militares retirados del servicio activo y del Presupuesto son rarísimos, que para eso tenemos el *cuadro de reserva*, algo así como el Cuartel de los Inválidos, aunque los de ese cuadro

están más alentados y robustos que un mocetón de nuestros campos. ¡Ah! es de ver y oír a esos parásitos del Erario. ¡Qué afanados pasan el día! Son tantas las ocupaciones que les proporciona el desempeño de los cargos, que no les queda tiempo de atender a sus asuntos de familia. Pues como iba diciendo, don Arturo Bocanegra, que ese era el nombre del capitán, en un arranque de entusiasmo bélico se alistó en el ejército y se fué a la guerra, dejando a su cara mitad en la mayor desolación. ¡Ah! como le hacía falta su marido; pues hay que advertir que el capitán era un esposo modelo, como hay muchos en este país: durante el día, no se le veía en casa porque sus múltiples ocupaciones le absorbían todo el tiempo en los diferentes clubs políticos que frecuentaba; pero eso sí, a las horas de las comidas era muy puntual, aunque llegara algunas veces un poco retrasado, y por la noche, como una justa recompensa a las fatigas del día, buscaba un honesto esparcimiento en el casino; si tomaba algunas copitas era porque se las obsequiaban los amigos, y para no ser descortés obsequiaba él también, en lo que no hay nada de malo; y era tan considerado con su esposa, que la pequeña cuenta del casino la pagaba siempre con el producto de la venta de algún mueble que estuviera demás en el hogar, con lo que lograba ir saliendo poco a poco de aquellos muebles inútiles y hacer más espacio en la casa que ya era bastante reducida para la familia, que se aumentaba, a Dios gracias, con un nuevo vástago al año. Cuando regresaba del casino llevaba siempre muy buen humor, como consecuencia de un

ratito de juego con los amigos, en el que si muchas veces perdía, alguna vez ganaba, y nunca se retiraba después de las dos o tres de la mañana, que es de buen tono entre las personas distinguidas; pues bien, como llegaba tan contento, prodigaba a su querida esposa un mundo de caricias, que casi siempre hacían llorar de satisfacción a su media naranja.

Ya ves, caro lector, si tendría razón la bella Engracia de estar inconsolable por la ausencia de su maridito, y sobre todo por el peligro a que estaba expuesto, pues dado el valor del capitán debía estar peleando en primera línea. Cuando se marchó dijo a sus amigos que no volvería a esta ciudad sino traía las charreteras de General, ganadas en el campo de batalla, no como muchos Generales de Asamblea, como les llamaba él a esos que obtienen sus grados a fuerza de intrigas para con los Padres Conscriptos y que celebran el decreto de ascenso con banquetes y bailes.

Un día se corrió la noticia de que el capitán Bocanegra había caído mortalmente herido en los alrededores de Chalchuapa, con un metrallazo en la cabeza. Esta noticia fué una hola con alas que recorrió en un momento toda la ciudad, pero tuvo la discreción de no penetrar a la casa de doña Engracia; que si entra la mata de seguro. Pero si respetó la morada de la afligida semiviuda no hizo lo mismo con otra morada no menos respetable edificada en barrio opuesto de la ciudad y en la que vivía otro matrimonio modelo, pero de distinto modo, don Sinforoso y doña Presentación, amigos íntimos del matri-

monio Bocanegra. Todo fué saber la noticia doña *Presenta*, como la llamaban familiarmente y quizás por abreviar, y disponerse a ir a dar el pésame a doña Engracia; pero don *Sinfora*, como también llamaban cariñosamente a don Sinforoso, hombre prudente en sumo grado, aconsejó a su consorte que fuera discreta en su visita, porque la noticia podía ser falsa; que procurara ir de luto, sin que se notara y algo triste, pero sin exageración; en fin, que no fuera a hacer una plancha. Doña *Presenta* ofreció a su marido ser lo más prudente que le fuera posible.

II

Era el dos de abril, que en ese año cayó viernes santo, Doña *Presenta*, que así la llamaré yo también, por cariño, tenía media hora de tocar la puerta, hermeticamente cerrada, de la casa de doña Engracia, cuando llegó ésta en persona a abrir, disculpándose por la tardanza.

—Perdone, mi querida doña *Presentación*, pero estaba rezando un rosario de a quince, para que la Virgen del Pronto Socorro me saque con bien a Arturo de ese peligro en que se encuentra.

Doña *Presenta* (aparte.)—Conque no lo han matado; bueno, ya sabré cómo me debo portar.—Dirigiéndose a doña Engracia: —Ya considero cómo estará, mi buena amiga, de afligida. Cómo son los hombres; el suyo tan belicoso, tan valiente y tan decidido; si Dios lo saca con bien de ese lance, es probable que vuelva hecho un general y quizá lo nombren Ministro de la Guerra; en fin, ya Uds. pueden contar con que tienen

hecha su fortuna y además gozarán de grandes honores y el Presidente les brindará su amistad. ¿Se puede desear más? Pero el mío, ¡ah, qué hombre! si no lo puedo sacar de la casa; dice que él es hombre de paz, que la guerra es salvaje, que es un anacronismo en nuestros tiempos de civilización, que él es decidido partidario de Tolstoy y no sé que más; el caso es que no le puedo quitar el libro de enfrente de los ojos, ni he logrado que vaya a visitar al Presidente, y esto que el buen señor, yo se lo agradezco, lo distingue con su amistad y lo ha llamado muchas veces; pero él dice que no es palaciego y que no le gusta doblar la cerviz ante los poderosos. ¡Ah, doña Engracia! yo reniego de ese hombre, porque si él fuera menos escrupuloso, otro gallo nos cantara.

—No diga eso, doña Presentación; su marido es un ángel, un hombre tan honrado, un sabio que sólo vive estudiando, que no tiene ningún vicio, que no visita ningún establecimiento público, que no falta jamás a sus deberes conyugales, en fin, que no podía haber hallado Ud. otro mejor, ni que lo buscara con la linterna de Diógenes. Y el mío, ¡Dios Eterno! en confianza se lo digo, es el vivo demonio: no sale de los garitos, de los clubs y del casino, ya está acabando hasta con mis muebles de familia; él no trabaja ni deja ese maldito juego que va a concluir con lo poco que me quedó de mis pobres padres, que en paz descansen, que tanto se afanaron trabajando y vivieron con modestia y economía para que este zángano que la suerte me deparó, lo pierda en un albur. Qué diera yo por tener un esposo como el suyo.

—Puede que tenga Ud. razón, pero al fin y al cabo, del mal al menos, dicen que, salvo esos pecadillos de que Ud. le acusa, es muy fino con Ud. y la adora.

—¡Ojalá! Cuando vuelve un poco achispado, que es lo general, no le puedo contradecir, porque me pone de lo lindo a moquetes y puntapiés; es un grosero, un patán, como no se lo puede Ud. imaginar.

—¿Y Ud. quiere a ese monstruo? ¿Ud. reza y pide a la Virgen porque le vaya bien y vuelva más insolente que antes? ¿No se imagina, mi cara amiga, que va a celebrar su victoria danzando sobre el cuerpo de Ud? Yo, en su lugar, pediría a Dios que se sirviera de él y celebraría mi redención.

—¡Ay, doña Presentación! yo no sé qué filtro me habrá dado a beber ese hombre, porque con todo y su trato grosero lo quiero, no le guardo rencor y me aflige la idea de que lo puedan matar en la guerra. Cada vez que me pega, digo para mí: «El que te quiere te aporrea», como dice el refrán, y me quedo creyendo que Arturo me quiere y que yo sería una ingrata si lo despreciara.

—Perdone, doña Engracia, mi ruda franqueza, pero yo tengo distinto criterio que Ud.; me parece que carece Ud. de delicadeza y que la dignidad anda de capa caída en esta casa. Yo, por mi parte, sé decirle que mi marido nunca me ha tocado el pelo de la cabeza, y que el día que me ponga las manos le clavo un puñal.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué está diciendo, doña Presentación, cometer Ud. un asesinato y en la persona de su esposo, es decir un uxoricidio?

dio, como decía un estudiante de derecho amigo de Arturo, que equivale a un parricidio y la ley castiga severamente? Eso es inaudito. Si me parece que no es Ud. la que lo dice.

—Un homicidio o uxoricidio, pueda que sea, pero asesinato, no; pues yo le atacaría cara a cara, y además como ese acto lo cometería en uso de mi defensa y ciega de cólera, sin reflexión ninguna, creo que sería irresponsable ante la ley, pues el que comete un acto en esas circunstancias no es dueño de sus acciones, sobre todo cuando se trata de personas que estiman en mucho la dignidad. No quiera Dios que esto suceda.

—La primera vez que Arturo vendió sin mi consentimiento una prenda de familia para pagar una deuda de juego, me indignó mucho y cuando vino a casa le dije que había hecho mal en vender lo que no era suyo, que recordara que lo que había en casa era solamente mío por herencia de mis padres, y que él no había aportado nada al matrimonio. El se puso tan frenético, que me dió cuantos golpes quiso, diciéndome que el capital era mío, pero que mi cuerpo era de él. Con esta lógica salía yo perdiendo, y habiéndome faltado en esa primera vez el valor y la fuerza suficientes para corresponderle con igual procedimiento, me consideré perdida para siempre y hoy no tengo ni siquiera la intención de protestar. A diario me golpea y yo no puedo dejar de quererlo. Soy una desgraciada, querida amiga.

—Eso se llama, como dice el vulgo, matar su *chucho* a tiempo. El bribón de su marido lo

supo matar al primer ladrido, digo a la primera protesta suya. Ahora es Ud. mujer perdida.

*

Cuando doña *Presenta* volvió a su casa, contó a su marido la conversación que tuvo con doña *Ingracia* y le consultó el caso de la irresponsabilidad, por un acto de violencia o de cólera provocado por faltas graves a la dignidad o a la honra de las personas. Don *Síntora*, que era un sabio, meditó un momento sobre el caso que le planteaba su consorte, y le dijo que la irresponsabilidad era limitada a casos muy especiales, porque de lo contrario casi no habría criminales en el mundo, porque era de suponer que, salvo los asesinatos cometidos por robo y algunos otros, siempre hay alguna pasión de por medio en los actos delictuosos: el amor, la venganza, el miedo, la cólera, que siempre perturban las facultades intelectuales del individuo e impiden la reflexión. Así como también el estado de embriaguez, sonambulismo o inconciencia. Doña *Presenta* se acaloraba cada vez más en la discusión y no pudiendo vencer a su marido, que la combatía con razones contundentes y juiciosas, empezó a descomedirse y a lanzarle algunas expresiones injuriosas, que el sabio al principio toleró con paciencia, pero que al fin lo hicieron salirse de su habitual circunspección y amaneramiento, diciéndole a su señora esposa algunas palabras que herían su dignidad. A éstas respondía doña *Presenta* con un aluvión de improperios que hicieron el milagro de transformar a aquel santo en un demonio, que en un momento

de ira, descargó sobre su esposa un fuerte golpe con su bastón, haciéndole brotar sangre del cuero cabelludo. Doña *Presenta* se volvió loca de cólera y de un salto alcanzó un cuchillo de mesa, pues se me olvidaba decir que esta escena pasó de sobremesa en el comedor, y de otro salto se lo clavó a su marido en medio de la cara. La sangre disipó los nubarrones de la cólera y todo quedó en paz, porque la herida fué leve.

El lector dirá que esto es inverosímil; pero el que tal diga no sabe lo que son esas discusiones matrimoniales, que van creciendo por grados hasta rebozar como un jarro de leche, que si no se vigila se derrama todo en el momento de hervir.

Si eres casado, lector querido, haz lo que yo hago: no discutas nunca con tu mujer, dale la razón, aunque no la tenga, que es lo más común. Pero a tí qué te importa? Lo que importa es que haya paz en tu hogar, que es la mitad de la felicidad. De lo contrario, te puede suceder lo de don *Sínfora*.

No hay bien que por mal no venga

Cuando mi alma se recoge en sí misma y se entrega a profundas meditaciones en triste y desconsolador soliloquio, en muda contemplación de tiempos ya pasados, de horizontes desvanecidos en lejanías borrosas, de hechos consumados y palpitaciones extinguidas cabe los sauces llorones y los cipreses dolientes de los cementerios, en los atardeceres pálidos y tristes como los últimos destellos de lámparas que se apagan o vidas que agonizan con el supremo dolor de nuestras mentidas libertades y los desengaños crueles, entonces suele presentarse a mi imaginación un cuadro cuyo colorido aún no ha destruido el tiempo y en el que aparece como una víctima triunfante mi humilde personalidad.

Así me decía una tarde un hombre bueno y honrado, con quien me unen los más estrechos lazos de una sincera amistad; y, al hablar, su faz palidecía presa de una impresión nerviosa. Mi amigo es un hombre *de veras*, un carácter de una pieza, que no transije jamás con la maldad, por lo cual ha fracasado siempre en la política: el ambiente de falsedades en que se mueven los cortesanos de nuestros pequeños magnates lo marea, lo intoxica.

Después de un silencio meditativo, mi amigo continuó: Es un fragmento de la historia de mi vida, donde parece condensarse toda ella. Mi padre fue uno de esos pocos hombres que da de cuando en cuando la humanidad: esclavos del honor, cristos que recorren con su cruz a cuestas la vía dolorosa, nimbados por la luz de la pureza, siempre pobres de bienes terrenales, pero inmensamente ricos de bondades; vidas diáfanas e inmaculadas. El fué un obrero, pero de talento, un verdadero orfebre que hacía maravillas con los metales y las piedras preciosas. ¡Ah! cómo recuerdo aquellos largos días que el buen anciano pasó con la lima o el buril, doblegado sobre su mesa de trabajo, modelando a su artístico antojo al rey de los metales, y las angustias que pasaba cuando algún mal oficial le ligaba el oro o cuando por travesura le perdíamos alguna perla o algún brillante valioso y ageno. Cómo se revolvía toda la casa buscando con dolor profundo e infinita desesperación aquel objeto cuyo valor representaba el trabajo de muchos años y nuestra miseria, que él con tanta amargura entreveía. ¡Oh! los malvados que se hacen ricos, no saben de esos heroísmos, por eso no son capaces de apreciarlos.

Mi padre trabajaba de seis a seis, y mi madre también trabajaba a veces hasta la media noche, en íntima y santa unión con su máquina de coser; pero era tan poco lo que ganaban que apenas bastaba para mantener la familia humildemente y para pagar el alquiler de la casa. Un día, cansado de tanto trabajar, sin poder economizar nada, pues los pocos ahorros que

hacía se iban a la botica y a la caja del médico, pensó en abandonar su oficio y dedicarse al comercio, para lo cual fué preciso también decirle adiós a la ciudad natal y buscar en un apartado pueblo un mercado de menos competencia. Yo no contaba entonces más que diez años. Adiós colegio, adiós libros. Otra vida empezaba para mí. El pueblo en que nos radicamos era un pequeño pueblo fronterizo a Honduras, sin industria, salvo la ya en decadencia del cultivo del jiquilite y fabricación del añil; las casas se abrían solamente en el verano; pues en el invierno los dueños se retiraban al campo para cuidar de sus ganados y fabricar los quesos con que aseguraban la vida de la otra mitad del año. Solamente el cura, el maestro de escuela y el alcalde nos hacían compañía en aquel destierro voluntario. Ya se puede imaginar qué tristeza aquella en que vivíamos, y cómo echábamos de menos la vida ciudadana; cuánta falta me hacía el colegio, que en ese entonces dirigía el eminente educacionista doctor don Pablo J. Aguirre y en el cual empezaron sus estudios tantos hombres, que, con el transcurso del tiempo, han llegado a ser honra de las ciencias y las letras nacionales, siendo la cumbre de todos ellos nuestro gran poeta Gavidia. ¡Oh! la nostalgia del colegio atormentaba mi espíritu infantil, tan encariñado con mis discípulos y con mis libros; pues hay que advertir que yo fuí un niño excepcional, un niño-viejo, que casi nunca jugaba y en cambio estudiaba mucho; las ciencias me atraían con poder irresistible y mágico; desde niño soñaba con llegar a ser doctor y acariciando ese lejano ideal, em-

pleaba todos mis cinco sentidos en la adquisición de nuevos conocimientos. Con estos antecedentes es fácil creer que yo sintiera verdadera nostalgia por el colegio en aquel pueblo donde no había más que una mala escuela primaria dirigida por un viejo maestro atrabiliario, cuya sabiduría se encerraba en las cuatro reglas fundamentales de la Aritmética, que enseñaba de una manera dogmática al rigor de la *férula* y la *disciplina*; las demás ciencias casi le eran totalmente desconocidas. ¿Qué podría enseñarme tal maestro?

Seis años largos pasé en aquel pueblo olvidando lo que había aprendido en el colegio; pues mi padre, que no iba tan bien en sus negocios, no se resolvía a enviarme a la capital del departamento a continuar mis estudios interrumpidos; pero un acontecimiento inesperado vino a poner término a aquella indecisión.

Era el año 1889 y en el pueblo mandaba un cacique montañés, que no otra cosa era el señor Alcalde Municipal don Domingo Iglesias, hombre de pelo en pecho y testarudo hasta no más, que gustaba de libar el jugo de la caña fermentada. En su casa de una aldea vecina vivía como un simple jornalero, en camisa de manta *Cabeza de India*, con las faldas por fuera, su par de caites y su sombrero de palma de Uluazapa, de alas grandes; pero cuando venía a la población se ponía pantalones y chaqueta dejerga con alamares de cinta negra, camisa de *plancha*, sombrero de junco con ancho listón negro de colas largas terminadas en ángulo entrante bastante agudo, botas rodilleras de becerro, que no se quitaba ni en el salón municipal y grandes

espuelas de campanillas. Al cinto su enorme pistola y su puñal. Montaba un brioso corcel alazán ensillado con montura de manzana y filetes de bronce galvanizado, y sobre la montura una hermosa colcha que nunca le faltaba. Al cuello llevaba una gran bufanda de lana de varios colores o una larga toalla listada de rojo. Era el señor Alcalde de color moreno obscuro, mediano de estatura y regordete, con la cara salpicada de cicatrices de viruela; el pelo y la barba negros, irsutos e indomables, que los usaba bastante largos. Cuando hablaba atronaba el recinto municipal. Para él no había más ley que su voluntad y el pobre secretario procuraba darle visos de legalidad a todas aquellas arbitrariedades hijas de la eterna borrachera del cacique. Las *alcaldadas* son el procedimiento habitual de esos mandarines de pueblos pequeños. Y si alguno protesta le inventan un proceso y lo envían a la cárcel sin el menor remordimiento.

A una de esas *alcaldadas* debo lo que soy. Don Domingo se había disgustado con mi padre porque éste no se quiso prestar para ciertos manejos turbios y resolvió vengarse, mandándome de soldado cuando apenas contaba yo diez y seis años de edad. Pero un amigo que oyó el proyecto del alcalde se lo contó a mi padre y yo pude burlar sus persecuciones, huyendo por los montes, durmiendo en el campo a la intemperie y comiendo mal. Es de suponerse que mi cuerpo delicado se resintiera con esta clase de vida y al poco tiempo me sentí enfermo. Mi padre, que sufría atrozmente con estas persecuciones injustificadas, y presintiendo que en mí se desarro-

llara una grave enfermedad, como en efecto se desarrolló algún tiempo después, se resolvió a enviarme al colegio, a costa de grandes sacrificios; pues sus negocios no le produjeron muchas ganancias, debido a su buena fé.

Yo, que ví de nuevo el cielo de la esperanza abierto a mis anhelos, y comprendía que mi felicidad se labraría a expensas de las privaciones de mis padres, me dediqué con verdadero ardor al estudio, logrando superar a mis compañeros y obteniendo siempre magníficas calificaciones en mis exámenes, con lo cual gozaba a lo infinito mi pobre padre.

Así, de triunfo en triunfo, llegué al coronamiento de mi carrera literaria, colmando mis aspiraciones y las de mis padres, cuya satisfacción fué inmensa, viendo al fin realizado su más hermoso sueño.

En tanto que yo luchaba por la conquista de mis ideales, nuestro cacique envejecía retirado de la vida pública; pues un proceso que le siguieron por estafa lo imposibilitó para el desempeño de la alcaldía de su pueblo, y quiso la casualidad que desde aquel año de mis persecuciones no volviera a empuñar las riendas del poder municipal hasta el año de 1899 en que yo obtuve mi título de doctor. En el transcurso de diez años aquel hombre-fiera había cambiado mucho, ganando en moralidad y en civilización, y, comprendiendo sus antiguos errores, se acercó a mi padre, solicitando su amistad y sus consejos y éste, siempre bondadoso, no se los negó. A este nuevo acercamiento obedeció que en la fiesta íntima con que mis padres celebraron mi doctoramiento,

estuviera presente, aquel hombre que, guiado por el instinto perverso de la venganza, me abrió el horizonte inmenso de las ciencias y de las letras, donde he podido ya conquistarme algunos lauros. En aquel momento de felicidad solariega, mi corazón repleto de buenos sentimientos, no tuvo el menor rencor contra el señor alcalde, a quien, sin reproche, recordé el principio de mi carrera, casi agradecido, pensando en aquel antiguo adagio que dice: «No hay bien que por mal no venga» y aquel otro: «De líneas torcidas hace Dios renglones derechos.»

Mi amigo se despidió y yo me quedé pensando en aquel hombre excepcional, un verdadero anacronismo para nuestra época de corrupción e impotencia

Enrico Massi

(En el aniversario de su nacimiento)

29 de octubre de 1897. Un día. Un momento en la eternidad. En ese momento sinfónico de la Italia artística, incubadora de genios, arrullado por las auras marinas y en un ambiente de tristeza autumnal, vino al mundo Enrico Massi, trayendo en la mirada la obsesión del infinito, como las águilas, como los condores. El espacio inmenso le atraía con fuerza irresistible. Quería volar, más no como Icaro, con alas pegadas con cera, y traspasar como una flecha los espacios azules para llevar su mensaje de amor a las estrellas. Quería acercarse al sol y que no se le cayeran las alas, como las del mito griego. Y voló por entre los relámpagos y truenos, envuelto en densas nubes de humo. Y contempló desde la altura todo el espanto y desolación de la Tierra hollada por los cascos malditos de los corceles apocalípticos. Y allá arriba encontró la Gloria y se abrazó con ella. Pero en su alma quedó grabada esa horrible visión de la muerte, del incendio y de la ruina y huyó de su pueblo amado para buscar en América un cielo, bello como el de Italia, o más bello todavía, como un océano

de luz, donde poder saciar sus ansias sublimes, sus sueños de Ariel. Sus ojos, que eran dos lagos tranquilos y profundos, en cuyos fondos se retrataba el azur purísimo de nuestro cielo tropical, tenían la mirada firme, tenaz y enigmática de los videntes, y, cuando ebrio de placer y ávido de espacio, alzaba el vuelo sobre el dorso de su poderosa máquina, se digera poseído por el delirio, creyéndose un dios. Tal parecía, cuando jugaba su vida, con heroico valor de epopeya, en las difíciles acrobacias, que repetidas veces verificó para solaz de este pueblo que supo apreciar la intensidad de su alma y la bondad de su corazón.

Generoso en grado sumo, quiso enseñar su difícil ciencia y su arte glorioso a un hijo del país, en quien el piloto italiano descubrió esa mirada preñada de infinito, de heroísmo y de grandeza, que viera el genial uruguayo José Artigas en los ojos negros del indio Andrés Guacurarí, mirada de diáfanas claridades o de noctámbulos misterios, que solo emanan de espíritus predestinados. Quiso infundirle las vibraciones de su ánima excelsa y las palpitaciones de su gran corazón, y ya cuando estaba realizando el prodigio, se atravesó en su camino aéreo el ave negra de la Fatalidad, faltó el impulso, se hizo el vacío y todo lo horrible de la vida encarnó en el espectro de la muerte. El suelo patrio se empurpuró con sangre de héroes.

Después de la catástrofe hubo un gran silencio. Todo enmudeció de pavor, y el espíritu alado de Enrico Massi, sin el lastre de la materia-

se perdió en la inmensidad, como diluido en la transparencia del aire.

Con el dolor más intenso, que en mi alma produjo la tragedia inenarrable, y que aún siento, hondo y tenaz, dejo en estas líneas mi tributo de admiración hacia el martir glorioso.

Éfusiones

*Al doctor David J. Guzmán y don Román Mayorga
Rivas, respetuosamente*

Oyendo al doctor Guzmán y a Mayorga Rivas pronunciar con verba magistral una de esas piezas de arte elevado que ellos saben hacer, primorosas creaciones de bellísima orfebrería, se siente uno transportado a un edén de delicias inefables; parece que se deslizara muellemente recostado sobre almohadones de plumas sedosas, ricamente adornados, en una góndola de mimbres, como la de los trovadores venecianos, sobre el blanco lecho de un poético canal de aguas tranquilas, que desenvolviera sus infinitas y voluptuosas curvas entre alamedas de plantas aromáticas cuajadas de bellísimas flores, cuya policromía armonizara con las variadísimas gamas que entonan en las deliciosas mañanas primaverales los alados cantores de las selvas, bajo el palio de azul purísimo de nuestro cielo tropical, ¡Qué intensos y dulces son los goces que experimenta el alma al sentirse acariciada por la divina eufonía del habla castellana en un trozo de buena literatura! ¡Qué mágico poder el de la palabra armoniosa, de la bella expresión del pensamien-

to! ¡Qué delectación tan plena de encantos se apodera del espíritu sensible al misterioso reclamo de la belleza del concepto expresado con impecable verba! El que no sabe de esos sublimes placeres del alma y sólo busca las efímeras y brutales sensaciones de la materia, no es más que una bestia humana, incapaz de abrigar en su espíritu burdo y anestesiado las mil tonalidades de un generoso ideal. El hombre que en el derrotero de la vida no persigue un ideal noble y bueno, que no se conmueve ante el contacto luminoso de los espíritus dilectos, no podrá amar a los demás hombres ni conllevar con ellos las amarguras de la vía dolorosa que es forzoso atravesar para llegar a conquistar un glorioso porvenir, fundamentado en el bienestar definitivo de las sociedades y de los pueblos. Sin esa exquisita sensibilidad del espíritu no hay amor, y sin amor el progreso es imposible. El egoísmo es infecundo, o si algo produce es el odio, que es corrosivo y mata, destruye y aniquila todas las nobles iniciativas. Cuando los hombres de todas las razas se amen los unos a los otros, cumpliendo las sabias doctrinas del sabio nazareno, se alcanzará el mayor perfeccionamiento y con él la tan anhelada felicidad de las naciones. Es un deber, pues, de carácter ineludible, para todos los intelectuales, la prédica constante del bien, la fraternidad, la paz, el trabajo y la concordia, para que podamos llegar algún día a la meta de nuestras aspiraciones. *Amad al prógimo como a tí mismo*, he ahí la síntesis de la moral cristiana, cuyo cumplimiento nos hará felices.

La Verdad y la Honradez en la Literatura

No aman ni poseen la Literatura aquellos que creen haber llegado a las cimas del Olimpo, por el hecho de adquirir una mal digerida erudición y llevar en su cerebro una pequeña dosis de talento.

La poesía, que es la más florida forma de la Literatura, y en la cual se permiten las mayores licencias, en pugna con las reglas gramaticales, requiere, sin embargo, para ostentar belleza y hermosura, que la malla sutil, intangible y primorosa que forma su íntima naturaleza, aprisione entre sus redes la sustancia primordial que caracteriza y avalora todas las buenas producciones del humano espíritu: *la verdad*. Los filósofos antiguos confundieron la poesía con la verdad; tan necesaria creían la una para la existencia de la otra. También nuestro sabio Bertis opinaba del mismo modo, según lo expresa en un bello trabajo sobre la poesía, que reprodujo en 1916 la importantísima revista «*La Universidad*», órgano de nuestro primer centro docente.

El romanticismo, en su incesante fantaseo, se olvidó muchas veces de la verdad, y éste fue

su gran pecado. Pero el romanticismo, que, en su vuelo audaz, remontó las radiosas cimas de la Literatura y llegó hasta el cenit, caballero en el mágico Pegaso que le diera el cerebro luminoso de Víctor Hugo, descendió hasta el nadir con Emilio Zola. El autor de «Tierra», «El Trabajo», «Fecundidad» y tantas obras más de mérito indiscutible, colocado por su valía mental en el más encumbrado torreón del gigante monumento literario francés de su tiempo, dirigió desde esa cima augusta su mirada escrutadora hacia el pasado próximo y hundió su escalpelo, fijaos bien, su escalpelo, no el puñal, en la obra de cuatro muertos sublimes: Sainte Beuve, Claudio Bernard, Ernesto Renand y Víctor Hugo. Este último, que, consagrado como un semidiós, nadie se había atrevido a tocar, sufre la disección más científica, llamémosle así, del gran maestro de la Escuela Naturalista, y, descartando todo lo inverosímil de que están llenas las obras del Genio fecundo, como las de todos los románticos, le deja solamente el mérito de haber enriquecido y hermosado la lengua francesa. Esto es demasiado. Negar al filósofo profundo, al poeta genial y al patriota eminente, los lauros de la victoria en todo su esplendor, es imposible. Me parece imposible. Sin embargo, el gran Zola, como un químico en su laboratorio, hizo el análisis de esa sustancia compleja y divina, creyendo encontrar solamente el residuo que dejamos apuntado, que es sumamente valioso, por cierto; lo demás es imponderable, intangible, sublime y escapa a todo análisis humano. El romanticismo pasó como un meteoro luminoso y las únicas

fulguraciones que aún alumbran nuestras almas emérgen de las bellas e inmortales creaciones de Hugo, Lamartine y algunos de sus grandes satélites. Los genios no mueren nunca.

Cuando me imagino al oceánico, inmenso y abismático Hugo bajo el escalpelo de Zola, no me explico por qué algunos de nuestros literatos modernos quieran consagrar figuras del arte con los ojos vendados y se indignen contra aquel que, a la vez que admira las dotes intelectuales, hace observaciones justas, razonadas y comedidas al escritor que nos obsequia con alguna nueva producción suya. A mí me parece que la crítica consiente, amplia y bien intencionada, sobre lo bueno y malo que produce cada hombre de letras, es útil y necesaria, pues ilustra y abre nuevos horizontes al obrero de la inteligencia. La historia de las ciencias y de las bellas artes abunda en ejemplos de esta especie. Los aplausos inmerecidos e inmoderados producen el mismo efecto que el opio: embriagan primero y entorpecen después. Por el contrario, los fracasos que sufrieron algunos grandes hombres, en sus primeros ensayos artísticos, estimularon sus energías espirituales, y, corrigiendo sus defectos, alcanzaron los lauros de una legítima gloria. En los libros de Marden y de Samuel Smiles hay innúmeros casos de tales vicisitudes, que edifican el entendimiento.

La verdad debe reinar en todos los actos de la vida humana.

La labor del pensamiento, aun no apreciada justamente por nuestras clases sociales, es la que más esfuerzos requiere, y, por consiguiente, la

que agota más nuestras energías. Es grandiosa y digna del mayor encomio; pero pierde todo su mérito, toda su excelsitud, si no lleva por norma la verdad, si no está ajustada a los moldes de la honradez. El escritor que yende su pluma al mejor postor, ensalzando al vicio y a la ignorancia, porque paga bien, y mata con la crítica mal intencionada y deletérea los primeros vuelos de una alma llena de ideales, pero no consagrada aún, hiriendo el ala que en los espacios de la luz hace sus prístinos ensayos, talvez un redentor en germen, ese escritor un ladrón, un asesino; y su obra, por talentosa que sea, se nulifica y debe ser reprobada. Ese hombre es malo, es pernicioso y merece el desprecio universal, máxime si el criticastro es un adolescente escritor, puesto que no ha tenido ni el tiempo necesario para instruirse; veamos si no: la mayor parte de ellos no cursaron las Ciencias y Letras, y quién sabe si aprobarían todos los grados de la Escuela Primaria; por consiguiente, es de suponer que no sepan Gramática, ni Geografía, ni Historia, mucho menos Física, Química, Fisiología, Historia Natural y Matemáticas, que son de absoluta necesidad para la cultura intelectual. Desde los quince o dieciocho años gastan su tiempo en el empleo público o privado, el paseo, el teatro, el flirteo, el juego y el alcohol. ¿Cuál es el momento que dedican a la lectura? ¿O no necesitan de leer para ser sabios, condición indispensable para ser buenos críticos? A los veintidós o veinticinco años, con una vida así, cuántos buenos libros habrán podido leer? Porque no es posible que sólo buenos libros hayan

leído, pues es cosa muy difícil formar el gusto literario; algunas veces se necesita haberse intoxicado con mucha literatura mala, para reaccionar y buscar la buena, o para tener un punto de comparación y orientarse mejor; pero, cuánto tiempo se ha perdido antes de que llegue este momento, y sobre todo, cuando los literatos se forman solos, sin la enseñanza y el estímulo de un Maestro. Shakespeare, Franklin, Marden y el negro Buker Taliaferro Washigton, cultivaron solos su maravilloso talento; pero pusieron todas las potencias de su alma en un sendero rectilíneo y por él caminaron sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, y así alcanzaron la meta de sus aspiraciones. Es muy difícil adquirir un acervo literario suficiente para sentirse capacitado de producir obras maestras y poder criticar las de los demás. Marden dice: «Las obras maestras de la literatura se compusieron línea por línea, párrafo por párrafo, y algunas se rehicieron dos veces». Lucrecio empleó casi toda su vida en la composición del famoso poema «*De Rerum Naturae*». De Bryant se dice que rehizo cien veces su «*Thanatopsis*» y aun no quedó satisfecho. «Juan Fóster trabajaba una semana entera sobre una sola frase, sin cesar de enmendarla y pulirla hasta que le parecía correcta. Bacon, uno de los más ilustres genios de la humanidad, dejó al morir gran número de manuscritos con pensamientos que habían de corregirse antes de su publicación. Eldon asombró al mundo por su erudición legista, y, sin embargo, cuando estudiaba, hubo de copiar centenares de páginas de libros prestados. Rousseau, cuyo estilo es tan

elegante y ameno, dice de su propia labor: «Mis manuscritos, emborronados, raspados, con tachones e interlíneas y apenas legibles, atestiguan el trabajo que me costaron. Todos los rehice cuatro o cinco veces antes de darlos a la imprenta... Volví y revolví en mi mente algunas cláusulas durante cinco o seis noches antes de transcribirlas al papel».

El que no tiene un propósito firme, tenacidad y perseverancia, ni ha podido leer más que algunos cuantos libros de versos y otras tantas novelas olientes a opio, lo mismo que algunas revistas de actualidad y no conoce más que por citas los clásicos antiguos y modernos, no está capacitado para ejercer la crítica, y, si lo hace, es que se siente obsecado por la envidia, que es el cáncer que roe el alma de muchos intelectuales. Entre nosotros, los verdaderamente preparados para ese género literario, se abstienen de practicarlo, por dedicar sus aptitudes a algo más edificante.

Solamente el estudio metódico y constante puede darle al talento la consagración del genio. Darío, Gavidia, Masferrer y otros más que han culminado en Centro América, han dedicado la mayor parte de su vida al estudio, y las primeras producciones del ilustre portalira del país de los lagos, aunque geniales, fueron imperfectas, como lo reconoció él mismo después. No hay cosa peor que creer saberlo todo, cuando no se ha podido llegar a saber que no se sabe nada. Es ridículo querer corregir a los demás, cuando el que tal pretende adolece de innúmeros defectos; tener ínfulas de sabio cuando se es un gran ignorante.

Es materialmente imposible adquirir en pocos años, como queda demostrado, la cultura necesaria para ser crítico de buena ley. Pero, así como creo que nadie debe criticar sin la suficiente preparación, tampoco opino que se deje impunemente al que se le antoje escribir disparates, desprovistos de sentido común y en abierta oposición con las leyes de la Gramática. Antes de empezar a escribir hay que conocer lo mejor posible el idioma en que se escribe y tener dotes especiales; de lo contrario, el hecho constituye una impostura que tiene por objeto la conquista de una falsa reputación, como la de los plagiarios. ¡Ah, estos últimos son dignos del mayor desprecio, por ladrones y sacrílegos! Pordioseros de la inteligencia, que cubren sus arapos con flamante capa ajena. Para estos reclamo yo el presidio, que lo tienen más merecido que el que roba un pan para saciar muchas hambres, porque las cosas del alma valen más que las del cuerpo, y en el plagiario no hay siquiera el atenuante de la imperiosa necesidad que asedia el espíritu y desvía el sentido moral.

La sinceridad es una virtud que aquilata los méritos de un escritor. No basta escribir un bonito pensamiento, es preciso ser capaz de practicar una buena acción. Lo que diga el orador, lo que escriba el literato, debe ser el reflejo fiel de su capacidad moral. Esto sería lo lógico, poder conocer el alma humana por sus exteriorizaciones múltiples. Predicar una cosa y practicar lo contrario, es una infamia, es un delito. Los cerebros cultivados, llamados a difundir la luz de los conocimientos en las masas, deben ser doble-

mente responsables de sus actos; pues ellos pueden sembrar el bien o el mal en todo un pueblo, y a veces en la humanidad entera. Todo intelectual debe ser un redentor. El porvenir de las naciones depende de los hombres de letras, y si ellos son malos, malos serán los pueblos eternamente. ¡Qué enorme responsabilidad es la que pesa sobre el hombre-idea! ¡Qué deberes tan sagrados los que tiene que cumplir el pensador! Destruir preocupaciones, derribar ídolos, quemar las malezas de la ignorancia, y después sembrar ideas nuevas, ideas redentoras, de paz, amor, fraternidad, trabajo; ideas que encarnen el derecho, ideas que enseñen el deber. Europa y América han dado al mundo ilustres sembradores de ideas buenas: Bossuet, Fenelón, Hugo, Dante, San Francisco de Asís, Franklin, Sarmiento y mil más. Nosotros tenemos también hermosas constelaciones en el cielo de la Patria: Alvarez Castro, Hoyos, Guevara Valdés, Bernal, Bertis, Galindo y Barberena, para no mencionar más que aquellos de primera magnitud que ya fulguran en el limpio cielo de nuestras letras, ungidos por el óleo de la Historia. Constelaciones son esas, de belleza suma, cuyo derrotero luminoso debiéramos seguir, como los reyes magos a su bíblica estrella, si queremos llegar a nuestro perfeccionamiento literario. Ellos, como los nivelungos de la leyenda wagneriana, fueron los pacientes gnomos que supieron extraer el oro de mayores quilates que se pudo hallar, en aquel entonces, para las ciencias y las letras salvadoreñas. Sigamos sus huellas al radioso luminar de la verdad y escudados por el broquel impenetrable de la honradez

literaria. De lo contrario, nuestras obras serán figurinas de arcilla, cubiertas de vistosos esmaltes, que el tiempo deteriora y destruye. Y no olvidemos que todos los que perseguimos el ideal de la suprema belleza, somos hermanos en el arte, cual más, cual menos; pero siempre hermanos, y como tal debemos tratarnos, con amor, lealtad y benevolencia. Arrojad de vuestras almas y de vuestras plumas la sátira sangrienta y mordaz y la crítica punzante y deletérea. Corregid, en buena hora, al que yerra y enseñadle el camino de la perfección, si es que podéis hacerlo; pero no asesinéis el alma ajena, porque esa savia del espíritu que vuestro puñal derrama, puede llenaros de oprobio y maldición. Todo el que ha llegado a la cumbre ha debido pasar por los mismos escabrosos senderos, rebotando aquí, tropezando allá, como un beodo. Debemos exigir solamente sinceridad en la obra. Si vosotros estáis arriba, ¿por qué queréis impedir que otros en quienes se inician iguales aptitudes suban también? Y si aún empezáis el ascenso, ¿con qué derecho obstruís el camino a vuestros compañeros? No es propio de espíritus superiores llevar siempre en su seno el áspid venenoso de la envidia.

Herencia fatal

Nuestra raza degenera

Hoy que en el mundo entero se están realizando, con motivo de la GUERRA EUROPEA, trascendentales evoluciones en la vida social y política de todos los pueblos; como que el final de esta gigantesca hecatombe humana, la más grande que registra la historia del mundo, desde los tiempos prehistóricos hasta el actual momento, fuera algo así como la nulificación de lo pasado para empezar una vida nueva, depurada de todo vicio para entrar triunfalmente en la ancha y hermosa vía del progreso, de la fraternidad y la concordia, bajo el amparo todopoderoso de la PAZ UNIVERSAL, marcando este grandioso y terrorífico acontecimiento la única etapa que dividirá en lo futuro la historia de lo antiguo y de lo moderno; hoy, pues, que se trata de empezar esa nueva vida, dignificada por la UNIÓN que pretendemos, pletórica de esperanzas, rica de ensoñaciones realizables y sublimes mirajes de suprema cultura, lógico es pensar en el contingente que aportaremos los pequeños pueblos de América para la suntuosa epifanía de la VIDA UNIVERSAL. Examinemos nuestro bagaje y

los tesoros que en él llevamos en el éxodo que venimos recorriendo desde hace una centuria de vida más o menos independiente y libre; veamos si hemos ganado o perdido con haber mezclado nuestra sangre indígena con la noble sangre hispana. ¿Ha mejorado la raza o ha perdido sus energías proverbiales, que tuvieron exponentes admirables en nuestros heroicos caciques Guatemoc, Lempira y Nicarao y tantos otros más? La civilización europea nos puso en mejores condiciones de vigorizar la raza? Há puesto los medios para lograrlo? Cuáles son los efectos? Estas cuestiones se plantean en el actual momento, en que se presiente un próximo renacimiento social y exigen una pronta y efectiva resolución, máxime entre nosotros que tratamos, ahora mismo, de resolver el problema político de más elevada significación para nuestra vida futura.

No tenemos Estadística (ciencia que hoy empieza a dar sus frutos valiosísimos en nuestro incipiente conglomerado nacional), que nos suministre una base científica de qué poder sacar deducciones ciertas, capaces de hacer luz en el oscuro problema étnico de nuestro pueblo; pero salta a la vista que nuestra raza ha degenerado de la conquista a la fecha actual. Los factores que amenguan nuestra potencialidad física, intelectual y moral aumentan cada día más, en proporción alarmante, ante la pasiva espectación de las clases dirigentes. Por lo menos no se ha hecho nada práctico para contrarrestar el vertiginoso aniquilamiento de nuestras energías y el derrumbamiento atterrador de nuestras voliciones y sentimientos, bajo el peso enorme de nues-

tros vicios. Se contrista la mente en la contemplación del abismo insondable abierto a nuestros pies, por el desbordamiento de nuestras pasiones y la notable desviación y profunda perturbación del sentido moral en todas las clases sociales. Es lamentable el paralelismo (aunque algunos afirman lo contrario) que existe entre el grado de civilización de los pueblos y la corrupción de las costumbres, que tiende, con poderoso e irresistible empuje, a la degeneración de la especie, a pesar del atavismo, que es el genio, como dicen los biólogos franceses, que vela por la conservación de los atributos viriles de las razas, à través de los siglos, y de las promiscuidades e híbrides, que luchan sin descanso contra los procesos vitales de sostenimiento y perfección.

En nuestras clases ínfimas, sobre todo en las que habitan las barriadas de las grandes urbes, el hombre, antes de nacer, siente las punzadas horribles de la miseria y del morbo de que padece la madre, mal alimentada y pésimamente abrigada; y al abandonar el claustro materno trae ya en su pequeño organismo los estigmas indelebles de una herencia fatal, que si logra escapar de la muerte prematura, se ve obligado a recorrer el penoso éxodo de la vida en una interminable claudicación, en una lucha perpétua contra las mil calamidades que le afligen de continuo y que lo inhabilitan para el trabajo fecundo y redentor. El alcoholismo, la tuberculosis, el paludismo y la sífilis se disputan las víctimas, no sólo en el bajo fondo, sino en las más elevadas clases sociales, y estas últimas, especialmente, son las que dan el mayor contingente de ENGENDR-

DORES, como les llama tan acertadamente el Dr. Llerena, en vista de tanta piltrafa humana que él observa en su servicio de Maternidad y Pediatría del Hospital Rosales, y que nosotros también hemos tenido oportunidad de contemplar, no solo en dicho establecimiento; sino en esos antros de miseria, verdaderas posilgas, donde habitan las MADRES POR NECESIDAD de nuestros futuros hombres. Schopenhauer dice a este respecto palabras dolorosas, que destilan gota a gota el más amargo pesimismo.

Nuestra raza indígena era robusta y sana, fuerte y viril como los antiguos lacedemonios. (Algunos opinan que la sífilis no se conocía en Europa antes de la conquista de América; pero esto es muy discutible aún y es de suponer que algunos casos catalogados entre los lazarinos del Asia Menor y otros pueblos del viejo mundo no hayan sido más que verdaderos luéticos in extremis). Los pocos ejemplares que han llegado hasta nuestros días sin mezcla alguna de otras razas y sin contaminación de otras costumbres, alcanzan una gran longevidad, sin menoscabo apreciable de sus órganos; muchos conocemos que a los 90 años tienen aún negros sus cabellos hirsutos y sus ojos poseen una gran potencia visual; al grado de poder leer sin anteojos la letra menuda de nuestros diarios; y cuando se les ve marchar por las calles sin apoyo alguno y sin vacilaciones ni temblores, causan admiración y hacen pensar en el vigor ancestral de la raza. Yo conozco un anciano de 98 años que todos los días va al bosque con el hacha al hombro y vuelve trayendo sobre sus espaldas un haz de leña

tan grande que no podría resistir uno de nuestros jóvenes actuales, y con ese enorme peso camina una legua. Así se gana la vida. Vive sobre las alturas del volcán de Alegría.

La civilización europea nos trajo, junto con sus luces y sus progresos, una sangre viciada, que al mezclarse con la sangre indígena produjo una hibidez falta de vitalidad y de energías para la lucha por la vida. De nada sirve saber cuales son los medios más fáciles para luchar con ventaja, si no se posee la aptitud de emplear esos medios. Esto sucedió con nuestros indígenas; aprendieron muchas cosas útiles, pero perdieron las fuerzas de sus organismos para poder sacar provecho de sus nuevos conocimientos. Pero el mayor daño que la conquista nos causó fue la perversión del sentido moral, obra exclusiva de los españoles. Ellos nos trajeron la prostitución con todas sus manifestaciones. La historia de la civilización europea nos pinta con sus impúdicos caracteres las figuras de las hetaíras griegas y las cortesanas romanas, como Friné y Me-salina, que dan testimonio fehaciente del culto indecoroso de la Venus Afrodita, a través de los siglos. Nuestros indios eran sobrios y no conocían los refinamientos de la prostitución, que son, en nuestros días, los factores más importantes de la decadencia fisiológica y el semillero de todos los morbos, que estrujan entre sus mil tentáculos, los endebles organismos de los niños que han tenido la desgracia de no tener padre, pues el que los engendró no puede llamarse tal, es simplemente un buscador de placeres fáciles, un engendrador sin conciencia y sin escrúpulos, un sem-

brador de desgracias, un criminal; contra quien la JUSTICIA HUMANA no ha legislado aún, con todo y ser el mayor de los delitos hacer que millones de inocentes vengan a este valle de lágrimas. que para ellos en realidad lo es, a pagar las culpas ajenas, entre torturas indecibles y legar a las demás generaciones el estigma maldito de los vicios ancestrales de sus progenitores de ocasión. ¡Y qué progenitores!, verdaderos degenerados, de esos que con vivos colores nos describe Claude Farrer en su obra LOS CIVILIZADOS, enfermos de cuerpo y espíritu, a fuerza de prostitución, opio y alcohol; con el alma hecha girones y el cuerpo manando podredumbre, así llegan al lecho de placer, sin pensar, ni por un momento, que no se cometen impunemente tan monstruosos crímenes; las leyes naturales se cumplen fatalmente, al contrario de lo que pasa con las leyes escritas, inventadas por el hombre, que pesan como una montaña cuando caen sobre el pobre; pero son ligeras como las plumas de las aves, cuando tocan a la regia mansión de los ricos. Hay que ir a las barriadas capitalinas y penetrar en esos antros de miseria y podredumbre que se llaman pomposamente mesones; allí en espantoso hacinamiento, sin aire y sin luz, nacen y crecen, como plantas de invernadero, nuestros futuros hombres de acción, anémicos, contrahechos y enfermizos, minados por la tuberculosis, el paludismo o la sífilis e incapaces, por consiguiente, de desarrollar energías y de asimilar conocimientos útiles; con carencia absoluta del poder de adaptación al medio que más tarde han de verse obligados a frecuentar en la moderna lucha por la

vida. Las niñas duermen en el mismo lecho donde la madre se entrega al amor clandestino, y antes de que la naturaleza despierte en ellas los misteriosos encantos del sexo, sienten deseos morbosos de imitación degradante, que pervierten sus instintos de mujer prematura, constituyendo el verdadero tipo de LAS VÍRGENES A MEDIAS de Marcelo Prevost, que, aun conservando los atributos físicos de la virginidad, tienen el alma ampliamente instruida en las más repugnantes prácticas de la prostitución. Estas hijas del vicio y de la miseria pululan por las calles vendiendo billetes de lotería o pidiendo a los transeuntes algunos centavos con que socorrer la apremiante necesidad del hambre y la desnudez, y los hombres al dar la limosna, exigen las primicias de la infeliz adolescente que les implora la caridad. La fatalidad se encarga después de completar su fatídica obra. Y estas desgraciadas víctimas de la maldad humana, conciben de paso y sin saber de quien, el germen de los futuros hombres, a quienes debemos encomendar la magna tarea de aumentar la riqueza nacional.

Es sumamente triste y bastante frecuente observar que la casta esposa de un señorito de primera sociedad, la pudorosa mujer que ha llevado al nuevo hogar un mundo de ilusiones, de pureza y de hermosura, tenga que consultar al médico de la familia por un escurrimiento o una artritis blenorragica o por sífiles cutánea o por un aborto a los tres meses de casada! ¿Puede concebirse mayor monstruosidad? ¿Hay algún crimen, por infame que sea, que pueda compararse con éste? Y sin embargo no tiene sanción

en nuestras leyes penales. Nadie se ha preocupado de conservar, ya que no de mejorar, en su primitiva virilidad, la raza humana; mientras tanto los hacendados se esmeran en seleccionar las razas bovinas, caballares y porcinas. ¡Qué sarcasmo! Qué glacial indiferencia por lo que atañe al mejoramiento del hombre, de quien dependen todos los seres de la naturaleza!

Por todas estas circunstancias que dejo apuntadas nuestros braceros de la ciudad y de los campos nacen, en su mayoría, con marcados estigmas de degeneración física, intelectual y moral, y a esto hay que agregar el alcoholismo que da el último retoque a la nefanda obra. Raro es el campesino o el artesano que no gasta en el estanco el sábado por la tarde y todo el domingo lo poco que ha devengado en la semana con su rudo trabajo. Es tan de buen tono en estos pobres obreros saber beber aguardiente o chicha, que es proverbial entre ellos, que mientras el hombre no se ha embriagado la primera vez, no es realmente hombre, en el sentido de matonería que ellos dan a este vocablo; así es que para merecer tal calificativo, que lo estiman en alto grado, el adolescente, imberbe aún, procura cuanto antes dar esa muestra palmaria de su valentía y de su capacidad para ganarse la vida. ¡Qué barbaridad!

En cuanto al alcohol, que, bajo la forma de aguardiente, se expende en nuestros estancos y cantinas, bien conocida es su impureza, a pesar de las rectificaciones a que se someten estas fatales bebidas antes de entregarlas al consumo, porque los dueños de esos establecimientos venden

también aguardiente clandestina, que ahora más que nunca abunda en El Salvador, y, por consiguiente, no rectificadas. El alcohol etílico, el furfurool y demás impurezas que contienen son sumamente tóxicas y alteran profundamente el hígado, el riñón, el tubo digestivo, el corazón y el sistema nervioso, obstaculizando las defensas orgánicas contra las infecciones y constituyendo un verdadero estado de meiopragia generalizada o debilitamiento extremo, que termina a veces en la consunción, la cirrosis, la diabetes o la vejanía (locura), presentando también un terreno abonado para la tuberculosis. El vulgo ha tenido siempre la creencia de que el alcohol cura la tuberculosis, y por eso aconsejan beber licores fuertes a los que juzgan AFECTADOS, según su propio decir. Esta idea es errónea científicamente. Esto en cuanto al individuo mismo; pero el flagelo no se conforma con una víctima, sino que continúa su obra maléfica en la descendencia del alcohólico, desgraciada prole que nace condenada a sufrir las fatales consecuencias de una herencia maldita: el hijo de alcohólico, si no se hace también alcohólico a las primeras libaciones del líquido embriagante, está predispuesto a todas las infecciones y a las enfermedades del sistema nervioso, como la epilepsia, el histerismo, la neurastenia &c., observándose entre los hijos de alcohólicos innumerables anomalías y monstruosidades; entre ellas, los niños que nacen con la cabeza muy grande o muy pequeña, extremadamente pequeña (microcefalia) o totalmente desprovistos de cabeza (anencefalia), que son verdaderos naufragios de la vida, pues regularmente

nacen muertos o viven muy poco tiempo. Los criminales natos también tienen este origen. En Francia se ha observado la disminución de la estatura y otros estigmas de degeneración. El bajo pueblo bebe además mucha chicha fuerte, que es aún más nociva que el aguardiente, porque contiene los productos de una verdadera putrefacción, que son eminentemente tóxicos, como se ha comprobado en concienzudos y profundos estudios hechos en México y en Colombia. A este propósito escribió el Dr. Calixto Torres Umaña, ilustre médico colombiano, un artículo importantísimo que se intitula INFLUENCIA DE LA CHICHA SOBRE EL METABOLISMO AZOADO y que fue leído ante el segundo Congreso Científico reunido en Washington en 1915.

En tres litros de chicha que es lo que necesita, poco más o menos, un hombre para emborracharse, hay trescientos cuarenta gramos de alcohol (media botella) y una gran cantidad de principios tóxicos. Nuestros indios de Chilanga, Guatajiagua, Cacaopera y otros pueblos de la región oriental de la República, que yo conozco, toman una chicha fuerte con chorizo, cebolla y otros ingredientes, constituyendo un brebaje detestable, que produce una verdadera locura en el que lo ingiere. Estos indios son bastante degenerados, notándose en ellos un gran entorpecimiento de las facultades mentales y poca energía para el trabajo. Son de pequeña estatura, de color pálido y abotagados, con grandes perturbaciones del sentido moral y bastante perezosos. En esos pueblos hay mucha criminalidad.

La chicha produce alteraciones en el organís

mo, distintas del alcoholismo y muy semejantes, por el contrario, a las de la pelagra, al decir del Dr. José Gómez, de Colombia, y tienen gran influencia en el retardo de la nutrición, atribuyéndose esta acción perniciosa a un veneno o toxina descubierta por el Dr. Zerda.

Entre las clases bajas de los conglomerados urbanos, hay que tomar muy en cuenta como un gran factor del retardo de la nutrición; y, por consiguiente, de la degeneración de la raza, la carencia absoluta de higiene en que viven; falta de aire y de luz y exceso de humedad y de desaseo; escasez y mala calidad de la alimentación y el contagio de las enfermedades infecciosas. Donde no llegan la luz y el aire las enfermedades sientan su trono. Algo como eso reza un proverbio médico antiguo, y es una verdad científica indiscutible. «Si la energía humana no es otra que la energía solar acumulada o almacenada por las plantas que ingieren los animales de los cuales se alimenta el hombre, donde no hay luz, luz solar, la vida del hombre es imposible.» La humedad y las tinieblas de las prisiones antiguas blanqueaban el cabello de los prisioneros en una noche y destruían la salud del más fuerte y sano de los hombres. Tal vez contribuía a eso la intensa pena moral del recluido; pero en gran parte, y más que todo, la falta total de higiene. Las aplicaciones terapéuticas de la luz solar, o sea la helioterapia, como antiséptica, aun contra el bacilo de la tuberculosis, adquieren cada día mayor firmeza; de ella se obtienen maravillosos resultados en los grandes sanatorios europeos y estadounidenses. Cono-

cido es el éxito que se alcanza en ciertas peritonitis bacilares con sólo abrir la cavidad abdominal y poner en contacto de la luz y del aire, por algunos momentos, el peritoneo y los intestinos. Esta es la causa por qué nuestros campesinos, a pesar de sus vicios y de su escasa y poco sustanciosa alimentación, resisten mejor a las infecciones que los menesterosos de las ciudades; pues aquellos viven en plena orgía de luz y de aire, providencia divina de nuestro clima intertropical. La luz es, pues, indispensable para el gasto de las energías humanas. «El organismo sirve para la transformación de la energía y él no la retiene como no la crea. En un cuerpo adulto, en equilibrio de peso, la energía llevada por los alimentos es equivalente a la gastada por el individuo; de ahí la concepción de Berthelot.» «El mantenimiento de la vida no consume ninguna energía que sea propia a la vida.» El principio de la conservación de la energía se aplica, pues, al animal, tan exactamente como a la máquina de vapor, según el Dr. Tórriz Umaña.

«Lavoisier había ya demostrado que el principal gasto de energía humana tiene por origen las combustiones verificadas en el organismo. Berthelot, por el descubrimiento de la termoquímica, resolvió el problema, demostrando que la nutrición se reduce a una transformación de la energía.»

De los descubrimientos de Lavoisier sobre los cambios gaseosos verificados en el organismo animal, consecuencia de las combustiones, generadoras de calor y, por consiguiente, de energías, se dedujo el siguiente axioma: *La vida*

es una función química, que Richat reputa como el axioma fundamental de la Biología, según el decir del referido Dr. Umaña.

Sabios médicos como Bilder y Shmidt estudiaron el metabolismo azoado, es decir, la serie de transformaciones que sufren en el organismo los alimentos que contienen nitrógeno, como la albúmina o clara de huevo, la leche y la carne. Después Chauffar, Widal, Castaigne, Ambard y muchos más han completado estos preciosos estudios en sus investigaciones sobre la sangre y la orina. En la actualidad sabemos a qué atenernos en asuntos relacionados con los factores de la vida humana y podemos deducir las causas de la decadencia de las razas, a través de los siglos y de las múltiples manifestaciones de la civilización.

LOS VICIOS Y LOS MORBOS CONSUMEN LAS ENERGÍAS QUE DEBIERAN GASTARSE EN EL TRABAJO

Con todo y ese cúmulo de circunstancias que laboran constantemente contra la vida humana, el organismo se defiende hasta el último momento, por medio de sus células y las sustancias que estas producen, sin que el individuo tenga conciencia de esa constante y sabia lucha contra los innumerables enemigos de la vida orgánica. Cada órgano puede considerarse como una fortaleza siempre sitiada y en perpetua batalla, y es admirable la organización de la defensa, encomendada especialmente a los glóbulos blancos de la sangre, quienes distribuyen sus funciones entre las distintas variedades de ellos. Hay unos que se llaman fagocitos, que luchan cuerpo a cuerpo contra los microbios, resultando la mayoría de

las veces vencedores, y otros llamados clasmacocitos, que constituyen la verdadera policía del organismo, pues salen de su reducto sanguíneo a explorar el campo de las futuras batallas y dan la voz de alarma que prepara la movilización del formidable ejército de leucocitos o glóbulos blancos, de los cuales hay unos grandes que tienen un sólo núcleo y son los que se encargan de limpiar el campo de batalla, después que ha pasado la lucha, recogiendo todos los muertos y haciendo de ellos una buena digestión. En cambio, si los microbios vencen, todo entra en descomposición, todo se convierte en pus, siendo indispensable para su evacuación la intervención de la cirugía. Así se defiende el organismo contra las infecciones y las intoxicaciones; pero para que esta defensa resulte efectiva, se necesitan alimentos, aire, luz y movimiento. El trabajo bien reglamentado, en condiciones de perfecta higiene, favorece los cambios de nutrición y el desarrollo de energías plenamente utilizadas, dando, como consecuencia necesaria, la salud del individuo, y, por consiguiente, el mejoramiento de la especie y el progreso de los pueblos. Este es el ideal que deben perseguir los gobiernos de todas las naciones cultas, como lo hace la gran República del Norte, que ya ha cosechado opimos frutos. Sigamos esas huellas de máximo civismo si queremos conquistar para el futuro los lauros de la victoria en todos los derroteros del progreso humano y desterrar para siempre de nuestras almas el desconsolador pesimismo de algunos filósofos como Schopenhauer, de quien copio los siguientes párrafos: «Cada individuo,

cada faz humana, cada vida, no es sino un sueño más, un efímero sueño del espíritu infinito de la naturaleza, de la voluntad de vivir persistente y obstinada. No es sino una imagen fugitiva más que dibuja al desgaire en su infinita página del espacio y del tiempo, que deja subsistir algunos instantes de una brevedad vertiginosa, y borra en seguida para dejar sitio a otras. Sin embargo (y este es el aspecto de la vida que da más en qué pensar y meditar) es preciso que la voluntad de vivir, violenta y tempestuosa, pague cada una de esas imágenes fugaces, cada uno de esos caprichos, al precio de profundos dolores sin cuento y de una amarga muerte, largo tiempo temida y que llega al fin. He aquí por qué nos deja de pronto graves el aspecto de un cadáver.

.....
«Si se pusiesen delante de los ojos de cada hombre los dolores y los tormentos espantosos a los cuales está constantemente expuesta su vida, ante esta vista quedaría yerto de espanto. Si se condujese al optimista más entusiasta a través de los hospitales, lazaretos, cámaras de tormento quirúrgico, prisiones y lugares de suplicio; de las ergástulas de esclavos, de los campos de batalla o de los tribunales de justicia; si se le abriese todas las oscuras guaridas donde se oculta la miseria huyendo de las miradas de una curiosidad fría, y en fin, si se le dejase mirar dentro de la torre del hambriento Ugolino, entonces de seguro que acabarían por reconocer de qué clase es este mundo al que llaman **EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES.**»

Desde que el filósofo alemán destiló de su

alma atormentada la amargura de estos párrafos, la humanidad ha caminado mucho, mucho, hacia su perfeccionamiento y se han suprimido ya innumerables sufrimientos. No está lejano el día en que el menesteroso de hoy pueda gozar siquiera de una relativa felicidad sobre la tierra. Nosotros también tenemos derecho a participar de ese bienestar social y debemos hacer lo posible por conquistarlo. **TRABAJEMOS Y ESPEREMOS.**

INDICE

	PÁGINA
Esbozo liminar	V
Carta del Dr Manuel Castro Ramírez..	XIII
Mi Concepto de la Vida.....	1
Sobre Instrucción Pública...	22
Acuarela Marina.....	53
La Pena de Muerte es un asesinato.....	59
Los celos de un Peretete..	73
Hacia la Altura.....	77
Sombras y Claridades.....	89
Incorrecciones en el uso del lenguaje.....	95
El Trabajo.....	103
La Paz es un Mito	111
Carta abierta.....	131
Por los Menesterosos	135
Orden y Exactitud.....	145
Aristocracias poblanas.....,.....	151

Un héroe más en el Walhalla.....	157
Un día de vida en el campo.....	161
Siluetas campestres.....	165
Un matrimonio entre indígenas.....	171
Viendo jugar a los niños.....	179
Aire y Luz.....	183
Por la Raza	197
El Poeta y el Escarabajo.....	203
Elogio Fúnebre.....	207
Faros extinguidos.....	213
A la memoria de Eustorgio Calderón..	217
La obra del verdadero maestro.....	221
La casita del mandador.....	223
Psicología infantil.....	231
Entre casados.....	239
No hay bien que por mal no venga.....	245
Enrico Massi.....	253
Efusiones.....	257
La Verdad y la Honradez en la Literatura..	259
Herencia fatal	269